

# **Destino: Atlántico Sur**

**Parte A:  
Relatos de bioquímicos y farmacéuticos**



**Recopilación:  
Alfredo Lo Balbo**



# Destino: Atlántico Sur



Lo Balbo, Alfredo  
Destino Atlántico Sur. – 1a ed. – Buenos Aires : Alfredo Lo Balbo Ediciones, 2012.  
E-Book.

ISBN 978-987-27826-0-3

1. Sanidad. 2. Guerra de Malvinas. I. Título  
CDD 997.110 24

**Diseño y diagramación:**

Sergio D´Alesio

**Corrección de estilo:**

Lic. Bibiana Patricia Camperi

**Mejoramiento fotográfico:**

Ing. Ignacio Amendolara

## Indice

|                                                             |     |
|-------------------------------------------------------------|-----|
| Introducción . . . . .                                      | 5   |
| Agradecimientos . . . . .                                   | 7   |
| Mario Baigorí. . . . .                                      | 9   |
| Raul Héctor Bidegorry . . . . .                             | 13  |
| Hugo M. Catalán . . . . .                                   | 17  |
| Roberto Coccia . . . . .                                    | 23  |
| Roque W Cvitanovich . . . . .                               | 29  |
| Carlos A. Espinosa. . . . .                                 | 33  |
| Alberto Fernández. . . . .                                  | 39  |
| Pablo Hautcoeur . . . . .                                   | 49  |
| Armando M. Mercado . . . . .                                | 55  |
| Víctor Mónaco . . . . .                                     | 71  |
| Jesús A. Moyano . . . . .                                   | 81  |
| Guillermo Pandolfi. . . . .                                 | 85  |
| Carlos M. Patané . . . . .                                  | 97  |
| Pascual Pelella . . . . .                                   | 109 |
| Oldemar S. Sacilotto . . . . .                              | 119 |
| Néstor O. Vitale. . . . .                                   | 129 |
| Certificado Academia Nac. de Farmacia y Bioquímica. . . . . | 135 |
| Abreviaturas . . . . .                                      | 136 |





## Introducción

Años atrás, leyendo un libro sobre el conflicto de 1982, me pregunté cuántos colegas bioquímicos y farmacéuticos habían estado en la guerra, una guerra que en su atroz y descarnada realidad se hizo presente hace 30 años en Argentina, cuando la diplomacia no logró soluciones pacíficas para los disputados archipiélagos del Atlántico Sur que se convirtieron en campos de batalla.

Me inquietaba saber cómo, en un país en el que no existían antecedentes cercanos de una medicina de guerra ni conocimientos sanitarios para el manejo de emergencias en un escenario bélico, estos profesionales habían logrado brindar sus servicios y conocimientos para mitigar dolores y aliviar sufrimiento en medio de carencias logísticas y hospitalarias; cómo habrían hecho para sobreponerse a sus propios temores, enfrentar el crudo desafío y luchar por la vida con denodado esfuerzo. Y empecé a imaginar las lógicas impresiones que heridos, mutilados y muertos dejarían en sus memorias.

Entonces, comencé a armar una lista con la ayuda de un bioquímico veterano. En forma paciente fui ubicando a los dieciséis colegas que habían participado en el conflicto. Con algunos pude reunirme, conocerlos personalmente. Con otros, nos comunicamos a través del teléfono o por correo electrónico. Todos me confiaron sus vivencias y recuerdos con generosidad lo que hace posible este testimonio y por lo que estoy agradecido.

Poco y nada se sabe de los heroicos desvelos de estos profesionales que trabajaron en las líneas de combate, en los arriesgados traslados expuestos al fuego enemigo, en el trata-

miento hospitalario o en el puesto de socorro, y en la evacuación al continente atravesando un cerco aéreo y marítimo implacable, quienes, dadas las extremas circunstancias, en muchas ocasiones tuvieron que recurrir a la improvisación para resolver los problemas que iban surgiendo.

Y es ante estas instancias en que uno se admira de la grandeza de estos profesionales argentinos que logran el triunfo más humano y elemental, el de salvar vidas, destacándose tanto por las capacidades individuales como por la formación académica adquirida, rasgo fundamental del logro de esta empresa.

El año pasado esta investigación fue seleccionada para su presentación en la 155° Jornada Científica de la Academia Nacional de Farmacia y Bioquímica. La aceptación recibida por parte de la comunidad académica fue el motivo final para concluir este trabajo, cuyo único propósito es poner a la luz la entrega, idoneidad profesional y valor de estos hombres.

Esta es la historia de bioquímicos y farmacéuticos que se desempeñaron en circunstancias extremadamente terribles, vividas en nuestro territorio nacional, resueltas con valor humano y científico, enmarcadas en la ética para el ejercicio de nuestra profesión. Los relatos trascienden el ámbito de la sanidad, pues serán de interés general, en especial para los profesionales en el campo de las emergencias y catástrofes.



## Agradecimientos

Bibiana Camperi, que sacrificó horas de su familia para las correcciones de estilo.

Ignacio Amendolara, que con sus conocimientos realizó el mejoramiento fotográfico conservando el rigor histórico de las imágenes.

Sergio D'Alesio, que con creatividad y paciencia diseñó el presente trabajo.

A quienes aportaron imágenes y explicaciones aclaratorias: Eduardo Rotondo, Daniel Gionco, Roberto Stvrtecky, Graeme Stringer, Francisco Kawa, Ricardo Hermelo, Juan Nicolau, Roberto Estevez, Oscar Lazarte y Alberto Coletta.

A todos los que brindaron sus testimonios: Raúl Bidegorry, Roque Cvitanovich, Guillermo Pandolfi, Oldemar Sacilotto, Néstor Vitale, Hugo Catalán, Carlos Espinosa, Jesús Moyano, Armando Mercado, Roberto Coccia, Carlos Patané, Pablo Hautcoeur, Víctor Mónaco, Pascual Pelella, Mario Baigorí, y Alberto Fernández.

Alfredo Lo Balbo





## Mario Baigorí

*El Dr Baigorí, un bioquímico que se desempeñó en la vital tarea de atención primaria de heridos en el CIMM (hospital interfuerzas)*



Como muchos otros, había tomado la decisión de no interrumpir mis estudios universitarios por el servicio militar obligatorio (SMO) mediante una prórroga. Por esta causa me encontraba en marzo de 1982 cumpliendo con mi cuarto mes de servicio en el Ejército en condición de aspirante a oficial de reserva (AOR), por ser universitario. Una vez terminado el curso en el Liceo General San Martín, primera etapa del servicio, se nos concedió una licencia temporaria a cada aspirante para visitar a nuestras familias. Con posterioridad finalizaríamos el cumplimiento de nuestro deber cívico en un lugar asignado, ya como profesionales.

Al tiempo fui enviado al Hospital Militar Maldonado ubicado en el Regimiento de Patricios, dentro de la agrupación militar Villa Martelli. Luego de una breve estadía en el hospital, un grupo de suboficiales y soldados fuimos asignados al Regimiento Logístico 10 a la espera de un nuevo destino.

El día 2 de abril de 1982 se realizó una parada militar y el jefe de regimiento nos comunicó que tendríamos el honor de defender a la Patria en la región austral recientemente recuperada, particularmente en la isla Soledad.

A partir de ese momento, las actividades fueron frenéticas; nos alistamos con el equipamiento completo y las vituallas que nos dieron para partir rumbo a la región insular.

Dentro de mi cabeza no me imaginaba que pudiera realizar alguna actividad relacionada con mi profesión, porque un bioquímico en el campo de batalla sólo consideraba que podría ser combatiente. De hecho, entre mis pertrechos estaba el FAL con sus cuatro cargadores de municiones.

El viaje comenzó siete días después y nuestra primera escala fue Río Grande en el extremo sur del país. Recuerdo que viajamos en un avión de línea sin asientos de modo que pudiéramos entrar más cantidad de personas. Esto provocó entre nosotros ciertas frases anecdóticas que hoy resuenan en mi mente como una ironía:

\_ ¡Este viaje es muy incómodo!

\_ No te preocupes. A la vuelta va a ser más confortable.

Llegamos al anochecer; no veíamos mucho. Nos recibieron el frío y el intenso viento del sur, que se colaban sin resistencia por nuestros livianos uniformes que traíamos de Buenos Aires. Nos cambiaron la vestimenta por otra más adecuada para el clima de las islas, hicimos noche y después de dos o tres días volamos a Malvinas en un avión más pequeño.

Recuerdo que yo llegué a Puerto Argentino el día 13 de abril. Nos enviaron a lo que pasaría a ser usado como hospital militar. Yo aún ignoraba qué funciones podría cumplir. Allí conocí al primer teniente Fernández, bioquímico de Fuerza Aérea, a varios suboficiales del Ejército que venían desde el Hospital Militar de Comodoro Rivadavia y, posteriormente, al doctor Pandolfi de la Armada, que venía de haber realizado la campaña antártica. Por supuesto me encontré con varios amigos que habían realizado el curso de AOR.

Se instaló un servicio que permitía realizar básicamente toda la rutina de un laboratorio de hospital. En un momento de la guerra estuvimos sin suministro eléctrico y para sostener su funcionamiento hubo que realizar una conexión a un sistema electrógeno que compartíamos con otros servicios, incluyendo el quirófano. De acuerdo con las charlas que mantenía con mis camaradas médicos, éstos estuvieron conformes con el funcionamiento del laboratorio.

Sin embargo, lo que básicamente recuerdo no tiene que ver con frotis, enzimas o hemogramas. Tengo en mi memoria un salón lleno de heridos de diferente consideración, pero básicamente en shock, a los que les realizaba análisis de grupo y factor como se pudiera. El serotipo lo anotaba con un marcador en un lugar visible para que los médicos pudieran obrar en consecuencia y, después, obtenía el hematocrito. Esta situación se acentuó a partir del ataque del primero de mayo.

En verdad, ha pasado mucho tiempo y no es fácil recordar muchos detalles. Recuerdo estar con los heridos que llegaban, a veces, en cantidades importantes. Mientras sufríamos el bombardeo hacíamos oscurecimiento, aun de día; parece ilógico pero la idea era generar un reflejo condicionado de modo de hacerlo mecánicamente.

Recuerdo, también, y no creo que pueda olvidarlo, cuando tuve que poner con el marcador indeleble “NN” en la cara de algunos camaradas caídos en combate que no tenían identificación. Me dolía y me duele todavía que un soldado de la Patria sea un NN, pero eso es otra historia. La guerra terminó, ya sabemos cómo. Sentí un profundo dolor de volver vencido.

El llegar a Buenos Aires todo mugriento y ser llevado por la ciudad en un colectivo con las ventanas tapadas creo que me dolió más que todo lo vivido. Y pensar que durante el tiempo que estuve allá, siempre pensaba en lo mal que lo estarían pasando en el continente...

Eso fue solo el principio de desilusiones y dificultades para volver a estar inserto en el sistema laboral profesional. De lo actuado en Malvinas me siento orgulloso, aunque también herido al ver las actitudes que tienden a olvidar a los veteranos.

Lamento el intento de aumentar su número con el objeto de disolvernos. Pareciera que si somos pocos y estamos muy concentrados, dejamos mal sabor. Entonces, se tiene la ocurrencia de aumentar el número de veteranos de las Islas Malvinas sumando a cada ex soldado de la época sin importar lo que haya hecho. Quizá así, tal vez, seamos más aceptables al paladar.



Mario Baigorí



El edificio que se utilizó para instalar el CIMM "Centro Interfuerzas Militar Malvinas" (Hospital Militar Conjunto), lugar donde se desempeñaron numerosos profesionales de la salud, entre ellos el Dr. Mario Baigorí.

*Fuente: Eduardo Rotondo*



Evacuación de heridos hacia el continente. El puente aéreo se mantuvo operativo durante todo el conflicto con un elevado riesgo debido al bloqueo impuesto por las fuerzas británicas.

*Fuente: José Soria*

## Raúl Héctor Bidegorry

*Los servicios para apoyo de combate donde se desempeñó el Dr. Bidegorry se instalaron en el Club de los Reservistas (FIDF)*



**R**ealmente no esperaba ser convocado para ir a Malvinas. No porque no lo deseaba sino por haber sido enviado mi jefe superior anteriormente y quedar mi destino sin personal en el área de bioquímica. No obstante, recibí la notificación de presentarme en AGRUNAVINAS el día 21 de abril de 1982.

En esa época me encontraba incorporado a la Armada Argentina con el grado de teniente de fragata bioquímico, en el escalafón profesional. Había realizado la especialidad militar de medicina subacuática en la Escuela de Buceo de Mar del Plata. A comienzos de 1982 mi destino era la Escuela de Mecánica lugar donde se realizaban los estudios de salud a quienes aspiraban a ingresar a la institución.

Partí esa noche en tren desde Constitución hacia Bahía Blanca; después del mediodía del 22 de abril, despegó de la base Espora el avión con destino a Río Grande. El día 24 de abril llegué a Puerto Argentino bajo condición de alerta roja, en un F-28, sin asientos y con siete mil kilos de pertrechos de guerra. Me acompañaban un médico, cuatro suboficiales y cinco soldados.

Me presenté en el Comando de la Armada y allí me informaron que mi función en el conflicto del Atlántico Sur era la custodia y responsabilidad de todos los medicamentos en las Islas Malvinas pertenecientes a SPAC (Servicio para Apoyo de Combate). A su vez, por ser el oficial a cargo debía retirar del aeropuerto toda documentación, pertrechos, alimentos y medicinas para la Armada.

Con el correr de los días me encomendaron otra función: santa sepultura a los caídos en combate de nuestra fuer-

za. Contaba con la ayuda de un cabo principal y ocho soldados a mi cargo para realizar las tareas asignadas: todos hombres del Batallón de Infantería de Marina 5 y el Regimiento de Infantería 3 del Ejército.

Junto al médico salíamos a recorrer las posiciones en las afueras de Puerto Argentino a fin de acercarnos lo que necesitaban de nuestros depósitos que estaban bien surtidos; dada la gran extensión del trayecto, nos turnábamos yendo uno cada día. No fui herido en combate, pero estuve en situaciones muy comprometidas de fuego naval y aéreo.

Mi lugar de descanso en Puerto Argentino era un pub de escasas dimensiones que pertenecía a FIDF (*Falkland Islands Defence Forces*), donde dormíamos los oficiales subalternos de la Armada. Cuando llegué a ese lugar, el espacio disponible para mi bolsa de dormir era debajo de la mesa de billar y ahí descansé mis cincuenta y seis días en las islas.

El pub no tenía baño y menos ducha. Afuera había una canilla donde humedecía un trapo y me higienizaba superficialmente. Un día me enteré de que el comandante de uno de los dos guardacostas que tenía Prefectura Naval desplegados en las islas permitía una ducha ocasional en el buque. Así que luego de dieciséis días pude bañarme y... ¡fue una bendición!

Recuerdo que uno de los que dormían en el pub era el TFAN Benítez, fallecido en un accidente al aterrizar en Puerto Argentino luego de una misión de combate. Fui encargado de su sepultura, situación muy dolorosa por haber compartido momentos con él y por las características del suelo de las islas (unos centímetros de turba y luego roca)

Otro padecimiento era la alimentación: una comida diaria que alternaba entre guiso de arroz o guiso de lentejas \_entiéndase sólo agua y legumbres. Un día empezó a circular el rumor de que los ingleses traían armas químicas y el único que disponía de soluciones de antídoto era yo. Se me ocurrió canjear algunos "sachets" de tiosulfato de sodio por carne congelada que recibía la Fuerza Aérea desde el continente.

\_ ¿De dónde saca la carne, oficial?\_ intentó sonsacarme mi jefe entre curioso y admonitorio.

Pero no insistió demasiado. Y la misma pasó a enriquecer el guiso diario para alegría de todos.

Sin embargo, algunas luces parpadeaban entre tanta sombra: tuve la suerte de encontrarme con un subteniente del Ejército, oriundo de mi pueblo, Villaguay. Este oficial era el ayudante del general Menéndez y me abrió las puertas para poder hablar con mi señora y mis padres a través de Radio Pacheco. Llamaba a mi familia cada tres días hasta que la comunicación se cortó en los días finales de la guerra. El siguiente contacto con mis seres queridos sería a mi llegada a Buenos Aires.

Así pasaron mis días en Puerto Argentino, con funciones netamente militares y ninguna relacionada con mi profesión. Recién el 13 de junio volvería a mi rol de bioquímico al ser reubicado en el hospital militar de Puerto Argentino. De todas formas, este cambio me preocupó ya que yo tenía a cargo todo lo que había en los depósitos y especialmente la medicación opiácea. Luego de dialogar acerca de esta situación con el jefe, cumplí con la orden de tomar posición en el laboratorio del hospital militar interfuerzas donde me dediqué a realizar estudios prequirúrgicos (hemograma, coagulograma y glucemia) a los numerosos heridos que iban ingresando.

Era muy triste contemplar el estado en que llegaban los soldados desde el frente de combate; penosa tarea profesional que realicé hasta después del mediodía del 14 de junio cuando, ya en horas de la tarde, todos fuimos obligados a retirarnos hacia la zona del aeropuerto: mi nueva morada como prisionero.

Las condiciones sanitarias durante el cautiverio eran muy precarias. Debido a la lluvia constante, la nieve y el intenso frío tuvimos que improvisar refugios con fragmentos de aluminio que la Fuerza Aérea había utilizado para extender la pista de aterrizaje.

La tarde del 19 de junio me trasladaron en helicóptero hacia el buque hospital Bahía Paraíso, el cual navegó luego hasta el puerto de Punta Quilla, hacia el sur de la provincia de Santa Cruz. Desde ese lugar viajamos en avión a Ezeiza y luego en colectivo al Edificio Libertad. Hasta las últimas horas del 20 de junio no me permitieron retirarme a mi domicilio. Antes de irme

*Raúl Héctor Bidegorry*

me dieron ciertas recomendaciones sobre los hechos sucedidos.

Esta narración de la experiencia en Malvinas es lo sucedido a mi persona. Y no puedo dejar de agradecer a Dios y a la Virgen. En primer lugar, porque pude regresar con vida, aunque con una carga emocional tan grande que a pesar de los años sigue doliendo como siempre; en segundo lugar, porque han pasado tantos años de los hechos... y todavía puedo contarlos, cuando sé que hay muchos camaradas que no están conmigo por no haber podido soportar el peso de las amargas vicencias de esta guerra.



## Hugo M. Catalán

*El Dr. Catalán asumió la jefatura del laboratorio del buque Almirante Irizar durante sus viajes como hospital flotante.*



Hacia ya varios años que estaba destinado en la escuela de buceo de la Base Naval Mar del Plata. Allí mismo había realizado cursos de medicina de buceo para oficiales bioquímicos, de medicina de buceo de gran profundidad y de oxihelio en su centro hiperbárico. Era teniente de navío desde el año 1980 y deseaba un cambio. En respuesta a mi solicitud de concurrir al Hospital Naval Pedro Mallo, ya comenzado el año 1982, me fue otorgado el pase al rompehielos Almirante Irizar en el Apostadero Naval Buenos Aires, buque polar que habitualmente abastecía a las bases argentinas en el continente antártico.

En febrero, cuando llegué a Buenos Aires, aún no había regresado el buque por lo que permanecí en el hospital naval. Finalmente, el 13 de marzo arribó el rompehielos. Sin demora, me presenté y recibí el cargo de su laboratorio de manos del doctor Oldemar Sacilotto quien me interiorizó de sus funciones. Así transcurrieron unos días compartidos entre las actividades del buque y el laboratorio del hospital, donde además efectuaría durante el año un curso de apoyo en cirugía con vistas a la campaña antártica.

El 24 de Marzo, el comando del buque nos comunicó que partiríamos hacia la Base Naval Puerto Belgrano. La mañana del día 26 ya estábamos zarpando. Al llegar a puerto me asombró la dimensión de los preparativos y aprestos. La información que se nos brindó, acorde con nuestro nivel, fue bastante acotada: solo sabíamos que nos dirigíamos al sur y que el buque transportaría equipamiento, provisiones y personal. El resto eran conjeturas: un operativo relacionado con los inci-

dentes en las islas Georgias del Sur, donde había participado el buque polar Bahía Paraíso.

Era mi primera navegación. Me maravillaba esa magnífica nave finlandesa que disponía de una gran habitabilidad y capacidad de transporte: un helipuerto con su hangar que en esa oportunidad albergaba dos helicópteros Sea King; un servicio de sanidad amplio y espacioso, como todos los compartimientos de este buque; una recepción con posibilidad de circulación para varias camillas que comunicaba hacia un lado con un quirófano completamente equipado y hacia el otro con un gabinete odontológico con moderno sillón. A su vez, contaba con un pequeño laboratorio, con heladera para reactivos, centrífuga, microscopio y espectrofotómetro.

La dotación normal de sanidad del buque que complementaba mi actividad de bioquímico estaba constituida por el doctor Carlos Tarancon, médico cirujano, el odontólogo Néstor Edgardo Sottile y dos enfermeros, el suboficial primero enfermero Ruiz Durbal y el cabo primero enfermero Omar Malagueño; grupo con el cual fui honrado al compartir esta campaña y cuya calidad humana permanece inalterable en mi recuerdo.

Durante los primeros días se efectuaron reiterados ejercicios de abandono del buque. Me preocupaba, visto el curso de los acontecimientos, el no disponer de provisión de un banco de sangre. Sólo habían bolsas apirotranfusoras que eran la provisión normal del buque. Entonces, ordené de inmediato un relevamiento de los grupos sanguíneos de la tripulación.

El 2 de Abril el rompehielos estaba a la vista de Puerto Argentino; el helipuerto funcionaba a pleno propiciando el transporte de combatientes y pertrechos en medio de la neblina típica de Malvinas, y allí aterrizó el helicóptero que transportaba al teniente de fragata Diego García Quiroga, joven oficial integrante de buzos tácticos proveniente del destructor Hércules, herido en el abdomen. Recibimos también las tristes noticias de lo acaecido al capitán Pedro Giachino.

Seguramente el rompehielos era la unidad con mayores posibilidades quirúrgicas en la Operación Rosario. El doctor Tarancon consideró que, dada la situación estable del herido, la mejor opción era el traslado al continente. Rápidamente, a partir del resultado del hematocrito efectuado, indicó una trans-

fusión. Lo acompañó y lo asistió en todo momento al herido el doctor Roque Cvitanovich, farmacéutico, quien traía consigo bolsas de sangre para transfusión.

Nuestro buque permaneció unos días en la zona, navegando entre Puerto Argentino y Darwin, realizando el traslado y apoyo de grupos operativos con sus helicópteros. Luego, regresó al continente, a Puerto Madryn, para volver dos veces más a Malvinas con el mismo propósito de transporte, reubicación de personal y apoyo logístico.

Esos fueron días de tensa espera, de inquietantes noticias, de esperados relatos de oficiales que llegaban al buque, y de profunda y sincera camaradería que siempre llevaré en mi memoria. Un querido jefe, de profesión contador, nos deleitaba y distraía con su música entonando la guitarra.

Hacia fines de mayo el rompehielos regresó a Puerto Belgrano y fue alistado para cumplir con una misión sanitaria: se acondicionó como buque hospital de acuerdo con la Convención de Ginebra para la cual se instalaron camas en sus amplias bodegas y se trasladó a bordo todo equipamiento hospitalario; se pintó todo el casco de blanco, con las cruces rojas características, mientras que la superestructura mantuvo su color amarillo claro. Todo esto se realizó con un esfuerzo impresionante.

En el puerto encontramos al Bahía Paraíso que ya partía como buque hospital con un grupo importante de médicos, odontólogos y un bioquímico, el doctor Carlos Espinosa con quien compartíamos la orientación en medicina de buceo.

Al poco tiempo, habiendo agregado a su dotación un grupo de médicos cirujanos, clínicos y anestesistas, partió el Almirante Irizar. También se había incorporado un banco de sangre y por mi parte conseguí del HNPB un fotómetro de llama para ionogramas, el cual instalé en su laboratorio. Durante la navegación por las aguas del Atlántico Sur, el buque rolaba muchísimo a causa de un temporal que debimos soportar por varios días. En esa oportunidad, un querido médico al que bautizamos lobito de mar tuvo que recurrir al suero endovenoso y su soporte para sustentarse. El Irizar navegó más de cuatro mil millas marinas en configuración sanitaria por esas difíciles aguas.

*Hugo Mario Catalán*

Llegando a la zona de Malvinas, arribó un helicóptero inglés que traía funcionarios de la Cruz Roja para la inspección. Y en la última noche de combates ingresó el rompehielos, todo iluminado, a la bahía de Puerto Argentino.

Recuerdo un grupo de instrumentistas del Ejército Argentino que venían a incorporarse al hospital de la isla, observando, como todos nosotros, el escenario de la guerra. El grueso de los heridos estaba siendo trasladado al Bahía Paraíso que nos precedió. Lamentablemente, en el Irizar murió un conscripto con graves heridas en abdomen, cintura y piernas. Subieron a bordo tantos combatientes que no había lugar del buque en que no se los encontrara. Estaban hasta en los pasillos de la sala de máquinas. Se los veía alegres por el regreso, se translucía en sus ojos la dignidad y el orgullo de haber combatido por su Patria.

Cuando llegamos finalmente a Ushuaia encontré a mis compañeros bioquímicos, Roberto Coccia y Guillermo Pandolfi, y los abracé emocionado. Ellos estuvieron todo el tiempo en nuestras islas.

Bueno... luego viene un tiempo de silencio seguido de voces encontradas entre las que observé que el sentimiento de Malvinas es caro al ser nacional.

A mi pesar escribo este relato de lo vivido, no hallando para puntualizar ningún mérito personal como no sea el de sencillamente haber estado. Pero siempre he conservado para mí un discreto orgullo por haber sido parte de este grupo humano que convocados por la circunstancias, sin poner condiciones, brindaron toda su capacidad en un acto de servicio.

Saludo a la que fuera la tripulación del buque Almirante Irizar, cuya capacidad profesional aprendí a valorar en estos días, a su comando, de cuyo talento y medida dependió el cumplimiento de la misión y el resguardo de su dotación.





El Dr. Catalán en la cubierta del BHA mientras llega el Sea King sanitario del buque.  
*Fuente: Hugo Catalán*



Llegada de la delegación de la Cruz Roja a los fines de verificar el cumplimiento de la Convención de Ginebra en el buque hospital Almirante Irizar.  
*Fuente: Hugo Catalán*

*Hugo Mario Catalán*



Durante una cirugía de apéndice en el quirófano del BHAJ. El Dr. Tarancon a la derecha, el Dr. Sottile a la izquierda como ayudante, atrás el Dr. Catalán en funciones de anestesiista y el suboficial Ruiz Durbal.

*Fuente: Hugo Catalán*



El BHAJ anclado frente a Puerto Argentino evacuando los heridos de los últimos combates.

*Fuente: Graeme Stringer*

## Roberto Coccia

*El Apostadero Naval Malvinas se creó el mismo 2 de Abril y el Dr. Coccia fue el primer bioquímico destinado en las islas.*



**E**

l 26 de marzo, siendo teniente de navío destinado al Hospital Naval Puerto Belgrano, recibí la orden de presentarme a una comisión. Asistí el domingo 28, al crucero Gral. Belgrano, con uniforme de gala, sin armamento y portando un bolso con la menor cantidad de ropa posible, tal como se me había indicado. Allí junto a un TF técnico y un TN contador nos reunimos con un CF de comando submarinista, quien resultó ser nuestro jefe, el cual nos encargó reunir un grupo de personal de suboficiales y cabos para integrar la comisión.

\_ Me gustaría saber\_ pregunté con cierta curiosidad\_ cuál será mi función, cuánto tiempo demandará, en qué lugar...

\_ No sabemos\_ interrumpió con parquedad.

\_ Como bioquímico necesito saber qué voy a hacer.

\_ Consiga la gente que le ordené.\_ Y dio por finalizado el diálogo.

Pude apreciar que había movimiento de tropas, vehículos y pertrechos de gran magnitud. Cuando recibimos la orden de que a las cuatro de la tarde debíamos embarcarnos en el Almirante Irizar, volví a insistir:

\_ ¿Cuál va a ser mi función? Necesito saberlo.

\_ Deberá analizar la potabilidad del agua.

\_ Pero... ¿adónde vamos?\_ inquirí sorprendido.

\_ No sabemos.

\_ Al menos me podrá decir si hay electricidad...

— ¡No sabemos!

Por suerte en esa época yo estaba a cargo de la sección bacteriología del hospital y nos encargábamos de hacer análisis bacteriológicos del agua. Fui al HNPB de donde tomé algunos tubos de caldo Mc Conkey con la campanita Durham y una pequeña estufa plástica de treinta y siete grados, regalada por proveedores de reactivos al laboratorio. No había otra cosa y ni hablar de análisis químicos ni toxicológicos. Le informé al jefe de la comisión que era lo único posible para hacer y me dijo que estaba bien.

Una vez en el rompehielos, pude observar que se estaban embarcando vehículos, armamento, tambores de combustible, personal del Ejército y víveres. Pero algo me llamó poderosamente la atención: estando amarrados al puerto comenzaron a descender los helicópteros en la cubierta del buque. Esta maniobra era peligrosísima y no estaba permitida de ninguna manera, pero ese día se hacía como lo más natural. Definitivamente no eran maniobras habituales las que ocurrían ese 28 de marzo de 1982 en Puerto Belgrano. Supuse que algo grande se venía.

Jamás imaginé Malvinas, como así tampoco mis compañeros oficiales del grupo. Zarpamos a las seis de la tarde de ese día. Apenas pude avisarle por teléfono a mi suegro minutos antes de partir.

Cuando nos encontrábamos fuera de la ría, unas dos horas después, se comenzó a hablar de que íbamos a las islas. Nuestro jefe nos mostró dos carpetas estrictamente secretas y confidenciales sobre el trabajo de inteligencia que había estado haciendo en el lugar. Nuestra misión era constituir el Aposadero Naval Malvinas en el puerto de la FIC (*Falkland Islands Company*) y contrarrestar cualquier tipo de resistencia por parte de los kelpers, si la hubiere.

Llegué el 2 de abril de 1982 a las seis y media de la mañana, habiendo desembarcado del Irizar en helicóptero. Permanecimos un par de horas en el aeropuerto, luego nos llevaron al puerto, donde no había nadie y nos hicimos cargo del lugar.

Al comenzar a preparar los materiales para el análisis de agua, observé que los enchufes del lugar no eran ni pareci-

dos a los nuestros. Corté el toma y enchufé los cables a la ficha pero no funcionaba de ninguna manera. Cuando desarmé la ficha de la pared, advertí que su sistema de seguridad permitía el paso de corriente si se enchufaba la ficha adecuada. Le encontré la vuelta y pude conectar la estufa. Luego recorrí las instalaciones de la planta de agua y observé que el agua que surtía a la población era la misma que llegaba al puerto.

La ansiedad del jefe por saber si la misma era potable \_a pesar de que le expliqué que eran necesarias veinticuatro a cuarenta y ocho horas para el resultado analítico\_ se había vuelto inquietante.

\_ Dígame si es potable\_ insistió una vez más.

Entonces, me tomé un buen trago, y luego de un rato respondí:

\_ ¡Sí señor, es potable!

Habían transcurrido dos días y las tropas de desembarco ya se habían ido cuando quedamos en Puerto Argentino los integrantes de la primera dotación del Apostadero Naval Malvinas, un CF (el Jefe), un TNCO, un TFTE y yo TNBQ. No había médico y, por lo tanto, no sólo fui el primer oficial de sanidad en Malvinas de la Armada Argentina, unidad creada el 2 de abril de 1982, sino también el primer bioquímico destinado en Malvinas. Lo considero un gran honor y un gran orgullo a pesar de que la Armada jamás lo tuvo en cuenta.

Más adelante, ante el cariz que tomaron los acontecimientos, enviaron a un TF médico con menor antigüedad que yo, con quien tuve y tengo excelente relación. El jefe dispuso que yo debía ser el jefe del puesto de socorro del apostadero y así fue que me hice cargo hasta el 19 de junio de 1982 a las dieciocho horas, luego de cuatro días prisioneros en el campo de concentración del aeropuerto y previo a evacuar a todo el personal del apostadero vía el helicóptero del Bahía Paraíso.

Durante los días de prisioneros en el aeropuerto, estuvimos sin agua potable, sin carpas, pero con gran imaginación; y usando las planchas de aluminio de la pista y formando una especie de carpa metálica nos guarecimos de las inclemencias del tiempo. Habíamos llevado una cocina de campaña y algo de café soluble, leche en polvo, fideos secos, algunas papas y cor-

ned beef. El cocinero de apellido Romero improvisaba un café con leche a eso de las diez de la mañana y una comida para las tres de la tarde.

\_ ¿Pero... con qué agua cocinan? \_ se preguntaría más de uno.

Pues ahí la imaginación del bioquímico. Juntábamos el agua que se acumulaba por la lluvia en los pozos producidos por los bombardeos y la tratábamos con pastillas de cloro para potabilizarla. El agua tenía un color marrón, pero con un montón de pastillas no tuvimos problemas de gastroenteritis ni siquiera dolores estomacales. La idea de que el bioquímico supervisaba el agua y la potabilizaba parece que dio resultado. Terminado el café con leche y agregando más agua a la cocina y pastillas de cloro, se comenzaban a cocinar los fideos; si quedaban restos del café con leche, este pasaba a integrar el menú de los fideos. Era lo que había. Éramos prisioneros en ese lugar y no sabíamos por cuánto tiempo.

En mi mochila llevaba dos cantimploras con agua potable, suero glucosado, agua destilada, latas de paté, galletitas, caramelos, pero en esos cuatro días no las toqué; comí lo que Romero preparaba y estaba muy sabroso.

El 20 de junio, el Bahía Paraíso partió desde Puerto Argentino hasta Punta Quilla (Santa Cruz) y de ahí en avión a Espora (Bahía Blanca). Ese día no solo se celebraba, como todos los años, el Día de la Bandera. También coincidía con el Día de Padre.

Fui mal recibido en mi destino ya que lo único que le interesó al jefe de laboratorio CFBQ fue su preciado objeto:

\_¿Me trajo la estufa de vuelta?

Como sabía que eso iba a ocurrir conseguí traerla conmigo luego de haber pasado por setenta y ocho días de guerra. Entonces, sin preocuparse por mi situación personal en Malvinas, me llevó a ver al secretario del director del hospital naval, un CNBQ que me increpó por los quince días de licencia autorizados por el Comando Naval.

Durante todo ese tiempo nadie del hospital se preocupó por hablar con mi esposa para preguntarle si necesitaba al-

go. Por esa época nuestros cuatro hijos tenían siete, cuatro, y dos años respectivamente y el más pequeño cinco meses. El 4 o el 5 de abril el director del hospital le había informado erróneamente mi paradero. Pude hablarle a mi esposa gracias al capitán del buque Isla de los Estados, Tulio Panigadi, y decirle que estaba en Puerto Argentino.

No me siento arrepentido por mi participación tanto en la Institución como en Malvinas, pues son los hombres que la integran los inocentes o culpables, y sé que obré con honestidad y valor. En el caso del hospital, en la época de Malvinas, son culpables por sus actitudes en ese momento y en los años posteriores. Eso sí, llevo el mejor de los recuerdos del tiempo transcurrido junto a los señores camaradas del Apostadero Naval Malvinas, como así también de los señores integrantes de la otras fuerzas armadas y de seguridad y señores civiles con los que compartí los días de la Guerra en Malvinas.

Sin embargo, más allá de nosotros, los VGM que regresamos después de haber combatido cada uno desde su puesto y dando más de lo que pudimos, una parte nuestra quedó allá. Solamente la recuperaremos cuando nuestro glorioso Pabellón Nacional vuelva a flamear orgulloso en nuestras irredentas Islas Malvinas. Lo mejor hubiese sido que nunca hubiera habido una guerra, pero la hubo y no hay marcha atrás. Lo importante es no olvidar, no usarla con fines ajenos a la causa de la soberanía, y recordar siempre a nuestros seiscientos cuarenta y nueve héroes que dejaron su vida en Malvinas.



Roberto Coccia



Integrantes del Apostadero Naval Malvinas en la oficina del Cap. Gaffoglio (derecha) en Puerto Argentino. Roberto Coccia, segundo desde la izquierda (sentado) Fuente: <http://www.apostaderomalvinas.com.ar>



Miembros del Apostadero Naval Malvinas en el puesto de comando situado junto al PUSO. Adolfo Gaffoglio, Roberto Coccia, Guillermo Klein y Juan José Silva. Fuente: <http://www.apostaderomalvinas.com.ar>

## Roque W. Cvitanovich

*El Dr. Cvitanovich, destinado en el destructor ARA Hércules, participó en el apoyo sanitario durante la recuperación de las islas el 2 de Abril.*



**C**orría marzo de 1982 cuando me encontraba en Puerto Belgrano, destinado, como bioquímico, a la jefatura de sanidad de la flota en el Comando Naval frente a la dársena. Por esa época, ver operar a nuestra Flota de Mar en ejercicios con la Infantería de Marina en la zona sur era cosa corriente. Sin embargo, durante los últimos días de marzo se observaban movimientos y preparativos poco comunes, que hacían suponer que algo inminente iba a ocurrir.

Recibí la orden de apresto y tuve la oportunidad de solicitar a Sanidad en Combate algunos aprovisionamientos sanitarios que consideré necesarios. Estuvimos en el puerto toda la semana mientras en los buques se cargaban municiones, víveres y agua en cantidades industriales... pero nadie informaba oficialmente nada.

Finalmente, el domingo 28 embarcamos junto a la jefatura del Comando Naval en el destructor ARA Hércules y zarpamos las unidades navales desde la Base Naval Puerto Belgrano sin conocer el destino.

Un gran temporal en medio de un mar totalmente embravecido y con olas gigantescas tuvo en vilo a la tripulación durante dos días mientras nos aproximábamos al objetivo: el “mal de mar” estaba a la orden del día. No salíamos de este contratiempo cuando el comandante CF Emilio Molina Pico reunió a toda la plana mayor y nos informó:

— Estamos dando comienzo a la Operación Rosario. Esta será incruenta y estimamos que la defensa militar que custodia al gobernador es relativamente baja para inquietarnos. Nues-

tro barco junto al Santísima Trinidad tendrán la función de apoyo del desembarco.

El martes 30 el almirante Busser anunció durante la navegación cuál era la misión: la recuperación de las Islas Malvinas.

En ese momento, tomando conciencia de las probables consecuencias sanitarias, advertí la necesidad de contar con un banco de sangre como resguardo ante posibles bajas por incidentes de combate. Me dirigí entonces ante el jefe de sanidad del buque TNME Jorge Rosas, y con la autorización del comandante CF Emilio Molina Pico, procedí a la extracción y tipificación de la sangre obtenida del personal del Hércules. El TNME Rosas organizó la sanidad del buque en dos compartimientos bien definidos: el de popa y el de proa; el primero estaría a mi cargo y el de mayor complejidad, al suyo.

Debido a las condiciones meteorológicas se reprogramó el desembarco para el 2 de abril a las seis y media de la mañana. Unas horas antes, precisamente a las cuatro y veinte, el destructor ARA Hércules (D-1) izó su Pabellón de Guerra y comenzó su patrullaje en la zona de Puerto Groussac, protegiendo a la iniciación de la fase de asalto.

Ya promediaba la mañana cuando nos llegaron noticias de los primeros heridos: un balazo en el vientre y otro en el brazo aquejaba al TC Diego García Quiroga, buzo táctico; a su vez, el vientre ensangrentado del CCIM Pedro Giachino era altamente preocupante. También se encontraba malherido el CSEN Ernesto Urbina.

Todos fueron trasladados en un vehículo Land Rover hasta el hospital local (*King Edward Memorial Hospital*). El VAR (vehículo anfibia a ruedas) donde era trasladado el componente de sanidad había quedado empantanado en el turba. Junto al médico y al enfermero fuimos helitransportados desde el destructor hasta el hospital y nos encontramos con los heridos.

García Quiroga estaba en coma y la hemorragia controlada. Luego de transfundirle sangre del depósito del hospital, lo acondicioné para su traslado al rompehielos Almirante Irizar, que disponía de mayor complejidad sanitaria. Pero por de-

cisión propia efectué el regreso a la isla, y solicité en pleno vuelo el inmediato transporte aéreo del herido al continente.

Al regresar al hospital ya se había iniciado la operación al otro herido, Urbina, que también fue trasfundido. Inicialmente no recibimos colaboración del personal inglés en el hospital, pero luego ayudaron con las anestесias. A pesar de los inconvenientes, las intervenciones quirúrgicas fueron un éxito y quedó demostrada nuestra capacidad sanitaria.

No corrió la misma suerte el capitán de corbeta Pedro Giachino; había estado desangrándose por más de una hora y media antes de ser atendido. Al llegar al hospital ya nada se podía hacer a pesar de nuestro empeño en salvarlo: murió a los pocos minutos.

Por la tarde, sus restos mortales fueron embarcados en un avión de la Armada junto al cabo Urbina rumbo a Río Grande y luego a la Base Naval Puerto Belgrano, adonde arribaron a las nueve de la noche. Nosotros permanecimos en el Hércules.

Durante las acciones bélicas y como consecuencia de la zona de exclusión establecida por el enemigo, el Hércules continuó navegando a lo largo del litoral marítimo durante un mes. La guerra terminó para el buque por la rotura de las hélices con un objeto no identificado y debimos regresar para su reparación en dique seco.

Pedro Giachino y yo éramos amigos, ambos mendocinos. Tuve, entonces, la dolorosa misión de entregarle los objetos personales a su esposa Cristina, amiga de nuestra familia, una vez de regreso al continente.

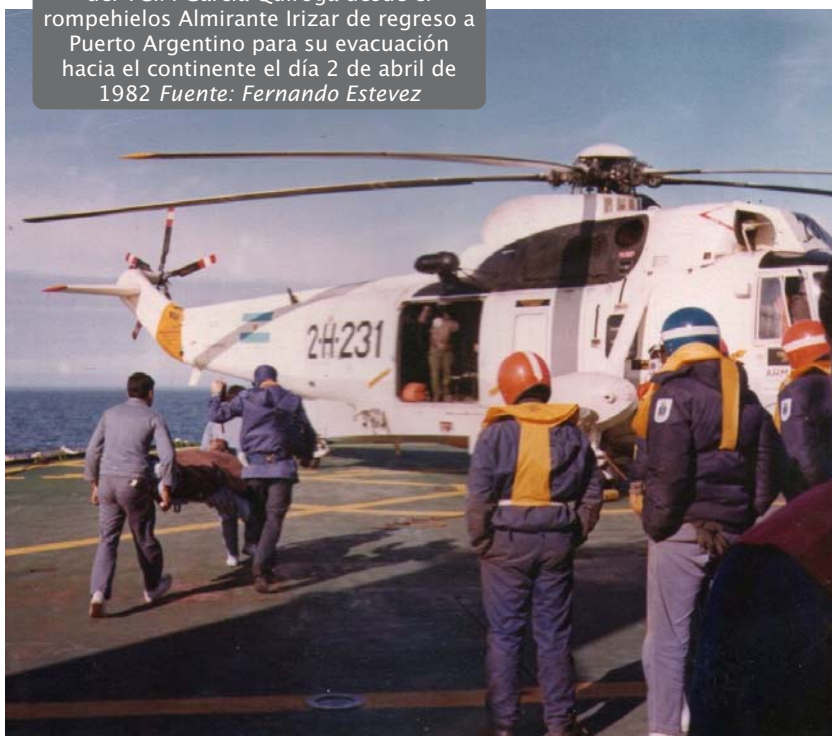


*Roque W. Cvitanovich*



El "Hércules" en navegación por el litoral marítimo durante las acciones bélicas.  
*Fuente: Francisco J. Kawa*

El Dr Cvitanovich realizando el traslado del TCIM García Quiroga desde el rompehielos Almirante Irizar de regreso a Puerto Argentino para su evacuación hacia el continente el día 2 de abril de 1982 *Fuente: Fernando Estevez*



## Carlos A. Espinosa

*La jefatura del laboratorio de análisis clínicos del buque hospital Bahía Paraíso estuvo a cargo del Dr. Espinosa.*



**E**

El 15 de abril de 1982, siendo teniente de navío en la escuela de buceo de la Armada Argentina en la Base Naval Mar del Plata, fui destinado, como único bioquímico, a bordo del buque hospital Bahía Paraíso. Era un transporte polar, amarrado en ese entonces a la dársena D, donde se lo estaba transformando en un buque hospital ante los requerimientos sanitarios del TOAS.

Asignado a la jefatura del laboratorio y del banco de sangre, recibí el apoyo incondicional del laboratorio del Hospital Naval Puerto Belgrano, quienes minimizaron los trámites burocráticos para la provisión de materiales. El laboratorio lo montamos en la peluquería del buque, retirando el sillón, agregando una mesada y fijando con soportes todos los elementos necesarios para cumplir con sus funciones.

Contaba con lo esencial para aquella época: microscopio, espectrofotómetro, centrifugas, microcentrífuga, estufas, material de vidrio, reactivos, entre otros. El banco de sangre tenía además la modalidad de banco viviente, pero, también, almacenábamos la sangre que nos proveían del continente y abastecíamos al hospital de Puerto Argentino o a los puestos de socorro en la isla.

Sin embargo, algo nos inquietaba: la hemólisis producto de la vibración, dado que las heladeras para conservación no contaban con sistemas antivibratorios. Hasta que logramos solucionarlo; decidimos conservar la sangre a cinco grados centígrados sobre colchones de poliuretano en la cámara frigorífica de verduras, que estaba en la línea de crujía y casi en la mitad del buque. La controlábamos a diario y permaneció sin he-

mólsis toda su vida útil. La operación fue tan exitosa que no fue necesario utilizar el banco viviente.

Aparte de único bioquímico, cumplía tareas como técnico de laboratorio y hemoterapia en la central de operaciones de combate, y, a veces, en la farmacia. Afortunadamente, la logística era muy eficiente: la solicitud de provisiones y medicamentos se hacía por mensaje naval (radiograma) al continente y desde allí se nos proveía en Punta Quilla de lo necesario. De todas formas, era consciente de que no podía depender todo de mi persona pues ante una baja, aunque fuera temporaria, el buque quedaría sin asistencia, por lo cual pedí que se embarcaran un técnico y otro bioquímico, mientras entrenaba a un cabo enfermero y a un suboficial hemoterapista en las funciones de técnico de laboratorio.

Estábamos al garete en las cercanías de Isla de los Estados cuando detectamos sobre el casco las armónicas del pin de un sonar. Al poco tiempo nos enteramos de que se trataba del submarino nuclear Conqueror, el cual, fuera del área de exclusión, atacó al ARA General Belgrano el 2 de mayo y provocó su hundimiento. El 4 mayo se nos ordenó la búsqueda de sobrevivientes por las gélidas aguas del sur. Entre los naufragos del Belgrano rescatamos a un marinero jovencito que ratos antes de que los torpedos de Conqueror impactaran en el buque había sido operado de una apendicitis aguda. Este marinero se las ingenió para abandonar el crucero.

\_Ni bien se lanzó el zafarrancho me hice paso desde la tercera cubierta hasta la principal. El barco se inclinaba cada vez más por lo que atiné a tirarme al agua. Apenas sentí el frío en medio del terror que se vivía, subí a uno de los botes salvavidas arrojados al mar, solté la amarra y esperé\_ nos narró con voz entrecortada aún perplejo de verse a salvo.

Cuando lo revisaron la herida estaba cicatrizando sin signos de infección y lo más bien.

Durante el primer cruce a Malvinas, fuimos inspeccionados por una dotación de infantes ingleses apoyados por un helicóptero armado de un misil antibuque. En la segunda entrada a Punta Quilla embarcó el teniente de navío, bioquímico, don Jesús Moyano, y el técnico de laboratorio, civil, A. López.

Recién a partir del 1 de junio de 1982 el buque fue reconocido como buque hospital, denunciado e identificado ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y a las autoridades británicas según las normas de la Convención de Ginebra del 12 de agosto de 1949.

Tuvimos encuentros con varios buques hospital de bandera inglesa. Recibimos una delegación del Uganda y ellos, una nuestra, pero a mí desgraciadamente no me dejaron ir por ser en ese momento el único bioquímico a bordo. Ellos tenían un gran número de heridos. Las relaciones fueron correctas y formales. Me enteré de que tenían problemas con la conservación de la sangre. También hubo una delegación de la Cruz Roja para verificar el funcionamiento del buque como hospital, quienes trataron de estar a bordo el menor tiempo posible.

Estando en las proximidades de Puerto Argentino, un helicóptero inglés disparó dos misiles filoguiados en dirección a nuestro buque. Aquél fue inmediatamente atacado por un puesto de ametralladoras de la infantería de marina por lo que tuvo que hacer maniobras evasivas y perdió el control de los misiles: uno de éstos estalló trescientos metros más adelante rozándonos el mástil y el otro impactó en una casa del pueblo. Mucho después en un almuerzo de veteranos de guerra me encontré casualmente con el suboficial (del que no recuerdo su apellido) que estaba a cargo de ese nido de ametralladoras al que le debemos probablemente nuestras vidas.

Al finalizar el conflicto, los cuatro buques hospital ingleses habían agotado las placas radiográficas, los antibióticos y las jeringas descartables entre otras cosas. Me tocó preparar una provisión para ellos, dado que nos pidieron ayuda: declararon doscientos muertos aproximadamente; para mí eran muchos más.





El Bahía Paraíso fue requerido con urgencia para participar de la búsqueda y rescate de los naufragos del crucero ARA General Belgrano, que el 2 de mayo había sido torpedeado por el submarino HMS Conqueror.  
*Fuente: Carlos Espinosa*





Carlos Espinosa (derecha) sobre la plataforma del Bahía Paraíso, observándose el buque hospital británico Uganda durante uno de los encuentros en el "Red Cross Box". Fuente: Carlos Espinosa



Arribo de la delegación de médicos británicos provenientes del Uganda, de visita en el buque hospital Bahía Paraíso. Fuente: Carlos Espinosa



El B.H. Bahía Paraíso en Puerto Argentino en uno de sus últimos viajes sanitarios. Se observa el transporte británico Canberra y a los lejos los montes aledaños testigos de los últimos combates.

*Fuente: desconocida*



Los buques hospital Uganda y Bahía Paraíso en el "Red Cross Box" (Caja de la Cruz Roja), un lugar neutral donde se realizaban los intercambios de heridos entre ingleses y argentinos. *Fuente: Imperial War Museum*

## Alberto Fernández

*El Dr. Fernández, componente de Sanidad de Fuerza Aérea, fue un protagonista del mito del conejo alado en operaciones.*



**M**i actividad en las Islas Malvinas fue cambiando según las circunstancias desde que llegamos hasta que finalizó la guerra. Comenzó el 10 de abril cuando partí desde El Palomar hacia las islas en un Hércules C-130 junto a cuatro profesionales del Hospital Aeronáutico: Fernando Espiniella, como jefe, Roberto Stvrtecky y Juan Martín. Como componente sanitario de la Fuerza Aérea nos ubicaron inicialmente en las dependencias del aeropuerto, donde comenzó a gestarse la idea del “Conejo Alado en Operaciones”\*. Los oficiales médicos más antiguos se reunían con el fin de organizar un Hospital Militar Conjunto con capacidad suficiente para atender una cantidad estimada de bajas, que iría en aumento a medida que llegaran más efectivos a las islas. Por orden expresa del Gral. Menéndez no podíamos ni pasar cerca del hospital civil existente en Puerto Argentino.

Así fue que siendo un bioquímico destinado inicialmente a Malvinas comencé un relevamiento para establecer fuentes naturales de agua potable en los distintos lugares donde ya había despliegue de tropas o se estimaba que lo habría. En distintos vuelos en helicóptero fui recolectando muestras de agua para su análisis de potabilidad. Había previsto esta actividad con anterioridad y, luego de una fugaz vuelta al continente en compañía del cirujano maxilo-facial, el doctor Stvrtecky (el Ruso), logré traer a las islas los elementos técnicos necesarios para los análisis.

\* El conejo alado es el símbolo de la sanidad de la Fuerza Aérea en Malvinas (CAEO son las iniciales de conejo alado en operaciones). El estandarte original flameó durante todo el conflicto en el mástil del Hospital Interfuerzas debajo de la bandera Argentina y la de la cruz roja. Se le ocurrió al Dr Stvrtecky, después de mucho meditar. La sanidad debía tener en ese momento difícil el simbolismo antiguo del conejo, la resurrección y la continuidad de la vida. Alado por la Fuerza Aérea y en operaciones por la participación en un conflicto armado. “Donde todo animal digno muere, el único que sobrevive es el conejo.” Hermann Hesse.

Al obtener los resultados llegué a la primera conclusión: “el agua no es potable y está contaminada mayormente con bacterias de origen fecal”. Obviamente esto produciría diarreas y otros malestares infecciosos que dejarían a nuestra tropa inactiva en forma casi inmediata. Con el fin de corroborar mis análisis envié las muestras al laboratorio industrial de la Fuerza Aérea en El Palomar, donde obtuvieron resultados coincidentes. A partir de allí, se generó todo un operativo de instrucción a las tropas para no ingerir agua sin haberla tratado previamente con pastillas de cloro enviadas en gran cantidad desde el continente.

Al mismo tiempo estábamos acondicionando un edificio para transformarlo en hospital militar, utilizando todos los medios que teníamos a nuestro alcance, recibiendo algunos materiales desde el continente y recurriendo a la inventiva. Procedí a montar el laboratorio con los elementos que yo mismo había ido a buscar al continente junto al Ruso Stvrtecky. Tenía lo necesario para realizar las pruebas de laboratorio críticas para el manejo de pacientes con requerimientos de cuidados intensivos, incluyendo algunos medios de cultivo para estudios bacteriológicos en caso de infecciones (que por suerte no sucedieron).

El siguiente paso fue la organización del banco de sangre que carecía de heladeras específicas para almacenar las bolsas. Venturosamente logramos conseguir dos refrigeradores del tipo hogareño con buena capacidad y algunos orificios de esquirlas, los cuales funcionaron bien, una vez adaptados. Aproximadamente diez días antes del 1 de mayo recibimos, en un vuelo de Hércules, el primer envío de sangre que fue clasificado e inventariado. El doctor Espiniella (el Flaco), que siendo el médico más antiguo de Fuerza Aérea tenía comunicación radial directa con los mandos del continente, solicitó el envío de más bolsas de sangre que recibimos en los días subsiguientes.

Paulatinamente, y con arduo trabajo, fuimos completando lo necesario para el funcionamiento del hospital con la finalidad de estar preparados con la mayor celeridad. La mayoría del equipamiento del hospital conjunto, desde cajas quirúrgicas hasta insumos básicos, pasando por medicación intravenosa, anestésicos etc., fue aportado por la Fuerza Aérea

mediante el despliegue de los MH 70 \_totalidad de elementos necesarios para manejar un número determinado de bajas con necesidades quirúrgicas, es decir todo lo que hace falta en el hospital... menos el edificio\_. Estos MH siempre formaron parte de la doctrina sanitaria de la Fuerza. Estaban siempre listos y preparados para ser embarcados en aviones Hércules, en caso de ser necesarios... y ¡vaya que lo fueron!

Un día de mayo, después que habían comenzado las acciones militares, el Flaco me hizo un comentario inquietante acerca del radar de Puerto Argentino:

\_ El jefe del radar está bastante preocupado. Hay una pérdida importante de agua refrigerante en el sistema.

Al día siguiente, encontré un momento en que no teníamos recepción de heridos y me fui para el radar. Era fácil de ubicar el lugar ya que en varias oportunidades lo había visto cuando llevábamos a los heridos al aeropuerto, supuestamente inutilizado, para su evacuación en los C130. Al llegar, me presenté con el mayor Silva, quien me resumió el problema:

\_ Hace una semana que le estamos reponiendo agua, pero cada vez pierde más. Sale líquido por todas las uniones de la manguera hasta en la misma unidad principal del sistema de refrigeración.

\_ ¿Realiza algún tipo de mantenimiento?\_ pregunté intrigado.

\_Controlamos el nivel de agua destilada del sistema y si hace falta reponemos con los bidones que nos envían del continente.

Mientras volvía caminando al laboratorio, pensaba que era muy extraño lo que estaba pasando. Había observado también que los acoples de bronce estaban muy corroídos, y se me ocurrió llevar algunos elementos para analizar el agua. Existía la posibilidad de que la calidad del agua que estaban utilizando para reponer no fuera la adecuada... ¿Pero tan mala como para corroer las uniones?... No, no podía ser...

Al regresar al radar, decidí medir el pH (el grado de acidez del agua)... ¡Sorpresa!, ¡el valor de pH hallado era extremadamente ácido! Entonces encontré una serie de bidones prolijamente apilados que tenían una leyenda: "Agua para bate-

rías”. Al medir la acidez, el valor hallado era más ácido aún que el del sistema de refrigeración. Al olerlo percibí el característico olor del ácido sulfúrico... malas noticias; la leyenda debiera haber dicho: “Ácido para baterías”... Sin saberlo, el sistema había sido corroído internamente por el agregado del ácido al confundirlo con agua destilada.

Ahora había dos problemas: había que detener la acción del ácido, ya que de lo contrario la corrosión continuaría, y se deberían reemplazar los componentes afectados sin que el radar saliera de servicio. Rápidamente, me dirigí al laboratorio para preparar una solución de hidróxido de sodio, que neutralizaría el ácido, para luego hacer una purga general del sistema y reemplazar totalmente el líquido por agua destilada. Tenía que tener cuidado, ya que la concentración de ácido era muy alta y, si la reacción química se producía violentamente, existía la posibilidad de que se generaran precipitados de sales dentro del sistema, inutilizando completamente el radar.

Cuando le comuniqué al mayor Silva la situación, no podía creer lo que había pasado... todo por un problema de identificación del “Agua para baterías”. Se solicitó una nueva unidad refrigerante, ya que la que estaba en uso se veía bastante comprometida por la corrosión interna y no quería correr el riesgo de que en algún momento explotara. Pero ¿de dónde iba a sacar yo casi cuarenta litros de agua destilada? Solo me quedaban cuatro o cinco litros en el laboratorio del hospital militar. En ese momento me acordé del hospital civil, al que estaba terminantemente prohibido ingresar por orden del general Menéndez y mucho menos establecer cualquier clase de contacto con ellos o utilizar algún recurso de ese lugar. Me dije: “allí seguro que hay destiladores grandes, pero no puedo entrar..., que sí..., que no...”. Al final decidí entrar y dirigirme a ver algún colega en el laboratorio de hospital civil.

¡Qué cara me pusieron en la entrada del hospital! Me sentí como el peor de los delincuentes, pero sin inmutarme pedí que me indicaran dónde estaba el laboratorio, ya que tenía que hacer una consulta profesional con mi colega por un problema bioquímico. “*Turn left, then right at the end...*” fueron las instrucciones de la vieja mujer de la recepción.

Finalmente, encontré el laboratorio, golpeé y me atendió una mujer pelirroja. Luego de mi presentación de rigor, le

expliqué que estaba a cargo del laboratorio del hospital militar vecino y que quería hablar con el responsable del lugar.

\_ Ese responsable soy yo\_ respondió mi colega

\_ Encantado. Voy a ir al grano. Tengo un problema con la preparación de medios de cultivo para microbiología ya que me quedé sin agua destilada\_ mentí en lengua inglesa y añadí\_. ¿Sería usted tan amable de proveerme unos litros?

Ella se quedó mirándome, seguramente nunca se imaginó que esto podía suceder. Cuando yo ya estaba esperando un “no” como respuesta, la mujer me respondió:

\_ ¡No hay problema! ¿Cuántos litros necesita?

No se me olvidará jamás la expresión de estupor de su cara cuando le contesté:

\_ Ejem... necesito unos... cuarenta litros.

Eran exageradamente demasiados, a no ser que estuviera por montar una línea de producción mayorista de medios de cultivo.

Después de un momento de silencio, me dijo:

\_ En realidad no dispongo de esa cantidad, pero, si me trae los bidones, voy a dejar funcionando los destiladores durante toda la noche para llegar a producir esos litros.

Más rápido que un suspiro, estuve nuevamente con ella dejándole los bidones. Al día siguiente, retorné al hospital civil para retirarlos y llevarlos al radar. Mi colega no estaba. Sin embargo, había dejado el agua envasada de acuerdo con lo convenido. Le dejé mis saludos y profundo agradecimiento por la “gauchada”. Lamentablemente no recuerdo su nombre.

Finalmente, los muchachos del radar vaciaron el sistema de refrigeración y reemplazaron todo el líquido con agua destilada, de los que quedaron unos litros adicionales para reponer mientras llegaba la nueva unidad de refrigeración con su provisión de agua destilada. Así, con una mínima interrupción... el radar continuó operativo.

A partir del bombardeo del 1 de mayo, había comenzado la llegada de heridos en forma masiva mediante diversos

medios acondicionados como ambulancias (helicópteros, vehículos terrestres), conjuntamente con aproximadamente treinta bajas que llegaron desde Darwin en un Chinook.

Fue en ese momento cuando dejé el laboratorio en manos del bioquímico tucumano Baigorí, AOR del ejército, que estaba cumpliendo con el servicio militar, el cual después de varios pedidos de ayuda, milagrosamente, apareció para socorrernos... ¡Y cómo! Me dediqué, entonces, de lleno, a formar parte de los equipos de recepción y clasificación de heridos, realizando las punciones venosas y arteriales necesarias. El objetivo inicial era estabilizar al paciente mediante la perfusión de expansores plasmáticos por las vías que compensan el volumen de sangre perdido, evitando la entrada en shock. Si previamente realizábamos la tipificación hematológica (grupo sanguíneo y factor RH) podíamos transfundir la sangre entera correspondiente.

En muchos casos, debido a la amputación traumática de los miembros inferiores, era necesario “clampear” (obturar con pinzas especiales) las arterias que estaban sangrando antes de hacer la vía arterial o venosa. Nos enfrentamos con un nuevo y gran problema que debíamos resolver de inmediato: disponibilidad de sangre para su transfusión y su conservación, y mecanismos de reposición en tiempo y forma.

Habíamos implementado un sistema de rotación manual de las bolsas de sangre dentro de las heladeras. Lo hacíamos con Baigorí varias veces durante el día y la noche para mantener la sangre en el mejor estado de conservación posible. La sangre iba “envejeciendo” y por lo tanto dependíamos de los envíos desde el continente para su reposición. Nunca nos faltó hasta que llegaron los últimos días de combate, en los que la provisión aérea se dificultó por el gran riesgo del cruce desde el continente. No obstante, hasta último momento logramos evacuar a los heridos que se encontraban estabilizados luego de las cirugías efectuadas.

Los días que siguieron al 8 de junio, dada la cercanía del avance británico, esperábamos grandes cantidades de heridos, producto del combate directo de las tropas. Calculamos que la cantidad de sangre disponible no iba a ser suficiente. A esa altura, había llegado el Almirante Irizar, un barco rom-

pehuelos que la Armada había acondicionado como buque hospital. La única salida que veía era conseguir que el Irizar nos entregara parte de su banco de sangre. Como último recurso, disponía de bolsas de sangre vacías para, eventualmente, conseguir sangre fresca de donantes voluntarios que se replegaran al hospital en los últimos momentos.

Le planteé al Flaco el problema y la posible solución. No iba a ser tan sencillo, ya que el buque se encontraba anclado en la entrada de la bahía de Puerto Argentino debido a inconvenientes con el calado del buque que le imposibilitaba acercarse. Elaboramos un plan. Teníamos que llegar hasta el puerto, abordar algún tipo de embarcación y llegar hasta el buque hospital. Una vez allí, conseguir subir a la borda, plantear la situación a los responsables del buque y volver con la sangre al hospital conjunto. Todo esto, sin comunicaciones radiales y aprovechando las primeras horas de la noche, ya que el cañoneo naval de los británicos comenzaba puntualmente a las doce de la noche y duraba hasta aproximadamente las cuatro de la madrugada, cada noche.

Explicado todo esto, el Flaco acotó:

\_Bueno. No nos queda otra alternativa, así que vamos esta noche.

Y nos fuimos el Flaco, Johnny Martin, el Ruso y yo...

Llegamos al puerto y conseguimos que nos facilitaran una pequeña embarcación para llegar hasta el barco. La noche era bien oscura, hacía mucho frío y el Irizar permanecía iluminado a varios cientos de metros adelante. Nunca me imaginé lo imponente que resultaría estar al lado del rompehuelos con nuestro barquito. Una cosa es verlo desde el puerto y otra muy diferente... desde el agua. Teníamos un edificio a nuestro lado. Calculábamos hasta la cubierta el equivalente a unos cinco o seis pisos de altura... Luego de vociferar unos minutos, conseguimos que desde el Irizar nos arrojaran una escalera de sogas con peldaños de madera. Acto seguido Johnny me alentó:

\_ Vos sos el más joven, así que subí primero.

Encaré la escalera, y comencé a subir. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, al tiempo que la escalera se me iba horizontalizando. Escuché un tremendo grito de arriba:

– ¡Así no, boludo! ¡De costado!

El asunto era que debía subir con la escalera entre las piernas, de costado.... Comprendí el tema y seguí subiendo... con un poco de “cagazo”, pero todo controlado. Cuando estaba llegando a la altura de la cubierta y me disponía a saltar la baranda, escuché un grito desde abajo:

– ¿Y?... ¿Qué tal, ¡¿todo bien?!

No tuve mejor idea que mirar hacia abajo para responder... No pude... el barquito se veía demasiado chico y el agua a su alrededor demasiado grande, demasiado fría como para pensar en caerse. Me quedé agarrado de la sogá de la escalera totalmente tieso. Gracias a Dios el mismo marino que me había dado las “indicaciones” para subir correctamente, me sujetó de la chaquetilla y me metió de un tirón dentro del buque. Siguiéron subiendo el Ruso, el Flaco y Johnny. Luego de las presentaciones de rigor, comenzamos nuestro periplo para conseguir la sangre. ¡Qué gente espectacular la de abordó! En poco tiempo teníamos disponible una gran cantidad de bolsas de sangre, repartida en varias cajas y... sólo teníamos que llevárnosla con nosotros al hospital conjunto.

Comenzamos el operativo “retorno”. Fuimos bajando lentamente nosotros y también las cajas. Cuando estábamos listos para partir, comenzó el cañoneo naval enemigo. Esta vez, le tocaba al BIM 5 que tenía posiciones cercanas a nuestro hospital. Nos preguntaron desde el buque:

– ¿Para dónde van ustedes?

– ¡Justamente para allá! \_ respondimos señalando los fogonazos de las primeras explosiones.

– Bueno...si cuando llegan no encuentran nada... entonces, ¡vuelvan!

Pero no hizo falta. Llegamos nuevamente a nuestro lugar y a tiempo para recibir más heridos. La sangre nos alcanzó hasta el final...





Miembros de la Sanidad de Fuerza Aérea en Malvinas. Alberto Fernández (Freddy) adelante y a la izquierda de la foto. *Fuente: Roberto Stvrtecky*



El Dr. Stvrtecky, Dr. Fernández y Enf. Ortiz colocando el estandarte original del CAEO que flameó en el CIMM en el cenotafio de la ruta 26 en Gral. Rodríguez. *Fuente: Roberto Stvrtecky*



Los doctores Stvrtecky y Martin en la entrada del hospital conjunto. Se observan las banderas argentina, de la Cruz Roja y la del Conejo Alado (símbolo de la Sanidad de Fuerza Aérea). Fuente: Roberto Stvrtecky

## Pablo Hautcoeur

*El Dr. Hautcoeur (izquierda) integró inicialmente el puesto de socorro de CaSan 3 que se instaló en Puerto Mitre (Puerto Howard)*



**E**l destino me convocó a la Guerra de Malvinas el día 14 de abril de 1982. Partimos con la Compañía de Sanidad desde Curuzú Cuatía hacia Paraná por tren y desde allí en avión a Comodoro Rivadavia. Diez días más tarde, me encontraba embarcando el material de sanidad dispuesto en dos contenedores en el buque Córdoba fondeado en Puerto Deseado. Posteriormente volamos hacia Puerto Argentino con el jefe de la Compañía de Sanidad 3, el mayor médico Luis Jacinto Reale y el resto del personal. Una vez instalado el vivac en las inmediaciones del aeropuerto, nos informaron que el Córdoba no había zarpado debido al bloqueo naval del enemigo.

El día 26 de abril se me ordenó junto al SMYPF Lombardo viajar al continente a recuperar el valioso material y encontrar el modo de poder transportarlo a las Islas Malvinas. En Comodoro Rivadavia, encontré una situación algo caótica en cuanto a lo que se despachaba a las islas. Era habitual escuchar respuestas del tipo:

- \_ ¿Para qué quieren municiones si no hay cañones?
- \_ ¿Quién pidió elementos de sanidad?... ¡si no hay heridos!...

El 29 de abril regresé a Malvinas en un Fokker T54 de Aerolíneas Argentinas con gran parte del material de sanidad, habiendo quedado el SMYPF Lombardo a cargo del resto para continuar embarcándolo hacia las islas en vuelos siguientes. Ese mismo día, el jefe de la CaSan 3 recibió la orden verbal de dividir la misma en tres partes para dar apoyo a Darwin, Bahía Fox y Puerto Howard. Partí hacia Puerto Howard con cuatro oficiales, el capitán médico Ibáñez, el teniente primero bioquímico

Mónaco, el teniente primero médico Quirós Taua y teniente primero odontólogo Boles Pereda; el resto del personal viajaría en vuelos sucesivos. De ese modo se instaló el puesto principal de socorro en dependencias del club social de esa localidad de Gran Malvina.

El 30 de abril arribé a Puerto Howard junto a cinco helicópteros con aproximadamente un tercio del material de sanidad (básicamente de cirugía). El resto se encontraba en Puerto Argentino y Comodoro Rivadavia a la espera de su traslado. Identificamos el PUSO con la cruz roja, montamos un quirófano de campaña y una sala de internación en condiciones muy precarias, y atendimos bajas de carácter administrativas (heridas accidentales por arma de fuego, pie de trinchera, casos odontológicos, etc).

Luego del ataque del 1 de mayo a Puerto Argentino y ante la proximidad del enemigo se suspendieron los traslados de tropa en forma masiva y los movimientos de carga a la isla Gran Malvina. El 7 de mayo me dirigí hacia Puerto Argentino para tratar de cargar el material faltante e inventariar las pérdidas producidas luego del bombardeo al aeropuerto. El 9 de mayo se ordenó embarcar en el Forrest al personal médico para acudir en auxilio de los náufragos del Narwal, los cuales regresaron durante la noche del 10 de mayo, sin novedades. Ante la imposibilidad de mi traslado a Puerto Howard y Bahía Fox debido a la superioridad aérea lograda por los británicos, por orden del Cdo Br I III y a través del oficial jefe nos ubicaron en el CIMM (Centro Interfuerzas Militar Malvinas) para cumplir funciones de sanidad. A partir de ese día me hice cargo del servicio de farmacia del mencionado hospital y el resto de la CaSan tomó posiciones en la costa en el lugar del Regimiento de Infantería 4. Las provisiones de efectos sanitarios recibidas hasta la fecha eran escasas y de poca significancia.

El servicio de farmacia estaba a cargo del capitán médico Falcinelli, con la colaboración del AOR FARM Pelella y el cabo PF Heis. La farmacia ocupaba dos habitaciones con tres placares amplios, dos piletas con mesada e instalaciones sanitarias, otra habitación como depósito y una amplia carpa multiuso de la Aeronáutica con efectos de sanidad propios de esa fuerza. El aprovisionamiento estaba seriamente afectado por el bloqueo

aéreo y naval impuesto por el enemigo. Había carencias de anestésicos, antidiarreicos, antigripales, vasodilatadores periféricos (para pie de trinchera), expectorantes, antiinflamatorios, antiespasmódicos, gotas nasales, yeso, soluciones antisépticas y vendas.

Oportunamente arribó una muy significativa y útil donación de Laboratorios Roemmers. También las hubo menores de instituciones civiles y de los laboratorios Promeco, Squibb y Astra, consistentes en muestras gratis para una gran variedad de patologías, pero de escasa utilidad. El INTA de Ituzaingó envió doscientos paquetes de curación individual, preparados, acondicionados y esterilizados por personal de esa institución.

A su vez, el director del CIMM mayor ME Ceballos gestionaba las provisiones a través del mayor ME Espinella de FAA, quien impulsado por la necesidad sanitaria se comunicaba con el Edificio Cóndor para realizar la gestión de los insumos. Por la noche, llegaban los aviones del continente burlando el bloqueo del enemigo con el material, en operaciones aéreas sumamente riesgosas, difíciles y valientes: recibíamos la noticia de que un avión llegaba por la noche y disponíamos de cuarenta minutos para sacar a los heridos con las ambulancias (generalmente cuatro por vehículo), recorrer los ocho kilómetros hasta el aeropuerto y esperar el aterrizaje del avión. Hubo situaciones en que el avión recibía el mensaje de alerta de peligro enemigo y regresaba, por lo que debíamos volver al hospital con los heridos. En general los heridos eran enviados al continente por vía aérea hasta el 1 de junio y luego a través de los buques hospital.

La FAA aportó una cantidad importante y considerable de equipos de cirugía descartables, que contenían todo lo necesario para una intervención quirúrgica. Resultó muy útil la provisión de camillas nuevas desarmables con una tela impermeable que facilitaba la rápida limpieza, lo que permitió su uso continuo. También suplió necesidades urgentes del servicio de traumatología con la reposición de muletas, bastones, tacos de madera con base goma, placas para fracturas, vendas enyesadas, hojas bisturí y mantas nuevas para abrigo de los internados.

A su vez, la Armada disponía en el Apostadero Naval de un depósito con provisiones sanitarias de gran importancia

que por doctrina de la fuerza mantenía permanentemente actualizado para emergencia, la cual fue generosamente facilitada al CIMM a través del TNBQ Coccia. Resultaron muy útiles las gasas esterilizadas, material de alto consumo, ya que necesitábamos tres personas para cortar, acondicionar y esterilizar piezas de treinta metros, lo que les llevaba un día completo de trabajo utilizando un solo autoclave. También nos facilitó soluciones parenterales, jeringas descartables, guías para suero, tela adhesiva, paquetes de curaciones, vendas y soluciones antisépticas. Afortunadamente, no fue necesario utilizar la medicación para quemaduras producidas por munición de fósforo.

El 14 de mayo se ordenó una comisión en Puerto Howard para rescatar a las víctimas del barco Isla de los Estados atacado por el enemigo en el canal de San Carlos, el cual regresó por la noche con el cadáver de un tripulante. Por la misma fecha, una flotilla de cinco helicópteros, con grupos comando destinados a Puerto Howard, logró enviar una estufa de esterilización y una mesa de cirugía de campaña. Como se transportaban motocicletas, munición, morteros, no hubo lugar para enviar un autoclave.

El 20 de mayo, en el puesto principal de socorro de Puerto Howard, tomamos contacto con la primera baja de combate cuando fue derribado un avión Sea Harrier, cuyo piloto, el teniente William Glover, fue capturado. Habiendo sido atendido en el PUSO por lesiones recibidas al eyectarse del avión, se lo transportó a Darwin el 22 de mayo. Luego, recibimos noticias de que Puerto Howard había sufrido bombardeos aéreos y cañoneo naval con bajas y heridos de extrema gravedad que requerían cirugía.

En los últimos días de mayo el Bahía Paraíso contribuyó con una provisión de más de ciento sesenta grandes cajas con equipos de cirugía descartables, gasa esterilizada listas para su empleo, soluciones parenterales, jeringas descartables, guías para suero, sábanas metalizadas para quemados, planchas de esponja goma pluma con medicación desarrolladas entre médicos del HNPB y el Instituto del Quemado de la Ciudad de Buenos Aires. El 5 de junio arribó a Puerto Howard el buque hospital Bahía Paraíso en el que se embarcaron la mayoría de los heridos y enfermos hacia el continente. Asimismo, se desembarcó material de sanidad de los que se carecía.

El 14 de junio los médicos británicos llegaron en uniforme de combate al CIMM, solicitaron un lugar para comer y luego se fueron a dormir, sin más explicaciones. El mayor Ceballos nos ordenó dirigirnos al hospital civil y luego hacia el aeropuerto donde esperamos como prisioneros la vuelta al continente.

A modo de corolario quiero destacar la importancia del hospital en instalaciones edilicias fijas, calefacción y luz eléctrica tan necesarias para la recuperación y el tratamiento de los heridos, como también la posibilidad de contar con grupos electrógenos, helicópteros, camillas y equipos quirúrgicos descartables.





Grupo de profesionales del hospital conjunto en Puerto Argentino escuchando las novedades por radio ante la posibilidad de llegada de heridos.

El Dr. Pablo Hautcoeur en el extremo más alejado del grupo de la derecha.

*Fuente: Pablo Hautcoeur*



Miembros de la Compañía de Sanidad 3 en Puerto Mitre (Howard) antes del 7 de mayo. Parados de izq. a der. en segundo lugar el Dr Victor Mónaco y tercero, el Dr. Pablo Hautcoeur. *Fuente: Pablo Hautcoeur*

## Armando M. Mercado

*El Dr. Mercado ejerció su profesión en el crucero ARA General Belgrano y fue testigo de su agonía en la aguas heladas del Atlántico Sur.*



**E**l 31 de marzo de 1982, luego de haberme especializado en medicina del buceo de gran profundidad en la Base Naval Mar del Plata, regresé a mi lugar de destino: Puerto Belgrano. El 2 de abril grande fue mi sorpresa: habíamos recuperado las Islas Malvinas. Me inquietaba saber quiénes de mis conocidos estaban allí. La Operación Rosario había sido secreta, sólo se sabía que había habido traslados urgentes en los primeros días de marzo.

La vida nos sorprende a veces con sus ironías: por mi aceptación en el curso de buceo, fui relevado del cargo en el portaaviones ARA 25 de Mayo, que me hubiera correspondido en mi carrera militar, y fui suplantado por el TN Néstor Vitale. El lunes 5 de abril, me dirigí a la dirección del HNPB, donde me informaron que había sido destinado en comisión en forma inmediata al crucero ARA General Belgrano. Me presenté, entonces, ante el segundo comandante CF Pedro Galazi quien me ordenó:

\_ Deberá montar de inmediato un laboratorio bioquímico, el banco de sangre de la unidad, y organizar el stock y el despacho de medicamentos\_ y acentuando enérgicamente cada sílaba de sus palabras me advirtió: \_ Sobra decir que lo haga maximizando el ingenio y minimizando costos.

Comencé por realizar un inventario de medios disponibles tanto materiales como humanos. La farmacia era un pequeño local, compacto, con buena estantería y cajoneras. Bajando una cubierta había un local un poco más amplio, que hacía las veces de depósito de estiba. En una de las taquillas de este depósito, encontré intacto un microscopio monocular, prác-

ticamente sin uso, con las inscripciones USS Phoenix y el encastre del mismo como bajorrelieve (para condiciones de navegación turbulenta, esto se conoce como “a son de mar”); una verdadera reliquia. También descubrí un autoclave de veinte litros de capacidad y material de vidrio, como una columna con robinete para titulaciones estequiométricas y una caja de cien tubos de ensayo en perfecto estado.

El suboficial encargado del departamento sanidad era el SIEN Jorge Velásquez. En la farmacia, el responsable del cargo era el CPEN Nicolás Nieva, para el subcargo bioquímica designé al CSEN Osvaldo Martínez, y como ayudante al conscripto Illanes. Todos ellos colaboraron conmigo en las tareas de verificación de inventario de materiales y stock de medicamentos existentes, como en todas las gestiones atinentes a completar el equipamiento y puesta en marcha del laboratorio de análisis y del banco de sangre.

Dentro de la organización de sanidad en combate (cruce de guerra), debíamos equipar dos de los denominados “hospitales de sangre” (uno en la cámara de oficiales y otro en el comedor de popa), también ocho puestos de socorro, distribuidos de proa a popa del buque. Fue necesario, a su vez, implementar el despacho de medicamentos por farmacia, después de la revista médica diaria y la entrega de pedidos de urgencia. Se estableció el sistema de distribución de medicamentos y materiales en los dos hospitales de sangre y en los botiquines de los puestos de socorro.

Durante nuestra estadía en Ushuaia, cargamos los requerimientos faltantes de lo que llamábamos “sanidad en combate” (paquetes de curación individual de todos los tripulantes, instrumental quirúrgico para puestos de socorro, y cajas de cirugía para quirófano principal y auxiliares), también placas de identificación individual del personal que llegó en comisión, ya que estaban en falta. En esa placa de acero quirúrgico de dos centímetros por seis se graba la matrícula de revista, el nombre del individuo, y su grupo y factor de sangre. Poco a poco se fueron agregando un fotolorímetro Crudo Caamaño, una estufa de cultivo pequeña, una microcentrífuga para hematocritos, dispensadores para diluciones en microplacas de inmunología, una centrífuga de mesa para tubos cónicos, varias cajas de tubos de extracción de sangre Vacutainer (con vacío)... tal vez es-

té olvidando algo, pero en general me sentía satisfecho, porque podía afrontar gran variedad de contingencias analíticas.

A su vez, dispuse de un pequeño gabinete de ensayos del departamento máquinas, con materiales estandarizados (Normas NOCEM-ARA) para el control de agua de los destiladores de a bordo (agua de mar), para alimentar calderas y servicios. La estrategia utilizada para el banco de sangre, recomendada por hemoterapia del hospital naval fue disponer de sachets de plasma no fresco congelado a menos veinte grados en el freezer y a cuatro grados centígrados en heladera. También bolsas de sangre total filtrada refrigeradas en la heladera. El viernes 16 de abril, día en que zarpamos, comenzamos a completar fichas sanitarias, en particular el grupo y factor RH de los tripulantes.

En relación con la sanidad, también debía controlar las plagas. En mi primera inspección, la presencia de cucarachas y roedores se hizo evidente, por lo cual elaboré un procedimiento metódico para los lugares más comprometidos (alojamiento de personal, depósitos de víveres, camarotes, reposterías y cocinas). Solicité también recursos materiales (aspersores de mochila y de mano, trampas mecánicas y pegamentosas, rodenticidas e insecticidas). Ya desde la primera semana los resultados fueron satisfactorios. Otra tarea permanente de la sanidad naval, es el control de potabilidad del agua de los tanques del servicio general de distribución interna. En navegaciones largas, el suministro proviene de los destiladores de agua de mar que se almacena en tanques auxiliares, desde los que se reponen los tanques del servicio general. La alerta temprana es la mejor opción para adoptar alternativas de acción consecuentes, por eso dispuse el control diario de algunos aspectos de la calidad del agua de distribución como: color, sabor, olor, pH, turbiedad, alcalinidad, oxígeno disuelto, cloro residual, cloruros, coliformes y cloración, según consumos y estado de cada tanque. Habiendo chequeado el consumo promedio de cada tripulante por día, concluimos que oscilaba entre los diez y veinte litros. Cocinas, panadería y reposterías eran los mayores consumidores. Para los baños se usaban tanques auxiliares con agua no tratada.

Asimismo, participé del control bromatológico, según reglamentos navales consistente en la vigilancia permanente

del estado de los víveres, tanto frescos como secos y la higiene, orden en la estiba, lugares de almacenamiento (temperatura, limpieza, armonía en la clasificación y uso), incluido la confección de menús, la correcta cocción y presentación de los platos. Afortunadamente, tenía experiencia sobre este tema. Por de pronto, me puse en conocimiento del personal que trabajaba en las cocinas y de sus competencias, verificando el cumplimiento del manual del servicio de víveres de la Armada. Como es tradición naval, las unidades de la flota de mar cuentan con un servicio de cantina. En el caso del crucero, la cantina era atendida por sus propios dueños civiles: los hermanos Heriberto y Leopoldo Ávila, que vivían casi permanentemente en el buque. En aquella ocasión, se les había ofrecido desembarcar, por la misión de guerra que tenía nuestra unidad.

\_ De ninguna manera. Acompañamos siempre a nuestra tripulación y no la vamos a abandonar ahora\_ respondieron hasta el cansancio ante cada insistencia.

Esta actitud no nos sorprendió; se sentían (y lo eran) miembros de la tripulación. Se esforzaron por pertrechar al máximo la cantina, cumpliendo siempre con meticulosidad las medidas antiplagas.

La actividad de la farmacia se iba incrementando cada vez más respecto de lo acostumbrado. También los volúmenes de suministros, su diversidad y la ampliación del área de distribución (hospitales de sangre y puestos de socorro). Los registros de movimientos crecieron exponencialmente y para colmo de males no contábamos con computadoras. Hacíamos todo a pulmón; costó mucho esfuerzo mantener el control. Con silencio esmero y dedicación pudimos alcanzar niveles importantes de administración del cargo. En la pequeña biblioteca de la farmacia original, encontré también un manual farmacéutico de la US Navy (año 1940) con un listado de elementos para preparar soluciones y ungüentos. De allí saqué una fórmula sencilla de crema antimicótica para pie de atleta. Llevaba conmigo una carpeta fotocopiada de recetas magistrales muy navales recopiladas por un compañero de promoción.

Mi jerarquía (TN) y mi antigüedad en el grado (5º año), me ubicaban “ventajosamente” entre los oficiales subalternos del buque. Solo mi compañero de promoción, TNME Jorge Boc-

cacci, era más antiguo en la mesa de los tenientes de navío (de comando y profesionales) y como es la tradición naval, “conducíamos” los temas de conversación, durante las reuniones en la cámara de oficiales. Esto era una curiosidad, principalmente para los oficiales de comando, que, ¡Dios, gracias!, resultó en aceptación afable, distendida y de gran camaradería.

Control de plagas; control de potabilidad y cloración, nuevos botiquines de puestos de socorro y taquillas del hospital de sangre en sus localizaciones, inspecciones a cocinas, reposterías, heladeras y lugares de almacenamiento de víveres secos y frescos...Tantos cambios no pasaron desapercibidos y le resultaban una curiosidad a la tripulación, lo que generaba comentarios frecuentes. Con anterioridad, la gente estable del buque no había tenido oportunidad de ver esta actividad diariamente. En cierta manera, había conseguido el propósito de “hacer sentir la presencia de un oficial bioquímico-farmacéutico”

En el quinto día de navegación continuada en el cruce-ro, superé mi record anterior de días en el mar. Esta vez había recorrido el largo de la costa argentina en condición de crucero de guerra (condición restringida de circulación interna, para mantener estanqueidad), lo que implicaba realizar guardias con zafarranchos de combate y abandono, tanto diurnos como nocturnos, una intensa actividad profesional con aprendizaje permanente y adiestramiento constante. Ya me sentía muy integrado a la tripulación y eso aumentaba mi confianza. Esto lo comentábamos con Alberto Deluchi, el cirujano, quien era mi compañero de camarote. Con el departábamos en los momentos libres y compartíamos, en especial, el gusto por las partidas de ajedrez lo que alteraba al jefe de departamento sanidad, por ignorar este juego y su ciencia.

\_Sigan, sigan perdiendo el tiempo con ese juego\_ protestaba con furia contenida al vernos absortos en medio de una jugada.

No le hicimos caso, en absoluto.

En la madrugada del 19 de abril arribamos a Isla de los Estados. El adiestramiento incluyó ejercicios de tiro efectivo en

un impresionante despliegue. Se vivía con intensidad el tronar de las armas que disponía el buque. En varios momentos estuve de espectador privilegiado en el puente de mando, observando semejante poder de fuego de nuestro crucero. En el segundo giro alrededor de la isla, pasamos frente a la Isla Observatorio, lugar donde había estado enclavado el faro de San Juan de Salvamento, “el faro del fin del mundo”, según Julio Verne.

Debido a la abundancia de “cachiyuyos” (algas marinas y sargazos) en la zona de anclaje habían tapado las tomas de agua en la obra viva del buque lo que provocó un corte en la red de agua potable. Los buzos del aviso Gurruchaga solucionaron el problema de las aberturas, y nos trasvasaron diez toneladas de agua fresca del manantial de aguas de deshielos, Chorrillo de Parry. Comprobé que era agua de excelente calidad, química y bacteriológica. Por la mañana y por la tarde daba clases en el comedor de tropa sobre elementos de supervivencia que se encuentran en las balsas salvavidas, tarea que me habían asignado por mi experiencia en recepción de equipamiento de balsas para la flota de mar. Luego tomamos rumbo hacia el estrecho de Le Maire, pasamos por el canal de Beagle, para atracar, finalmente, en la tarde avanzada del 22 de abril, en el muelle de combustible de Ushuaia. La cantidad de diligencias que estaban programadas, no nos dieron respiro. Estuvimos hasta las cuatro de la mañana acarreando los materiales e insumos desde el HNUS hasta la farmacia del CRUBE. Recién a las cinco terminamos de desembalar y destinar a su lugar correcto el total de las cajas.

Allí nos comunicaron una grata noticia: “¡Correo del continente!”. Yo recibí cinco cartas de mi familia con fotos de mis hijos. Fue muy emocionante saber de los seres queridos en esas circunstancias. Leí cada una, luego las releía y al mismo tiempo escribía respuestas; quería entregar la correspondencia en el avión de correo que partía a la noche.

En las penumbras de la madrugada del sábado zarpamos de Ushuaia, mientras continuábamos clasificando, verificando y acomodando los materiales recibidos, con una grata sensación de agradecimiento por el esmero y consideración de todos los que intervinieron en tierra para cumplir con los re-

querimientos que solicitamos. Al partir, pude estar en cubiertas altas en la ceremonia de despedida, desde donde alcancé a observar la indisimulable preocupación en los rostros, dado el agravamiento de la situación a nivel político internacional y aun en el plano militar (la fuerza de tareas británica se aproximaba a Malvinas). Por unos instantes logré abstraerme y disfrutar de la contemplación del hermoso paisaje de las costas del canal, hasta que, a las diez de la mañana, una voz que salía del difusor me sobresaltó:

\_Dr. Mercado, presentarse urgente en sanidad.

El cabo principal artillero, Eduardo Catena, había concurrido a consulta por un fuerte dolor en la fosa ilíaca derecha. Me dediqué al análisis de sangre de este paciente con prioridad... ¡porque tenía al cirujano persiguiéndome!. Leucocitosis con neutrofilia, buen hematocrito y recuento de rojos, metabolitos normales, eritrosedimentación elevada; no había otras particularidades destacables. Consideraban una apendicitis aguda con posible peritonitis que necesitaba urgente intervención quirúrgica. Nos encontrábamos a dos horas de navegación de Ushuaia, lo cual implicaba diez minutos de vuelo en el helicóptero Alouette, pero la derivación a tierra demandaría un retraso de los planes tácticos de guerra ordenados por los altos mandos navales; estaba por delante una real campaña de guerra por lo que debíamos enfrentar esta contingencia y, además, Catena solicitó no ser desembarcado.

Afortunadamente, el quirófano principal del buque estaba perfectamente equipado, tanto en recursos humanos como en recursos materiales. La operación fue un gran éxito. Para su restablecimiento, pasó a la sala de internación, contigua al local del laboratorio, de tal modo que transitoriamente vino a ser un integrante adoptivo de sanidad. Allí estaba cuando el ataque submarino nos sorprendió a todos y no dejó de ser una preocupación su embarque y travesía en la balsa.

Mucho no se pudo disfrutar del éxito logrado pues esa misma noche, en una maniobra de trasvase de munición, el suboficial segundo, Carlos Ibarra, trastabilló, cayó dos cubiertas (unos cinco metros) por el tambucho de pasaje de proyectiles, y quedó inconsciente en el piso. Lo auxiliamos inmediatamente;

el primer diagnóstico fue una probable conmoción cerebral, pero milagrosamente no tenía huesos rotos ni heridas graves, sólo escoriaciones superficiales. Permaneció en observación en sala principal, y a los pocos minutos manifestó una sorprendente evolución favorable; al día siguiente recibió el alta transitoria.

A bordo del crucero la actividad continuaba su desarrollo según lo previsto para navegación desde que salimos de Puerto Belgrano. Nosotros, los oficiales de sanidad, cubríamos la denominada guardia de cubiertas bajas de cuatro horas de actividad, con ocho horas de descanso. En mi caso tenía asignada la guardia de medianoche a cuatro de la mañana y de mediodía a cuatro de la tarde. Las consignas permanentes eran el cumplimiento del manual de servicios internos del buque en lo que hacía al arrancho, limpieza, orden interno, horarios de baño y de uso de comedores. También incluía la supervisión de los “zafarranchos de combate y de abandono”, que todos los días (entre dos y cuatro veces) se practicaban en horarios aleatorios, en alguna de esas modalidades. Aprendí, con ese entrenamiento continuo, a desplazarme con destreza en todos los niveles del buque. Logré tener un “plano mental” de acceso inmediato, reconociendo el lugar en que me encontraba en cada momento y sus vías de comunicación horizontales y verticales, incluso en plena oscuridad. Me ejercitaba cerrando los ojos y localizando cubierta y cuaderna (hay indicadores en relieve, en cada porta) incluso al tacto. Demás está decir que me acostumbré a llevar además del salvavidas reglamentario dos linternas (una tipo lapicera) y una “riñonera de supervivencia”, que escondía una Victorinox multiuso de treinta funciones, pastillas de desalinización, morfina autoinyectable, chocolate, bengala de mano y un salvavidas plegado.

Del 26 al 29 de abril retomamos el patrullaje marítimo alrededor de Isla de los Estados. Los procedimientos que habíamos implementados estaban aceitados. Eso nos tranquilizaba bastante, lo que permitió algunos momentos de relax, en que supimos apreciar el folclore a cargo de “Los Albatros”, un improvisado conjunto. A partir de este día, pocos dudaban sobre la reversibilidad o atemperamiento de la escalada bélica, pues las noticias que escuchábamos por radio no eran nada alentadoras: se cerraban muchas alternativas de paz y ya no podíamos pecar de ingenuos pensando en un milagro. En la ma-

drugada del día 28 se hizo presente el ARA Piedrabuena, a la vista del crucero y en el anochecer hizo lo propio el ARA Bouchard. Durante esa jornada y el día siguiente, los tres componentes navales realizaron ejercicios coordinados conjuntos de tácticas de combate y adiestramiento en equipos de comunicación y sensores que incluían ejercicios antiaéreos con desplazamientos del helicóptero del CRUBE, conformando la Fuerza de Tareas 79.3.

En cuanto al contexto de sanidad en combate, el día 29 completamos la entrega de los paquetes de curación individual a todos los tripulantes y las placas de identificación personal. Asimismo, a las clases de primeros auxilios y de supervivencia en el mar, incorporamos, por sugerencia, la bolsita anexa de supervivencia que cada uno llevaba permanentemente atada de alguna forma, junto a los enseres reglamentarios, siempre repasados en los ejercicios de adiestramiento. Existía una prudente recomendación para mantener siempre a mano, física y espiritualmente, todo aquello que pudiera mejorar la capacidad de reacción individual. Era una contribución más a la ley de la guerra que, sin estar escrita, surge espontáneamente.

A las cuatro de la tarde del 30 de abril comenzó la maniobra de reabastecimiento de combustible en el mar: el crucero comenzó a recibir combustible (cien toneladas de fuel oil) del petrolero YPF Puerto Rosales. Era portentoso ver a esas dos moles enormes navegando apareadas, dejando un espacio de tan solo sesenta metros entre ambas, unidas por cabullerías y mangueras gigantes, enfrentando el fuerte oleaje del mar durante más de una hora. Y en ese momento nos sorprendió otra urgencia médica: el conscripto Eduardo Lamaestre presentaba un cuadro clínico y de laboratorio más severo que el caso de Catena. Aun así ya no quedaba margen para evacuarlo y la urgencia quirúrgica era la única opción. Sin embargo, el movimiento del buque complicaría el trabajo del cirujano, por lo que se dispuso la intervención cuando se pudiera poner un rumbo al mar para mantener mejor estabilidad. Afortunadamente, todo resultó bien en esta segunda cirugía abdominal y pasó a ser el segundo internado, pero con cuidados mayores. Otra prueba de fuego lo esperaba en tan sólo cuarenta horas. Junto a Catena, fue evacuado por los enfermeros hasta abor-

dar sendas balsas salvavidas. Cuando fue rescatado por el ARA Bahía Paraíso, aún tenía la sonda de drenaje.

El sábado 1 de mayo se iniciaría el desplazamiento del grupo 79.3 rumbo ciento veinte grados Este. El desarrollo de la acción sería más rápido y abrupto. Después de la misa en el hangar, cada cual se dirigió a su puesto, porque comenzaba a aplicarse la condición de crucero de guerra. El crepúsculo se iniciaba, el cielo estaba plomizo y negros nubarrones en el horizonte opacaban rápidamente la luz diurna; la disminución del viento auguraba complicaciones meteorológicas. Además había preocupación, la condición humana, que pretendíamos soslayar. Los presagios de tormenta se mezclaban con una inquietud evidente. Se estaba navegando rumbo a la Zona de Exclusión. Sin saberlo nosotros, desde ese mediodía el submarino nuclear inglés Conqueror inició el seguimiento del crucero Gral. Belgrano, que se mantuvo durante las próximas treinta horas. No hubo revista médica diaria, tampoco se presentaron urgencias a lo largo del día. Pese al refunfuñar solapado del jefe de departamento de sanidad, con Alberto Deluchi nos pasamos jugando ajedrez. Esa noche tormentosa, me dispuse a dormir... ¡completamente equipado!

El 2 de mayo, ese fatal 2 de mayo, desperté a las cinco de la mañana, tomé un café cargado y alguna tostada, luego subí al puente de mando, para curiosar un poco el tiempo reinante y las novedades tácticas. Justamente se estaban recibiendo órdenes de tomar rumbo a Isla de los Estados. De ese modo me enteré de que el crucero no había transpuesto la Zona de Exclusión. No así \_lo sabríamos luego\_ de que el Conqueror habiendo recibido a las dos de la tarde la orden de hundir al Belgrano, buscó la posición favorable durante unas dos horas y luego disparó tres torpedos en haz sobre el crucero

Era mi costumbre hacer la última recorrida por el comedor de tropa y la cocina antes del final del turno, coordinando con el oficial entrante hacer el cambio de guardia en el recinto de la cantina unos minutos antes. Cuando llegué al lugar, estaba Deluchi, mi relevo, pero el negocio estaba cerrado, con un cartel que rezaba "vuelvo enseguida". Decidimos entonces, dirigirnos a la cámara de oficiales para concretar la entrega de la guardia; serían las cuatro menos cinco de la tarde. Íbamos caminando por el pasillo principal cuando nos paralizó un tre-

mendo estruendo en medio de un movimiento ascendente y crujidos inimaginables, al tiempo que un fuerte golpe de aire caliente por la espalda nos derribaba hacia delante. La explosión ocurrió cuando nos encontrábamos a unos cincuenta metros del lugar del impacto. La iluminación se interrumpió y una densa humareda cubría el ambiente: eran las cuatro de la tarde. El mismo horario en que terminaba mi turno de guardia de cubiertas bajas.

El primer torpedo explotó debajo de la quilla, afectando el compartimento de máquinas de popa, los tanques de combustible (fuel oil naval), sollados de banda de babor, generador de popa, comedor de tripulación de popa, alojamientos de suboficiales y sollado de cantina. Se generaron varios incendios debido a la gasificación del combustible derramado. Encendí mi linterna y lo propio hizo Alberto, nos iluminamos los rostros y nos preguntamos al mismo tiempo:

\_ ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?\_ y aturdidos nos contamos al unísono \_ Estoy bien, no sé... no sé qué pasó.

El calor que venía de la zona de cantina y el humo que se acrecentaba, hizo que nos desplazáramos rápidamente a la cámara de oficiales. Buscábamos respuestas en los rostros que identificábamos como conocidos, pero ninguno de los presentes sabía lo que había pasado. Todos los compartimentos del buque, en todas las cubiertas se llenaron de humo denso. En esos momentos, subiendo desde niveles inferiores, apareció el CCNA Schottenheim alertándonos:

\_Hemos recibido un impacto de proyectil en las máquinas de popa. Presumo que fue un torpedo.

A menos de un minuto de lo ocurrido, otro estruendo: un segundo torpedo impactó en la proa sobre babor y cercano a la quilla, lo que provocó la pérdida total de entre diez y quince metros por falta de sustento (esto no afectó gravemente la flotabilidad del buque). De todas formas, el daño principal lo causó el primer torpedo. El buque no se movía, estaba a la deriva, se interrumpió todo tipo de energía, incluso de las máquinas auxiliares. La tripulación, instintivamente, empezó a desplazarse a cubierta principal, en la búsqueda de aire respirable. No observé escenas de pánico durante mi trayecto a la cubierta de la guardia externa. Allí se organizó un puesto de soco-

rro con botiquines trasportados al lugar, se practicaban los primeros cuidados, a los que presentaban algún tipo de herida o quemadura (lo más frecuente) y habían conducido a los dos internados en la sala principal (Catena y Lamaestre). En pocos minutos teníamos casi un centenar de heridos.

La escora del buque se pronunciaba a cada momento; vino entonces la orden de abandono mediante difusor manual. No hizo falta que nos ordenaran, comenzamos a conducir a los heridos por la banda de babor, donde había gran cantidad de balsas dispuestas para recibirlos. Cuando no quedaban pacientes en el improvisado puesto de socorro nos dirigimos a nuestras propias balsas salvavidas. Desprendimos un par de balsas de sus encastres y las arrojamos al mar. Debido a la importante altura desde la borda descendimos la escala real y por allí comenzamos el descenso. Embarcamos y nos separamos del buque. Todo el entrenamiento afloraba a nuestra mente martillando cada instrucción: “Para aumentar las posibilidades de sobrevivencia no deben ser menos de seis personas los que ocupen la balsa y no más de veinte...”. Rápidamente, el viento y el oleaje nos alejaron del buque. Azorado, a una distancia de cien metros, pude observar su hundimiento total desde la abertura frontal. Eran las cinco de la tarde del 2 de mayo cuando nos unimos en un grito desgarrador que estalló en el horizonte y en el interior de nuestra propia balsa:

— ¡Viva la Patria! ¡Viva el Belgrano!

Al poco rato de navegar “al garete” llevados por vientos de más de cincuenta kilómetros por hora y sacudidos por olas de más de tres metros, la cinetosis hizo estragos, a todos por igual, no hizo efecto ninguna de las drogas suministradas, ni siquiera el jengibre que llevaba en mi bolsita. Al principio fuimos prolijos con las bolsas plásticas, pero no duró mucho y dudó que eso importara. La somnolencia del agotamiento y las consecuencias del padecimiento, nos puso a todos en un limbo; nadie hablaba. Alrededor de las diez de la noche se desató una tormenta, las olas abatían el techo de la balsa, hasta que en un momento se desgarró una de las aberturas y nos inundamos de agua, pero ya no había fuerzas para responder a la emergencia y los embates del mar se repitieron varias veces. Durante un par de horas más soportamos inermes esa condi-

ción, hasta que poco a poco aplacó la tormenta. Recuerdo que dormité un poco. Con el clarear del nuevo día, recobramos energías, empezamos a movernos, darnos cuenta de que vivíamos. Alguien comenzó una oración, lo seguimos todos, se renovaron las esperanzas. Nos propusimos desagotar el agua que cubría nuestras piernas, una densa neblina inundó el compartimento: era el vapor que emanaba de nuestros propios cuerpos.

Procedí a la apertura del equipo de supervivencia. Recordé que había esponjas para el achique, parches y pegamentos para reparaciones, inflador, agujas e hilos. Al poco tiempo cerramos la desgarradura de la abertura frontal y también inflamamos el doble piso de la balsa: dos operaciones que hicieron cambiar totalmente la temperatura interior: siguió aumentando el buen ánimo, y todos querían participar en alguna actividad de confort. Aparecieron chocolates, caramelos, chicles.... y una botella de Chivas. Logramos hacer una rosa de linternas colgantes, y así ir descubriendo también los elementos con que contábamos para la travesía: medicamentos, alimentos envasados al vacío, agua en latas, linternas químicas, todo un set de bengalas de distintos calibres y colores, una pantalla desplegable reflectora de radar, que instalamos en el techo de la balsa y una amplísima ancla de capa para moderar la deriva, y al mismo tiempo contribuir a la estabilidad. Luego encontramos otros enseres, como tijera, pinza, cabos de distintos calibres, pastillas desalinizadoras, una corredera para medir la velocidad de desplazamiento, brújula y prismáticos. El movimiento era respetable, pero ya nos habíamos acostumbrado y superamos la fase aguda de la cinetosis. Nos quedaba la abertura posterior como "mirador", pero el frío era intenso y, según mis cálculos, muy cercano al punto de congelación, por lo que nos turnábamos para mirar los alrededores, no más de veinte segundos por tripulante, rotando cada vez.

Nos pareció ser los únicos habitantes del mar, no veíamos nada más que olas. Pero al mediodía, sentimos ruidos de motores en el aire: un Neptune de aviación naval pasó rasante.... Hacía el movimiento de balanceo indicador de que nos tenía localizado. Fue un momento de extraordinaria alegría.

Al anoecer pudimos ver en el horizonte luces de embarcaciones que, suponíamos, estaban rescatando balsas. Pa-

sada la medianoche, cada media hora, lanzábamos bengalas de posicionamiento. Al poco tiempo advertimos que en el cielo se veían muchas bengalas, lanzadas por otras balsas. Debimos esperar hasta las dos y media de la mañana a que el ARA Piedrabuena se acercara y nos hiciera abordar. Habíamos estado más de treinta y dos horas en la balsa.

Fue muy intensa la emoción en el reencuentro con nuestros camaradas sobrevivientes, pero también angustiante la necesidad de saber de los que no se encontraban en el Piedrabuena. Sentía un gran agotamiento, pero no me impidió que devorara un plato caliente de arroz hervido, que me pareció un manjar. Luego busqué una cucheta y dormí hasta pasado el mediodía del 4 de mayo. Cuando fui a buscar noticias, supe que otros buques estaban en la zona rescatando balsas.

Nuestros rescatistas habían completado su capacidad de alojamiento y ya se dirigían a Ushuaia. Llegamos allí al amanecer del 5 de mayo. Nos estaba esperando un Fokker de transporte aeronaval, embarqué y sobre el mediodía estaba en la Base Aeronaval Comandante Espora, donde me reencontré con mi familia que ya se había enterado de mi rescate en las primeras horas del 4 de mayo. El día 8 de mayo ya se contaba en el comando de operaciones navales, con el listado de tripulantes fallecidos y desaparecidos: sumaban trescientos veintitrés. Entre esos héroes, estaban Osvaldo Martínez y Orlando Antonio Illanes.





1 de mayo, posiblemente la última foto del crucero Gral. Belgrano en navegación, luego del reabastecimiento de combustible. El submarino nuclear Conqueror ya había iniciado su persecución. *Fuente:desconocida*



El Dr. Armando Mercado en una foto actual como capitán de navío. *Fuente: Armando Mercado*

Armando M. Mercado



Grupo de balsas con supervivientes del crucero Gral. Belgrano soportando el rigor del clima en el Atlántico sur.  
*Fuente: desconocida*



Grupo de sobrevivientes del crucero Gral. Belgrano en su arribo a la Base Aeronaval Cte. Espora. El Dr. Armando Mercado en primer plano. *Fuente: Armando Mercado*

## Víctor Mónaco

*Puerto Mitre (Pto. Howard) en la isla Gran Malvina fue la localidad donde el Dr. Mónaco ejerció la profesión bioquímica durante las acciones bélicas.*



M

i vida transcurría tranquilamente en el año 1982 como teniente primero de la Compañía de Sanidad 3 en Curuzú Cuatiá hasta que nos sorprendió aquel memorable 2 de Abril. Era un día de trabajo normal como cualquier otro cuando de pronto escuchamos un cúmulo de voces que repetían con des-  
concierto y entusiasmo:

— ¡Las Malvinas han sido recuperadas!

En esos momentos no sabíamos de qué se trataba, pero a medida que recibíamos noticias y conocíamos la realidad nos fue embargando una gran alegría. No era para menos, esas is-  
las, a las que en la escuela aprendimos a quererlas, ahora ya es-  
taban nuevamente incorporadas a la Patria.

Pocos días después, el jefe de compañía y director del Hospital Militar Curuzú Cuatiá, recibió la orden de preparar un pelotón de sanidad para enviar a Malvinas. Ese pelotón tendría como jefe al teniente primero médico, Horacio Ricardo Quirós Taua y como subordinados dos o tres suboficiales.

A mediados del mismo mes se recibió la orden de alistar toda la compañía, para cumplir un destino en el sur argentino. Finalmente nos trasladaron por ferrocarril a la ciudad de Para-  
ná y desde allí vía aérea a Comodoro Rivadavia. Dos días des-  
pués de llegar, partimos en vehículos militares rumbo a Río Tur-  
bio, para reforzar la zona ante un posible ataque de las fuerzas  
de Chile. Luego de marchar todo el día, faltándonos aún la mi-  
tad del recorrido, nos alojamos en una unidad militar para pa-  
sar la noche y continuar viaje. Pero a la madrugada del día si-

guiente, un 25 de abril, una contraorden estableció el regreso urgente a Comodoro Rivadavia y el 26 llegué adelantado al resto de mi unidad al aeropuerto de Puerto Argentino.

Por mandato del comandante de la Brigada de Infantería 3, general Parada, debí esperar al resto de la compañía en el CIMM y allí me encontré al día siguiente con el jefe de la CaSan 3, mayor médico Luis Jacinto Reale y el teniente primero médico Horacio Ricardo Quirós Taua.

Nuestro jefe de compañía, más antiguo que el director del CIMM, nos ordenó regresar al aeropuerto y esperar nuevas instrucciones. Ese día se nos indicó a los dos oficiales médicos, al odontólogo teniente primero Gilberto Alejandro Boles Pere-da y a mí dirigirnos al comando operacional ubicado en un edificio del pueblo, donde permanecemos hasta el día 29, día en que regresamos al aeropuerto. El día 30 de abril decidieron el traslado de la CaSan a la isla Gran Malvina en helicóptero.

Me sentía desilusionado por el nuevo destino que nos ordenaban y porque no teníamos un lugar fijo. El 1 de mayo, el aeropuerto sufrió un bombardeo aéreo terrible que nos hubiera encontrado allí. Ese día sentíamos una tremenda angustia, porque personal de nuestra compañía continuaba en el aeropuerto y no teníamos idea de lo que pudiera haberle ocurrido, hasta que nos enteramos de que todos estaban bien.

Yo solo transportaba conmigo al llegar a la Gran Malvina elementos de los cuales no quería desprenderme. En el bolsón llevaba algo de ropa, un microscopio monocular y una centrífuga de manija. En una caja de madera, un fotocolorímetro Crudo Caamaño y reactivos analíticos para la determinación de glucosa, urea, colesterol, GPT y GOT, más algunas bolsas para transfundir sangre. La orden era levantar un puesto principal de socorro para apoyo del Regimiento de Infantería 5 en Puerto Howard, más bien una estancia con muy poca población civil, que a partir de la llegada del regimiento había sido bautizado como Puerto Yapeyú.

El puesto principal de socorro se estableció en lo que era el club deportivo "*Port Howard Social Club*" y allí armé un

precario laboratorio de análisis clínicos. Tenía la promesa de que me enviarían el resto del material que había sido despachado en el buque Córdoba. Debido al bloqueo este buque nunca zarpó del continente. Algunas cosas se trasladaron por modo aéreo, pero la realidad es que nunca pudo llegar nada para el laboratorio.

El 4 de mayo comenzamos a sufrir un intenso bombardeo naval y no tardaron en aparecer los primeros heridos graves.

\_ ¡Necesitamos sangre para los heridos! ¡Busquen voluntarios! \_ exhortaba el jefe médico ante un herido exangüe.

La respuesta afirmativa fue sorprendente: todos los soldados estuvieron dispuestos a arremangarse y dar su sangre literalmente.

Pero los inconvenientes no terminaron allí. Durante un bombardeo los donantes saltaban de la camilla y se tiraban al suelo por sentirse más seguros. Y peor aún, no contaba con los reactivos clasificadores para tipificar el grupo y factor de la sangre. Se me ocurrió, entonces, cómo solucionar esto último: efectuaba la compatibilidad por aglutinación directa, hacía una pequeña extracción al receptor. Luego colocaba una gota de esa sangre en un porta objeto y le agregaba una gota de sangre del donante. Mezclaba y, si no se producía aglutinación, transfundía. Afortunadamente, no se presentaron accidentes post transfusionales.

Cuando terminó el bombardeo, me puse a pensar cómo resolver el inconveniente que sucedía durante la extracción cuando el donante instintivamente buscaba refugio ante la caída de las bombas. Rompí el piso de madera con una cuchara y un cuchillo, y conseguí un desnivel para poder efectuar rápido las extracciones. Colocaba al soldado acostado en el piso, insertaba la aguja e introducía la bolsa al pozo. Periódicamente controlaba el llenado de la misma mediante tacto y cuando la notaba llena terminaba la operación. Luego, mantenía las bolsas sobre la ventana utilizando el frío reinante por dos días puesto que no había heladeras.

Durante los bombardeos se cortaba la energía eléctrica y, si yo tenía que extraer sangre para transfundir, el odontólogo Boles Pereda me alumbraba con una linterna. Esto también ocurría cuando cortaban el suministro eléctrico ya que solo había luz artificial entre las seis de la tarde y las nueve de la noche.

Entre las prácticas de laboratorio que más se realizaban, estaba el macro hematocrito, para lo cual empleábamos la pequeña centrífuga de manija, que generalmente era manejada por el oficial odontólogo o un soldado de apellido Benítez, que llegó un día al hospital y estuvo internado por un accidente menor, a quien hicimos quedar con nosotros porque era muy voluntarioso. Aprendió a sacar sangre, y al poco tiempo se convirtió en un técnico de laboratorio idóneo.

En el hospital, o mejor dicho, en el PUSO, no había anestesistas y esta tarea la cubrían los dos únicos profesionales que efectuaban actos quirúrgicos y en determinadas oportunidades me asignaron esa nueva función, que realicé bajo asesoramiento y control directo de ellos. No hubo accidentes con este tipo de práctica pre-quirúrgica.

Como los bombardeos eran constantes y cada vez más cerca del puesto de socorro, hasta llegar a impactar y perforar las paredes por las esquirlas, decidimos hacer una trinchera dentro del hospital. Rompimos una parte del piso flotante; al estar el edificio montado sobre columnas de hormigón a un metro aproximadamente del nivel del terreno, cuando no teníamos actividad y nos bombardeaban, entrábamos y permanecíamos allí hasta que el peligro pasara o nos trajeran los heridos.

En la zona no hubo contacto directo con el enemigo. Solo padecimos el intenso bombardeo aeronaval. Si mal no recuerdo, fue el día 14 de mayo cuando el teniente primero médico Horacio Quirós Taua recibió una nueva orden:

— El barco Isla de los Estados acaba de ser atacado. ¡Deben ir de inmediato en comisión a rescatar a las víctimas!

Por la noche estaba de regreso con el cadáver de un tripulante.

El 20 de mayo aproximadamente, la Compañía C del Regimiento de Infantería 5 a la orden de su jefe el capitán Macirich, espalda a tierra, comienza a disparar con sus fusiles automáticos livianos a un avión Harrier que comenzaba un ataque sobre nuestras posiciones. La nave se encontró, según el piloto teniente William Jeff Glover, con una cortina de municiones que le destruyó elementos vitales de la misma por lo que decidió eyectarse. La versión oficial, sin embargo, sostenía que el avión había recibido el impacto de un misil lanzado por los comandos argentinos. Pero nosotros vimos otra cosa.

El piloto rescatado por los comandos del gélido mar venía en el portaviones Hermes. Ese día le había tocado sobrevolar las islas siguiendo órdenes del Antrim, el barco inglés que estaba al frente de la guerra en esa zona. El prisionero llegó al pequeño hospital con una fractura en la clavícula derecha, una herida en la cara y mucho miedo. Allí lo atendimos y permaneció hasta mejorar su salud. Al ver el trato que le dispensábamos fue perdiendo el miedo y comenzó a recibir visitas diarias de los kelpers, quienes le llevaban chocolates que compartía con nosotros. Luego fue trasladado a Puerto Argentino y posteriormente al continente.

Nosotros continuamos manteniendo el puesto principal de socorro, donde se acrecentaban cada vez más las carencias de materiales sanitarios debido al bloqueo que sufríamos por parte del enemigo. Las atenciones más comunes eran por el frío, que provocaba pie de trinchera; por hambre, debido a la falta de alimentos; y por algunas heridas auto infringidas cuando se caían accidentalmente las armas que llevaban munición en la recámara.

Un día llegó una pareja kelper; el hombre mostraba un clavo insertado en el talón.

\_Vamos a proceder a extraerle el clavo\_ le explicó en inglés el capitán médico Jorge Ibáñez

Le aplicó, seguidamente, una anestesia local. Pero no lograba sacarlo porque se había introducido en el hueso. Me acerqué, entonces, a ayudarlo y conseguimos extraerlo; le hici-

mos las curaciones pertinentes y se fue a su casa. Cuando fuimos a verlo al día siguiente para observar su evolución nos atendió muy bien.

A partir de se día íbamos frecuentemente a merendar y nos tenía al tanto de la evolución del conflicto porque disponía de una radio. Nos confesó que quería que triunfara Argentina porque era una forma más fácil de volver a Gran Bretaña, donde tenía otra familia. Nos contó que un día había leído que necesitaban gente para trabajar en las islas y se había enrolado por un año. Pero nunca más pudo regresar.

Como en el PUSO no teníamos cocinero, nos entreteníamos el oficial odontólogo y yo cocinando lo que se podía. Debíamos poner en juego toda nuestra imaginación pues el abastecimiento de víveres era casi nulo y en más de una oportunidad tuvimos que pasar el día sin “racionar”. Recuerdo un caso muy triste de un soldado llamado Remigio Fernández que murió por inanición. El estado era tan avanzado que no sirvió todo lo que hicimos para revertirlo.

El administrador de la estancia era un tal Mr Lee. Este hacía de interlocutor entre nosotros y la población civil. Muchas veces recurrimos a él para solicitarle diferentes cosas. Una vez le pedimos si podía conseguir unidades de plasma y sin pensarlo dos veces, salió con su jeep. A las horas regresó con el material. Suponemos que se lo pidió a los ingleses. Indudablemente, siempre colaboró con amabilidad.

El 5 de junio arribó el buque hospital Bahía Paraíso donde embarcamos a los heridos y enfermos. Asimismo repusimos material de sanidad. Ya carecíamos de varios elementos.

El alivio duró poco. Desgraciadamente, cayó Puerto Argentino; nosotros no queríamos rendirnos. El jefe de la guarnición coronel Mabragaña, excelente oficial superior, reunió a todos los oficiales, transmitió las órdenes de la superioridad y entregó la plaza al enemigo. Este fue el momento más doloroso de esta guerra para nosotros: el no haber podido alcanzar el objetivo por el que nos encontrábamos allí y por el cual habíamos perdido camaradas y amigos.

Cuando nos estaban embarcando en lanchones como prisioneros observamos varias cosas sorprendentes. Mr Lee nos despidió uno por uno con un apretón de manos y les dijo a los ingleses:

\_ Quiero un buen trato para esta gente.

Mientras, el paciente del clavo, nos saludaba haciendo flamear una bandera argentina ante la mirada impávida de los británicos.

Durante el viaje en el Canberra al continente que duró cinco días, nuestros captores nos advertían que los argentinos estaban muy enfervorizados.

\_A la llegada les van a cortar la cabeza\_ añadían haciendo un gesto característico.

Nos atormentaba ese pensamiento. Al llegar a Puerto Madryn desembarcamos en un muelle muy extenso y nos condujeron a un colectivo, que fue recorriendo el muelle y acercándose al portal de entrada donde, finalmente, divisamos una muchedumbre. Junto a la tristeza traíamos el temor de la reacción de la gente en las calles. Nos inclinamos sobre nuestras rodillas con las manos cubriendo la cabeza para no oír los gritos y los golpes sobre la chapa del vehículo. Entonces, alguien se asomó y vio que los golpes provenían de los racimos de flores que nos tiraban. Nos asomamos todos y vimos a la gente aplaudir, llorar, vitorear y ofrecernos comida. Y nos pusimos a llorar.

En un avión de Austral llegamos a El Palomar, pero el recibimiento organizado por la superioridad era diferente. Allí comenzó un sufrimiento peor que la guerra. En colectivo, con las ventanas tapadas, nos trasladaron a la Escuela Lemos en calidad de "incomunicados". Aunque ellos dijeron que no. Allí nos alimentaron, nos realizaron tests psicológicos mientras sufríamos el desprecio de todos. Empezamos a darnos cuenta de la miseria humana. Por eso, decidimos escribir las responsabilidades, con nombre y apellido, de los hechos inexplicables como la muerte del soldado Fernández. Lo firmamos y entregamos.

Varios días después, llegamos a casa. No puedo explicar lo que sentía: una mezcla de tristeza, bronca y alegría de estar nuevamente con mis seres queridos. Lo mismo pude observar en mi esposa y en mis hijos: ellos me vieron partir y nunca más tuvieron noticias de mí hasta ese día. Todas las cartas que yo les había escrito, todas las que ellos me enviaron, no habían llegado a destino.

Continuaron pasando los días y esas cartas, las mías y las de ellos, comenzaron a llegar a nuestra casa. Hoy recuerdo con dolor y rabia esto, porque era un simple papel escrito que llevaba tranquilidad a un ser querido en esos momentos tan difíciles.

Antes de finalizar quiero recordar a nuestros tres héroes muertos de la CaSan: el sargento Montellano, el cabo Labalta y el soldado Pavón, y a los camaradas que compartieron tantos momentos junto a mí en el puesto principal de socorro: el mayor médico Luis Jacinto Reale, el teniente primero médico Horacio Ricardo Quiros Taua, el teniente primero odontólogo Gilberto Boles Pereda, el capitán médico Ibáñez, el suboficial mayor Montiel, el sargento Salazar y los soldados del Regimiento de Infantería 5 Benitez y Quijental.





Puesto de socorro de la Compañía de Sanidad 3. El Dr. Mónaco observando la olla humeante y el Dr. Hautcoeur de cuclillas a la derecha. Fuente: Víctor Mónaco

Un impacto de artillería británica sobre el techo del puesto de socorro. El Dr. Mónaco a la derecha y a su lado el odontólogo Boles Pereda. Fuente: Víctor Mónaco



Víctor Mónaco



Instalaciones de Puerto Howard  
refundado localmente Puerto Yapeyú en  
homenaje al solar donde nació el Gral.  
San Martín. El Dr. Mónaco a la derecha.  
*Fuente: Víctor Mónaco*



Integrantes de la Compañía de  
Sanidad 3 en el PUSO instalado en  
el Club Social Puerto Howard. El  
Dr. Mónaco a la derecha.  
*Fuente: Víctor Mónaco*

## Jesús A. Moyano

*El Dr. Moyano fue integrante del laboratorio del buque hospital Bahía Paraíso durante sus viajes sanitarios.*



**E**l día 19 de mayo de 1982, a las diez de la noche, recibí un radio en mi domicilio en el que me ordenaban presentarme al día siguiente en el Hospital Naval Pedro Mayo. A las siete de la mañana, habiendo llegado al hospital, me comunicaron que debía viajar a Santa Cruz para instalar un laboratorio de campaña. Inmediatamente nos trasladaron al Edificio Libertad, sede de la Armada Argentina. Luego, nos condujeron en un colectivo al aeropuerto de Ezeiza donde nos esperaba un avión en el que viajamos a la Base Aeronaval Comandante Espora con gran cantidad de pertrechos, víveres y personal.

Continuamos el viaje hacia el sur sentados en las cajas de municiones y armas, tomando mate, café y jugando a las cartas. El periplo continuó con una escala en la Base Almirante Zar de Trelew para arribar, alrededor del mediodía de ese mismo día, a Río Grande en la Isla de Tierra del Fuego, sede del Batallón de Infantería de Marina 5. El despliegue militar en la isla era impresionante. Bajo una pertinaz llovizna se autorizó el despegue de un helicóptero naval que nos condujo a los profesionales de la salud, junto con provisiones de medicamentos, rumbo a Punta Quilla en Santa Cruz. Cuando llegamos observamos que se encontraba anclado el Bahía Paraíso pintado de blanco de acuerdo con las reglas internacionales de Ginebra. Lo habitual era verlo de color naranja, ya que era un buque antártico. Una vez embarcados, me presenté al jefe de sanidad, quien me indicó que el sector de sanidad se encontraba en la popa del buque.

En el laboratorio se desempeñaba como jefe un compañero de promoción, el TN Carlos Espinosa. A partir de entonces, la dotación del laboratorio quedó conformada por dos bioquímicos, un técnico, un cabo primero enfermero y tres cons-

criptos. Las actividades que desarrollábamos consistían en extracción de sangre a los internados, recolección de orina y ciertas tomas de muestra de algún líquido de punción. Las extracciones se realizaban a las siete de la mañana, por lo tanto desayunábamos a esa hora, nos dirigíamos al laboratorio y comenzábamos con la tarea de rutina. El laboratorio constaba de dos microscopios binoculares Karl Zeiss, una microcentrífuga, una centrífuga de mesa y otra de pie marca Rolco, una estufa de cultivos, otra de esterilización, un fotómetro de llama, un aparato de gases en sangre y un fotocolorímetro Bausch & Lomb que permitía realizar mediciones de cinética enzimática. Había buena provisión de reactivos y material de vidrio. Para la época era un laboratorio de primera línea y trabajábamos a gusto.

Un área crítica era hemostasia por su importancia prequirúrgica: allí se realizaban tiempos de sangría, actividad del complejo protrombínico, tiempo de coagulación de Lee White y KPTT. En hematología determinábamos hematocrito y con tablas establecíamos el conteo de glóbulos rojos y eritrosedimentación; con el reactivo de Drabkin dosábamos hemoglobina; el recuento de glóbulos blancos lo hacíamos con la cámara de Neubauer y mediante la coloración de May-Grunwald Giemsa establecíamos la fórmula leucocitaria. En el sector de química analizábamos glucosa (o-toluidina), urea (mediante ureasa), creatinina (Jaffé), ácido úrico (Caraguay), proteínas totales, albúmina y su relación con las globulinas (no teníamos cuba electroforética), calcio, fósforo, y las siguientes enzimas: GOT, GPT, FAL, LDH y CPK. Completaban el perfil de análisis el examen fisicoquímico de orina con sedimento microscópico y el ionograma (sodio y potasio, sin cloro). Dentro de la bacteriología se cultivaron todos los líquidos orgánicos que nos remitieron (exudados y trasudados) con su correspondiente identificación de gérmenes y antibiograma. Las muestras para gases en sangre la extraían los médicos terapeutas mediante punción arterial e inmediatamente las enviaban en jeringas herméticas selladas o en capilares acondicionados. Se les informaba pH,  $p\text{CO}_2$ ,  $p\text{O}_2$ , exceso de bases, saturación de oxígeno, tasa de bicarbonato real y tasa de bicarbonato estándar de acuerdo con el nomograma de Siggaard-Anderseen.

Los bioquímicos realizábamos la microscopía, la hemostasia, los gases en sangre, ionogramas y la identificación

de los cultivos por ser interpretaciones profesionales. El resto de las determinaciones las cubrían los enfermeros y el técnico bajo nuestra supervisión. No salía un solo informe de laboratorio que no fuera supervisado por los bioquímicos. El Dr. Espinosa había acordado con los médicos que solicitaran solo lo necesario para no sobrecargar el trabajo analítico.

El laboratorio se encontraba funcionando las veinticuatro horas aun en navegación. Al llegar a Punta Quilla, Santa Cruz, comenzaba la evacuación de los internados. Según su gravedad eran trasladados vía aérea a Bahía Blanca, Ushuaia y a Buenos Aires. Una vez vacías la enfermería y las salas de internación, en el laboratorio, se procedía a la limpieza y acondicionamiento del material, y se reponían los reactivos utilizados; de este modo quedaba nuevamente operativo para la recepción de los nuevos heridos. Afortunadamente, teníamos la posibilidad de viajar hasta la ciudad de Puerto Deseado para comunicarnos con el hospital y nuestras familias.

Durante el regreso a Puerto Argentino no había actividad en el laboratorio salvo las de acondicionamiento, pero siempre estábamos “a la orden”. Cuando el buque arribaba, comenzábamos con la recepción de los heridos y evacuados que llegaban mediante helicóptero, muchos de ellos prácticamente desde el frente de combate. Luego, eran trasladados a las duchas, se higienizaban y se les servía una cena. Muchos directamente iban a la enfermería para internación. Recuerdo a un soldado conscripto del ejército que llegó en un estado de hambre terrible y al pasar por el comedor donde tenían ya el menú listo, tomó un pedazo de pan, lo escondió en una bolsa de plástico y se fue a duchar. No pudimos convencerlo de que dejara su pan aunque le explicásemos que tenía su cena esperándolo. El muchacho terminó de ducharse con su pan bajo el brazo. Estos comportamientos evidenciaban que los víveres no les llegaban a todos por igual.

El clima en el departamento de sanidad fue ameno, había una camaradería notable, una excelente disposición al diálogo y una muy buena relación profesional y humana. Todos teníamos un objetivo claro: defender la salud a bordo del buque de los compatriotas heridos. En la cámara de oficiales, en las comidas, había un clima de verdadera amistad que consolidaba esa meta de protección de la salud.

*Jesús A. Moyano*

Los informes de laboratorio se entregaron al jefe de sanidad y este los remitió a la Dirección de Sanidad de la Armada. A su vez, nosotros elevamos los protocolos de resultados a nuestros respectivos jefes en el laboratorio del hospital.

Después de la capitulación, ingresaron al buque un grupo de marinos ingleses que revisaron hasta los camarotes. Luego, el buque pudo partir hacia Punta Quilla con los últimos evacuados. De allí navegamos hasta Puerto Belgrano y arribamos el día 20 de junio. En el departamento de sanidad quedaron algunos profesionales del cuerpo médico y el buque permaneció en el puerto descargando equipamiento e instrumental de la enfermería. Los demás desembarcamos y esa noche viajé en un colectivo hasta Constitución junto a otros profesionales de la salud. En el laboratorio del HNPM, junto a la jefatura y demás colegas se analizó lo realizado. Destacamos la falta de práctica de los enfermeros navales en el área del laboratorio, detalle que se informó para mejorar el curso de formación Mar y Servicios.

En general, el departamento de sanidad del Bahía Paraíso, con sus profesionales y personal técnico, cumplió con sus objetivos: proteger la salud, aliviar el dolor y defender la vida. Atendimos un gran número de patologías con éxito, pero comprobamos que no estamos preparados en la sanidad para actuar en un conflicto bélico. Esta experiencia nos tiene que llamar a la reflexión, nos tiene que despertar una conciencia que permita visualizar hacia el futuro que toda Nación libre y soberana es susceptible de afrontar un evento bélico. Nos había llegado 1982 y no estábamos preparados. Ojalá no nos ocurra nunca más, para el bien de nuestra sociedad y de toda la Patria.



## Guillermo Pandolfi

*El Dr. Pandolfi (izquierda) integró el componente sanitario del BIM 5 que se trasladó a los montes cercanos a Puerto Argentino.*



**E**l otoño de 1982 me hallaba radicado en Río Grande, Tierra del Fuego, enrolado en la Armada Argentina como TN bioquímico y destinado en el Batallón de Infantería de Marina N° 5 (BIM 5), como jefe de laboratorio y farmacia cuando los acontecimientos del 2 de abril nos sorprendieron a todos en esa ciudad, que compartía tantas similitudes con la idiosincrasia de aquellas islas.

Luego de unos pocos días de gran ansiedad y expectativa, el 8 de abril el BIM 5 fue trasladado completo a Puerto Argentino. La unidad estaba equipada y adiestrada para los rigores del clima austral; ocupó posiciones en los montes aledaños a la costa integrando un dispositivo estratégico en previsión de un probable desembarco inglés en los alrededores de Puerto Argentino.

Hasta fines de abril participé en la logística de insumos sanitarios desde la retaguardia hasta los puestos de socorro insertados en las posiciones que las compañías ocupaban en los montes Harriet, Longdon, Williams, Tumbledown y Sapper Hill. Realicé controles básicos de calidad del agua de los chorrillos de esos montes mediante equipos rápidos de ensayo de campo que me había llevado. El 27 de abril, desafectado del BIM 5, pasé a cumplir tareas en el único hospital militar emplazado en Puerto Argentino (CIMM) ubicado en una edificación elevada que tenía como destino futuro ser una colonia de vacaciones para los lugareños.

El bautismo de fuego nos llegó el 1° de mayo. Tomamos realmente contacto con la cara absurda y cruel de la guerra, al

recibir los primeros muertos y heridos graves de los ataques aéreos simultáneos en cercanías de Puerto Argentino como en la localidad de Darwin a sesenta kilómetros. Luego de una ardua jornada asistencial, por la tarde celebramos una muy emotiva misa por las bajas ocurridas, en la que muchos de nuestros rostros dejaban traslucir las emociones vividas.

Entre las nueve y las diez de la noche de ese mismo día recibimos un urgente llamado de la compañía “Mar” del BIM 5, la que apostada en las alturas de Sapper Hill reportaba bajas ocasionadas por fuego naval. Inmediatamente fui convocado por el director médico mayor Ceballos para dirigirme allí, sin luces, a buscar las bajas. Actuamos en un marco de lógico nerviosismo, ya que era el debut del CIMM en evacuaciones nocturnas desde el frente bajo fuego enemigo y se suponía que por provenir del BIM 5 conocía mejor que nadie cómo llegar a ese lugar en tan especiales circunstancias. A los pocos minutos de andar a campo traviesa en la oscuridad, nos encontramos con un camión radar de la Fuerza Aérea, donde confirmamos nuestro rumbo. Poco después, esa misma noche, el vehículo fue alcanzado por un impacto naval directo, por el que murieron dos personas allí apostadas.

Habríamos andado unos quinientos metros más cuando observé en el mar destellos luminosos intermitentes, y comenté al chofer en tono preocupado:

— ¿Serán comandos ingleses?

Las supuestas “señales de linterna” que había observado resultaron los disparos de cañones de ciento cinco milímetros de los buques ingleses que ubicados a aproximadamente diez kilómetros habían comenzado a batir el terreno, explotando algunos a ochenta o cien metros delante de nosotros, iluminando toda la escena. Rápidamente detuvimos la marcha, descendimos y nos arrojamos al piso cubriéndonos la cabeza ya que el ruido era ensordecedor, y volaban piedras y esquirlas por todas partes. Calculo por el estruendo y la luminosidad que el proyectil más cercano debía haber impactado a unos treinta o cuarenta metros del lugar en que nos refugiamos, cuerpo a tierra, con el rostro hundido en una mezcla de roca y turba.

Luego de un par de minutos y aunque el fuego naval continuaba haciendo vibrar la superficie, observamos que los impactos se habían ido alejando de nosotros; continuamos, entonces, la marcha cuesta arriba. Los gritos del personal desde las trincheras nos guiaban para esquivar los obstáculos, ya que íbamos atravesando posiciones de combate y era imposible visualizarlas por la oscuridad imperante y el propio camuflaje. Ya en el lugar de reunión cargamos rápidamente a los heridos y emprendimos el descenso por el escabroso terreno; regresamos lentamente pero sin mayores inconvenientes al hospital mientras en la lejanía continuaba el fuego naval.

Tuve el triste honor de evacuar a Hugo Daniel Caviglioli, agonizando, quien con sus jóvenes dieciocho años pasó a la posteridad como el primer soldado muerto que tuvo la infantería de marina argentina durante las acciones terrestres en Malvinas. Al día siguiente nos enteramos del hundimiento del crucero General Belgrano. Al conocerse la cantidad de muertos, durante los días sucesivos, se instaló en nosotros un estado de profunda angustia y depresión y recurriamos frecuentemente a los rosarios plásticos que se habían repartido masivamente: el miedo a la muerte nos hacía proclives a la religiosidad, aún a los más escépticos, como era mi caso....

Ser bioquímico en medio de la guerra me habilitó, según se me exigió, para tareas tan ajenas a mi pensamiento como “encargado de necrológicas”, es decir, recibir los cadáveres y acondicionarlos en bolsas negras en una simple carpa a la intemperie, que utilizábamos como morgue dado que el frío permitía un cierto margen de conservación. Dado el mínimo dominio del aire que teníamos, no hubo otra alternativa que realizar una precaria inhumación en un terreno adyacente al cementerio. La tarde del 3 de mayo recibí el cuerpo del teniente naval Carlos Benítez; al abrir su billetera observé su foto familiar... era tan parecida a la mía que me invadieron pensamientos depresivos...

El 6 de mayo un suboficial enfermero me preguntó:

\_Doctor, ¿su esposa por casualidad estaba esperando familia?

\_Sí\_ respondí sobresaltado.

\_Ah, entonces el llamado era para usted. Me pareció entender que hace unos días tuvo una hija.

Inmediatamente me fui hasta la central de radio de Puerto Argentino, donde gentilmente y pese que no era el día que correspondía a mi unidad para llamadas al continente, lograron con esfuerzo un contacto por radio con la casa de mis suegros en Bahía Blanca donde se encontraba mi familia: la emoción me embargó cuando escuché la temblorosa voz de mi esposa diciéndome que el 3 de mayo había nacido mi segunda hija Antonella.

En el CIMM dormía en el piso de una habitación que compartía con quince médicos más y en los últimos críticos días únicamente se descansaba de a ratos durante el día cuando lo permitían las pausas del trabajo. La atmósfera de ese alojamiento, hacinada de hombres que no se destacaban precisamente por hacer un culto de la higiene personal, y el uniforme, que llevaba más de dos meses sin lavar, ejercían un suave efecto anestésico, inductor del sueño. La comida siempre fue de buena calidad pero escasa (tal vez por eso era tan rica), en base a un único plato principal caliente dos veces al día, muy pero muy líquido con algo de carne o fideos. Recuerdo que había que cuidar la cuchara sopera: si la perdías (siempre había alguien interesado en ella) te esperaba una “muerte segura por inanición”...

Bromas aparte, los hombres que constituimos el CIMM fuimos respecto a confort y seguridad las personas más afortunadas de la guerra. Nuestros soldados en el frente, sin distinción de jerarquías, durante el último período padecieron dieciséis horas diarias de oscuridad enterrados en sus “pozos de zorro” excavados en la húmeda turba, que provocó tanto “pie de trinchera”..., soportando todos los rigores del clima austral (hasta quince grados bajo cero algunas noches) y agobiados por el inclemente fuego de artillería naval y terrestre que sin pausa pero sin pausa machacaba las posiciones en su tarea de ablande preparatoria del asalto final.

Hacia el 10 de junio la ofensiva inglesa en los alrededores de Puerto Argentino arreciaba. El cañoneo naval y los bom-

bardeos aéreos incrementaron su frecuencia y el número creciente de heridos que llegaba al CIMM nos hacía intuir que el curso de la batalla estaba rápidamente inclinándose en nuestra contra. Para el día 11 de noche ya era imposible dormir; a cualquier hora podía llegar un contingente de heridos evacuados desde el frente. En algunos momentos ante el aluvión de bajas y pese a su buena organización, el CIMM se veía superado y todos colaborábamos sin distinción de jerarquías en lo que pudiera ser útil. Durante esos días, la mayoría de las heridas de guerra que se produjeron fueron a consecuencia de esquirlas por proyectiles de artillería o bombardeo aéreo, que resultaban lacerantes con graves hemorragias y pérdidas importantes de masa muscular o miembros. Las heridas cavitantes por proyectiles de alta velocidad procedentes de armas portátiles solo se manifestaron en los últimos tres días, cuando el combate llegó a ser casi cuerpo a cuerpo. También hubo importante incidencia de lesiones por el frío y el tan temido “pie de trinchera” llegó a presentar algunos casos muy graves con necrosis y amputación de ambos pies. Como agravante, resultó sumamente difícil y riesgosa la evacuación sanitaria aérea al escalón superior, ubicado en hospitales de Comodoro Rivadavia, Puerto Belgrano o Buenos Aires. Me tocó participar directamente en algún apresurado viaje nocturno al aeropuerto (a ocho kilómetros de distancia) para evacuar heridos al continente, maniobra que se vio frustrada inclusive al pie de la pista debido a que los Hércules C-130 podían permanecer pocos minutos y con motores en marcha, dado el inminente peligro a causa del dominio aéreo que ejercieron los Sea Harrier durante toda la guerra.

Yo “me enganchaba” para colaborar con alguno de los cinco grupos de recepción y clasificación de heridos, aportando allí más buena voluntad que idoneidad, ayudando en técnicas de resucitación, apertura de vías para sueros y otras. Recuerdo que todo el personal pasó en completa vigilia las noches del 11, 12 y 13 de junio en que los seis quirófanos se veían colapsados.

La tarde del día trece, una casa ubicada a veinte metros frente al hospital recibió un impacto directo de artillería inglesa por lo que murieron los kelpers que allí habitaban.

El mediodía del 14 de junio, de repente, se hizo un silencio absoluto, que resultó muy impactante para la mayoría de nosotros, ya que en ese instante tomamos real conciencia del nivel de ruido constante por fuego de artillería al que nos habíamos acostumbrado a vivir. Luego de unos minutos de incertidumbre, fruto del desconcierto, pudimos ver las humaredas en las colinas que bordeaban al pueblo y columnas de tropas argentinas bajando hacia el poblado. Observamos que una patrulla inglesa se acercaba al CIMM. El oficial a cargo sacó el cargador de su metralleta Sterling como signo de no beligerancia. En la puerta principal estábamos reunidos alrededor del doctor Ceballos los que alardeábamos cierto dominio del idioma inglés.

El oficial enemigo nos saludó militarmente y nos comunicó en tono formal pero muy cortés que se había acordado una tregua. Puerto Argentino quedaba dividido en dos sectores y el CIMM se encontraba en un lugar dominado por sus tropas.

Un sentimiento de gran alivio se apoderó de todos nosotros, el resultado de la contienda quedaba en un segundo plano y lo prioritario era que finalizara tanto sufrimiento y muerte a nuestro alrededor. Este oficial inglés ofreció realizar evacuaciones aéreas a sus hospitales de campaña terrestres o buques hospitales, señalando no menos de diez helicópteros en vuelo. Mientras observábamos ese despliegue de logística, recordamos las inmensas dificultades que tuvo nuestro único helicóptero ambulancia. Le agradecemos el gesto pero preferíamos evacuar nuestros heridos al Bahía Paraíso, el que se encontraba fondeado en la bahía de Puerto Argentino. Disponíamos de veinticuatro horas para desalojar las instalaciones ya que eran necesarias para sus propias tropas.

Luego la patrulla comenzó a reconocer el Hospital. Cuando se vieron las caras con nuestros soldados heridos convalécientes se produjo un instante de tensión que se rompió enseguida cuando una voz lanzó el universal pedido:

– ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Los ingleses que ingresaron a Puerto Argentino no eran los que habían combatido en los últimos días, afectados por el

stress de los intensos combates, la falta de descanso, la pérdida de algún compañero. Era tropa fresca de reserva, descansada, más distendida, con su uniforme limpio y actitud amistosa que minimizaba la posibilidad de eventuales conflictos con nuestra tropa derrotada, cansada, sucia, desnutrida y seguramente proclive a un desborde emocional.

Esa tarde, bajo una pertinaz nevada y repartiendo “*sorry, sorry...*” a diestra y siniestra para pasar entre los correctos ingleses, realicé un vuelo al buque hospital para salvar una buena cantidad de unidades de sangre del depósito de hemoterapia. Estuve tentado de quedarme en este buque que representaba la seguridad absoluta. Finalmente y con muchas dudas, reconozco, decidí volver a la incertidumbre que me esperaba en Puerto Argentino.

La imagen en la costanera del pueblo era deprimente. Había nevado recientemente y un par de casas ardían. Muchos conscriptos vagaban como sonámbulos, algunos sin casco, armamento ni equipo, tambaleantes por el cansancio, el hambre y el stress padecido en los últimos intensos días. En muchos casos no visualicé conducción militar responsable. Eran combatientes que bajaban de las colinas aledañas, desplazados violentamente de sus posiciones a sangre y fuego por el enemigo. Deambulaban cual fantasmas entre la bruma...

En la mañana del 15 de junio se cumplió el plazo de veinticuatro horas y al desintegrarse el CIMM me dirigí caminando solo en busca de mi unidad, el BIM 5. No tenía certeza de en qué situación había quedado luego de la feroz ofensiva inglesa. Se había reagrupado en un galpón de las *Falkland Islands Co.* cercano al apostadero naval. Consternado, tomé conocimiento de las bajas conocidas hasta ese momento. Entre los desaparecidos estaba mi ayudante de laboratorio en Río Grande, quien afortunadamente apareció al otro día luego de haber estado prisionero de un pelotón gurka. No había sufrido maltrato alguno e inclusive se había traído una ración de combate inglesa sin abrir que le habían obsequiado sus captores: curiosidades de la guerra...

El 16 de junio, en otra mañana nublada, ventosa y fría, emprendimos a pie la marcha de ocho kilómetros hacia el

“campo de concentración” ubicado en la península del aeropuerto, lugar destinado por el comando inglés para el confinamiento de nuestras derrotadas tropas, evitando así todo contacto físico con los vencedores. Al pasar por el puesto de control ordenaban tirar el armamento sobre un par de pilas ubicadas en ambas banquetas. Al llegar mi turno y extender mi brazo para entregar mi pistola reglamentaria, el inglés a cargo del puesto del lado de mi banca me preguntó si yo era un oficial (en esta guerra no se utilizaban insignias distintivas para no facilitar la labor de eventuales francotiradores) pero mi casco tenía las clásicas cruces rojas de sanidad y seguramente por mis treinta años y con bigotes no aparentaba ser un conscripto. Ante mi lacónico y tarzánico “yes” el inglés me indicó secamente que me la guardara nuevamente en su funda.

Me enteré de que este, para mí, curioso episodio había sido otra muestra de la experiencia bélica inglesa, ya que en derrota los ejércitos suelen tener episodios de violencia entre la propia tropa y se torna complicado mantener la disciplina imprescindible en tan difíciles circunstancias. El ejército inglés debía evitar conflictos que pudieran motivar heridos y muertos en la tropa argentina, que ya estaba bajo el status jurídico internacional de “prisionero de guerra”; por ende, su cuidado y seguridad dependían del país vencedor. El Reino Unido fue en general respetuoso con el cumplimiento de la Convención de Ginebra.

Como prisioneros sufrimos el frío, el viento, la lluvia y nieve recurrentes; estábamos ya bien dentro del durísimo invierno del Atlántico Sur. El panorama del aeropuerto era desolador: había cráteres producto de los bombardeos, escombros por doquier, varios aviones destruidos y una multitud de prisioneros angustiados por la falta de lo más básico del ser humano: abrigo y comida. Lo primero que hizo el comandante del BIM 5 fue hacer levantar las prolongaciones de aluminio de la pista, desarmarlas e improvisar refugios que en forma precaria nos protegieran de las inclemencias del tiempo. Muchos soldados, por haberse replegado combatiendo, no disponían de colchonetas o mantas para cubrirse, por lo que únicamente contaban con lo puesto. Pasamos hambre, “oficialmente” no ha-

bía provisión de agua ni comida. Sin embargo, un auténtico manjar fueron algunas latas de albóndigas en salsa que varios habíamos conseguido rescatar a último momento, “bien regadas” con un par de cucharadas de dextrosa al cinco por ciento que hallamos bajo los escombros de un puesto de socorro. Pese a las impactantes situaciones vividas y a la incertidumbre sobre nuestro futuro, manteníamos la moral elevada y un fuerte espíritu de cuerpo.

El día 18 me informaron que, a través de la Cruz Roja, el comando inglés había autorizado un viaje de evacuación del personal enfermo y me designaban para llevar a cincuenta y cinco conscriptos. En varios vuelos de helicóptero Sea King los trasladé al buque hospital Bahía Paraíso. En el barco me proporcionaron de ropa interior limpia y un plato caliente de sopa, y pude, al fin, bañarme y afeitarme luego de doce días. Recibimos con gran alegría y gritos de júbilo la noticia de que el buque hospital había sido autorizado a dirigirse a Punta Quilla, Santa Cruz, lugar muy cercano a mi destino final, Río Grande. Llegamos a este puerto a las ocho de la mañana del domingo 20 de junio. Apenas bajé me esperaba el CAIM Busser, quien me informó que éramos el primer contingente de infantes de marina que regresaba de las islas.

\_ Me agradecería que me informe cuál es la situación del BIM 5 y del resto de las unidades de la infantería de marina remanentes en Puerto Argentino\_ me pidió amablemente el comandante.

Conversamos unos diez minutos, lo puse al tanto de mi misión y poco después ya estábamos todos en vuelo a Río Grande. En el aeropuerto nos estaban esperando vehículos y ambulancias. El ambiente era de gran conmoción, porque éramos los primeros en volver a una ciudad que había estado totalmente comprometida civil y militarmente con el conflicto bélico. Luego de entregar mis cincuenta y cinco evacuados, lo primero que hice fue llamar a mi esposa a Bahía Blanca, quien no tenía noticias mías desde hacía diez días y posteriormente me presenté en “mi” cuartel del BIM 5 donde fui recibido por el comandante del BIM 3 de La Plata. Esta unidad se había hecho cargo transitoriamente de las instalaciones, como reserva en pre-

visión de algún conflicto fronterizo con Chile en esa zona. Durante dos horas le informé el estado general del BIM 5 y sobre mi experiencia desde el día de mi arribo a las islas. Ante mi sorpresa, el comandante manifestó:

\_Usted comprenderá que es realmente necesario que se quede unos días más en Río Grande para declarar ante inteligencia naval.

\_ ¡No! ¡Decididamente no!\_ respondí enérgicamente\_. Mi segunda hija, Antonella, acaba de nacer y lo que más deseo en este momento es poder tenerla en mis brazos y estar lo más cerca posible de mi familia.

Tuvimos un tenso cambio de palabras, pero seguramente mi aspecto demacrado por los siete kilos de peso perdidos, el cabello muy encanecido repentinamente y sobre todo lo inoportuno de provocar un incidente con un oficial arribado del frente bajo fuerte stress residual, incidieron para que criteriosamente reviera su postura.

Finalmente, a las once de la noche del 21 de junio, luego de setenta y cuatro intensos días, pude volver y abrazarme entre lágrimas con mi familia en Comandante Espora, el aeropuerto de mi ciudad natal, Bahía Blanca.

Al llegar al final de mi testimonio, amargas cifras de la guerra e imágenes imborrables acuden a mi memoria: números que son vidas truncadas o deshechas; imágenes que agudizan el dolor de sentirse impotente ante esa monstruosa garrra que es la guerra; y la soledad de morir lejos y en el anonimato.

Mil novecientos noventa internados tuvo el CIMM en los sesenta y cinco días que estuvo funcionando. Seiscientos fueron los evacuados al continente. Treinta y dos muertos sepultó por sí mismo y doce más entregó al enemigo en la rendición. Dos, solamente, de ese total de cuarenta y cuatro alcanzaron a morir en el hospital, el resto murió antes. Ciento veinte hombres de las tres fuerzas conformaban la dotación total en la última etapa del conflicto, que incluía cincuenta y un profesionales universitarios, de los cuales cuarenta y cinco eran médicos de diferentes especialidades.

La atención en primera línea fue sumamente dificultosa y quebró el concepto de la asistencia rápida de los heridos de guerra: lo escabroso del terreno hacía imprescindible el uso de helicópteros para la evacuación y prácticamente no pudimos disponer de ellos. Recibir desde el frente a los heridos en el “período de oro”, es decir, dentro de las dos horas post injuria que es cuando un centro quirúrgico salva vidas y baja la mortalidad (enseñanza de Vietnam), era una misión imposible: las bajas llegaban por tierra al hospital transcurridas más de seis horas después de haber sido heridos.

Luego de la gran ofensiva final de los cuatro últimos días, la gran mayoría de los muertos permaneció en el terreno y fueron sepultados posteriormente por el trabajo conjunto de ingleses y prisioneros argentinos.

A pesar del tiempo transcurrido, aún hoy no puedo evitar que me invada una tristeza muy íntima y profunda al ver el epitafio que los ingleses pusieron en las blancas cruces del Cementerio de Darwin:

“Aquí yace un soldado argentino solo conocido por Dios”.





Destino del Dr Pandolfi en Puerto Argentino: el Hospital Militar Conjunto. Se observa una ambulancia preparada para la evacuación urgente de heridos hacia el aeropuerto para su posterior traslado a hospitales del continente.

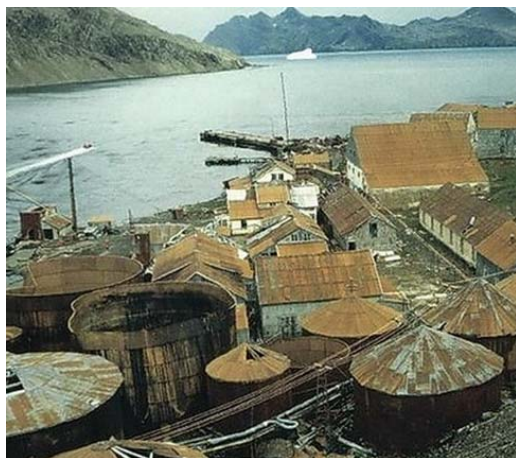
*Fuente: José H. Soria*



De izq. A der. médico Abete, odontólogo Suarez, médico Ferrario y bioquímico Pandolfi en el playón de la FIC en Puerto Argentino. *Fuente: Guillermo Pandolfi*

## Carlos M. Patané

*El solitario puerto de Leith (Georgias del Sur) fue el escenario donde el Dr. Patané vivió sus increíbles experiencias en 1982.*



**D**urante 1981 se habían llevado tratativas entre el comerciante argentino de chatarra, Constantino Davidoff y el gobierno del Reino Unido con el propósito de dismantelar las estaciones balleneras abandonadas en las islas Georgias del Sur. Las mismas habían dejado de funcionar en la década del 60 cuando se prohibió la caza de ballenas. Mi hermano Antonio fue contratado por su experiencia en ese tipo de expediciones para comandar la empresa, e inmediatamente realizó la selección del personal necesario para dichas tareas (electricistas, herreros, cocineros, montadores...). El plazo demandado para concluir el proyecto de desguace de tres complejos balleneros era de dos años, con permanencia alternada de cuatro meses. Se tramitaron todos los requisitos necesarios ante la embajada británica, incluyendo la *"temporal card"* y se practicó un exhaustivo chequeo médico-psicológico a los integrantes de la expedición.

El médico, Rubén Walter Pereyra, y yo, como bioquímico, conformábamos el área de sanidad. Mi trabajo comprendía analizar diversos líquidos contenidos en grandes depósitos y la potabilidad del agua del lugar, como también colaborar con el médico en toda tarea sanitaria que surgiese. Mi experiencia en medicina de urgencias fue determinante para que me incluyesen en el equipo sanitario, ya que, ante una evacuación, se debía esperar al menos treinta y seis horas hasta que llegara el traslado desde el continente, tiempo que debíamos mantener compensado al paciente.

El 11 de marzo, una vez contratado el buque Bahía Buen Suceso de la Armada por el empresario Davidoff para realizar la operación comercial, partimos del puerto de Buenos Aires

rumbo al Atlántico Sur. Llevábamos tres banderas: una argentina, una del Reino Unido y una bandera blanca para enarbolar en el campamento con el fin de no herir susceptibilidades.

Mientras navegábamos, el médico y yo dictamos un seminario a fin de explicar el plan sanitario desarrollado para la campaña, las revisiones periódicas obligatorias, el régimen alimentario y las medicaciones particulares. Durante los siete días que duró la travesía, no me privé de observar desde la cubierta superior los impresionantes atardeceres en la inmensidad del océano en compañía de buen tabaco y Vangelis en los *walk-man*.

Faltaba un día para llegar a las islas Georgias, cuando el capitán invitó a la plana mayor de la expedición a un vino de honor en el casino de oficiales del buque. Allí pronunció un discurso que nos quitó de un golpe el sopor de la bebida.

\_ Es un honor que un grupo de argentinos ejerza el derecho al trabajo en el confín de la Patria, enfrentando con valor los fríos extremos...

La mayoría eran hombres de la industria metalúrgica de Avellaneda o Lanús que cortaban chatarra, manejaban grúas... no estaban preparados para tal desafío. La navegación continuó en silencio de radio, a oscuras, hasta las solitarias playas de Puerto Leith. Al llegar nos recibió una intensa neblina; la nave, al atravesarla, nos permitió descubrir la majestuosa masa de piedra que emerge del mar coronada de nieve y glaciares.

Se designaron grupos operativos con el objetivo de acondicionar los sistemas sanitarios, de provisión de agua, de electricidad, de calefacción y de comunicaciones en las instalaciones de tierra para poder habitar allí. Por suerte las encontramos en muy buen estado: conectamos el generador que habíamos traído y ... ¡las lámparas funcionaban! Con una pala mecánica se recogía carbón de coque directamente del piso, que servía de combustible para las salamandras.

Mientras tanto, en los primeros días vivíamos en el buque. Finalmente, en una barraca pintada de amarillo, a la que llamamos *Yellow House* nos instalamos la plana mayor de la ex-

pedición. Se asignaron los sectores: sala de radio, oficina del jefe y junto al médico acondicionamos una de las salas como puesto sanitario. En una de las recorridas encontramos un hospital abandonado con un antiguo droguero compuesto por frascos de vidrio azul con tabletas de medicamentos en su interior, chatas de porcelana, instrumental médico y de laboratorio antiquísimo, digno de un museo.

En los primeros días atendimos cuadros básicamente respiratorios propios del cambio de temperatura que experimentábamos. Pasábamos del clima de Buenos Aires de veintisiete a veintiocho grados al de las islas inhóspitas del Atlántico Sur de uno a menos dos grados. Junto a los episodios gripales hubo algunos pequeños traumatismos y cuadros clínicos menores que se solucionaban en poco tiempo. El grupo se había integrado bastante y trabajábamos armoniosamente. Había llevado una estufa de treinta y siete grados, caldos de cultivo, un microscopio, colorantes para tinción y equipos químicos para determinar la potabilidad de agua. Analicé una gran vertiente y varios chorrillos cercanos al lugar, los que resultaron potables y pudimos utilizar como provisión de agua.

Pienso que los inconvenientes comenzaron al llegar a la bahía de San Pedro. El capitán entregó una bandera del barco porque quería que el espíritu del Bahía Buen Suceso nos acompañara durante toda la permanencia. Esta fue colocada en una vieja torreta de grúa de cuatro metros de altura. El personal vestía un traje isotérmico y un equipo polar (pantalón y camperón de plumas) color blanco para las campañas antárticas. En la isla se encontraban científicos ingleses del BAS que además de las tareas de investigación realizaban la custodia de la isla como representantes de los intereses de la corona. Es probable que observaran descender de un buque argentino personas vestidas igual, de blanco que izaban una bandera de guerra. Seguramente, les habrá llamado mucho la atención. Y por si no bastara esto para cobrar notoriedad, tres personas con carabinas bajaron del barco, dispararon hacia un grupo de renos y mataron a uno. En las islas había cientos de renos que fueron llevados mucho tiempo atrás y habían desarrollado su hábitat allí.

Al anochecer regresamos con las lanchas al barco y dormimos a bordo. Al otro día volvimos a Puerto Leith.... la bande-

ra seguía ahí, flameando en la grúa. De pronto se nos aparecieron tres científicos ingleses, se presentaron y nos pidieron hablar con el capitán del barco.

\_Deberán retirar la bandera\_ le ordenaron con autoridad y en claro inglés\_, llevar de vuelta al barco todo lo descargado y dirigirse a Grytviken. Allí completarán los trámites de la aduana del gobierno británico y sólo después podrán desembarcar y realizar el trabajo que vinieron a hacer.

\_ Debo solicitar instrucciones a Buenos Aires\_ contestó evasivamente el capitán y en la misma lengua.

Esa noche decidimos con un compañero pernoctar en la *Yellow House*. La imagen del lugar desolado, los ruidos de las chapas desprendidas por el viento y la oscuridad intensa nos sobresaltaban inquietantemente. Nos dormimos con la ayuda de un "J&B". Al día siguiente el capitán les transmitió a los ingleses que tenía órdenes de desembarcar todo y dirigirse a Ushuaia. Los ingleses entregaron entonces una nota en nombre de las autoridades británicas, manuscrita y firmada en la que se expresaba la protesta por el desembarco no autorizado y por la destrucción de la fauna local.

El barco partió el 23 de marzo. La logística funcionaba correctamente y el puesto sanitario ya se encontraba operativo. Entonces, el capitán nos reunió a todos y nos anunció:

\_Si alguien quiere irse, esta es la última oportunidad.

Los treinta y ocho contratados y un radioperador que debía terminar de instalar la antena y la radio, ya que hasta el momento no había logrado buena comunicación con el continente, decidimos quedarnos.

Al día siguiente, con silencioso andar, apareció un velero tripulado por tres documentalistas franceses. Al cruzar el temible Cabo de Hornos una tormenta les había provocado una vuelta de campana en la que habían perdido la mayor parte de los alimentos y sufrido destrozos varios en la embarcación. Habían decidido acercarse a las Georgias para reparar la nave y reponer alimentos de los acopiados en los refugios del BAS. Sin embargo, en Grytviken, a pesar de la emergencia sufrida, no habían sido autorizados a desembarcar. Decidieron venir enton-

ces a Leith donde les ofrecimos asilo, asistencia en la reparación del barco y provisión de alimentos.

Los tres eran muy graciosos y sus anécdotas siempre terminaban en carcajadas. Hasta inauguramos el “Boat Club San Pedro” en el muelle, contando con su velero Cinq Gars Pour, nuestras dos embarcaciones, Fénix y San Pío, y un pequeño bote semihundido. A partir de ese día las veladas con los imprevistos visitantes fueron inolvidables. Y aún más al serme asignada una tarea extra que consistía en ser el custodio del alcohol y el tabaco, repartiendo diariamente según lo pactado. La llave la llevaba permanentemente colgada de mi cuello.

El 24 nos llamaron del servicio de radioaficionados de la Armada, que era el medio con el cual nos comunicábamos al continente, para decirnos que a raíz del estado que habían tomado los acontecimientos debido a nuestra presencia se había generado un problema de cancillerías.

\_Deben mantener la radio prendida y cada tres horas envíen un QSL (“está todo bien”) No se preocupen, todo se va a resolver...Ah, van a ir a visitarlos unos “amigos”.

A través de radio El Mundo nos enteramos de que el buque Endurance había zarpado de Malvinas luego de embarcar una dotación de infantes de marina y se dirigía a Leith con el fin de desalojarnos, mientras que las cancillerías intercambiaban permanentes mensajes de advertencia. Las preocupaciones y los temores iban en aumento complicando la convivencia. Esa noche, mientras me encontraba en la *Yellow House* nos golpearon a la puerta. Eso era rarísimo por esas latitudes. Cuando fui hacia la puerta pregunté:

\_ ¿Qué pasa? ¿Quién es?

\_ Somos los “amigos”, Armada Nacional.

Al abrir me encontré con personal militar camuflado y altamente armado, perteneciente a los comandos anfibios. Cuando vieron que se apagaba todo \_era la rutina con el grupo electrógeno\_ pensaron que los ingleses los habían descubierto y estuvieron observando, dando vueltas durante una hora hasta que se decidieron a golpear. Habían desembarcado del buque Bahía Paraíso que se encontraba fondeado a oscuras en la bahía.

Me pidieron que levantara a todo el personal y una vez reunidos nos comunicaron con un tono calmo que intentaba ocultar la gravedad de la situación:

\_Se ha suscitado un problema internacional. Estamos aquí para custodiarlos. Vamos a vestir la misma ropa que ustedes hasta que se solucione todo por la vía diplomática. Nos vamos a dar a conocer solamente si se intenta un desalojo por la fuerza: el buque polar inglés *Endurance* se está acercando a la zona.

En total eran quince elementos de fuerzas especiales de la Armada, denominados Los Lagartos al mando del teniente Astiz. Nosotros comprendimos que ya estábamos en graves problemas. Bajaron contenedores con abastecimientos, explosivos y combustibles para tres meses, y hasta un quirófano de campaña, que incluía anestesia, respirador y desfibrilador! Se instalaron en el antiguo hospital del lugar, al que comenzamos a llamar *Swat*.

Antes del amanecer, el Bahía Paraíso zarpó tan silenciosamente como había llegado hacia aguas internacionales. La obra comercial en sí que fuimos a hacer nosotros comenzó a complicarse por la presencia de estos militares; la tensión entre los obreros aumentaba.

\_ Nosotros vinimos a laburar \_ protestaban con angustia los chatarreros\_ y ahora resulta que estamos metidos en un conflicto internacional en una isla desierta en medio del Atlántico Sur.

No era fácil la situación y la cancelación de la operación de desguace era inevitable. Leith se caracterizó por el viento permanente de alta intensidad y el microclima que variaba rápidamente: lluvia, sol, nieve... Las nieblas no faltaron y las noches eran muy cerradas. Mientras tanto los militares instalaban casamatas, trampas explosivas y minas al tiempo que evaluaban posibles vías de escape por las montañas o los glaciares.

El 2 de abril nos despertaron a las cinco de la mañana para darnos la noticia: las Malvinas se habían recuperado. A la siete de la mañana hubo una ceremonia con los militares uniformados. Se izaron dos banderas argentinas, se cantó el himno, se lanzaron tres salvas y luego se ofreció un chocolate en el hospital. Al medio día, un vino de honor en la Yellow House alentó

aún más el clima festivo y el resurgir de sentimientos nacionalistas.

A la mañana siguiente, con las primeras luces, ingresaron a la bahía el buque Bahía Paraíso junto a la corbeta Guerrero. Los militares se embarcaron con destino a Grytviken para expulsar a los Royal Marines llegados en el Endurance. La guerra ya estaba presente a la vuelta de la esquina, los estruendos llegaban desde la bahía vecina y el combate duró dos horas. El precio por pagar a causa de Grytviken fue un helicóptero destruido, tres bajas argentinas y numerosos heridos.

Se desalojó a los setenta infantes ingleses junto a los diecisiete científicos. De éstos últimos quedaron tres escondidos entre ellos dos mujeres. En Grytviken se dejó a unos cuarenta infantes de marina y los Lagartos volvieron a Leith. Hubo muchas muestras de patriotismo, incluso dos chilenos del grupo querían un arma para combatir a los ingleses. Pero nos decían que como éramos civiles nos iban a evacuar ante cualquier peligro. Nosotros continuamos con los trabajos comerciales programados, pero por radio nos enteramos de que estaba viniendo la flota británica.

Los franceses me ofrecieron un lugar en el velero ya pronto a partir que decliné agradeciendo la tentadora oferta. Por la noche nos dieron una increíble sorpresa en forma de despedida y agradecimiento. Proyectaron un audiovisual sobre un gran tanque en el muelle con música francesa de fondo. En un lugar inhóspito, en el fin del mundo, con un frío que calaba en los huesos, al borde de una guerra inminente, hubo espacio y ánimo para imágenes, música y un grupo de personas observando extasiada. Al finalizar nos dijeron que era una forma de decir gracias y desearnos lo mejor. Firmamos eufóricos su libro de bitácora.

La fecha de arribo de un barco argentino para evacuarlos ya era incierta por el bloqueo de la flota inglesa; el modo aéreo estaba descartado por ausencia de aeropuerto y la presencia de interferencias en las comunicaciones indicaba la cercanía del enemigo.

Hicimos una excursión a Stromness y Husvik para evaluar las instalaciones desde el punto de vista comercial. Encontramos un astillero naval completo con dique seco y fun-

dición para crear cualquier pieza necesaria. Las Georgias deben haber sido autónomas de la metrópolis inglesa porque no faltaba nada.

Nos enteramos de que a Grytviken había llegado el submarino Santa Fe para dejar pertrechos, provisiones y reforzar un poco la cantidad de hombres que se habían destacado allí. Había entrado de noche sabiendo que la fuerza de tareas británica patrullaba la isla con siete barcos. Cuando el submarino se estaba retirando fue detectado por helicópteros enemigos que lo atacaron con cohetes y destrozaron la vela. Imposibilitado para sumergirse, el capitán decidió regresar al puerto para desembarcar a sus hombres. No quedaban dudas de que el asalto a Grytviken estaba sucediendo.

Pronto nos enteramos acerca de un desafortunado incidente: la muerte de un marino argentino, que fue enterrado con honores militares por parte de los ingleses. El 25 de abril a las seis de la tarde entró un buque británico a la bahía de Leith, seguido por el Endurance y se produjo un ataque con helicópteros. El comandante de la fuerza de tareas británica pidió la rendición haciendo notar que Grytviken ya se había rendido y que de no aceptar iniciaría el ataque con artillería naval.

Se estableció, luego, un alto el fuego para evacuar a los civiles, quienes nos encontrábamos refugiados en un sótano. Nos ordenaron dirigirnos caminando a Stromness llevando banderas blancas, esquivando trampas explosivas colocadas en el terreno. Habiendo marchado una hora, apareció un bote con cuatro o cinco ingleses, nos detuvieron y nos registraron exhaustivamente. A partir de entonces nos consideraron prisioneros y fuimos obligados a seguir marchando a pesar de que la temperatura era de un grado y estábamos con lo puesto: vaqueros, botas y camperas. Íbamos con linternas y haciendo ruido hasta que escuchamos ráfagas de ametralladoras y explosiones.

\_ ¡Somos civiles! ¡Somos civiles!\_ gritamos con desesperación.

No sirvió de nada. Fueron terminantes; nos hicieron dormir en plena playa y nos prohibieron movernos o incorporarnos pues la respuesta sería abrir fuego. Nos levantamos entu-

mecidos por el frío y nos ordenaron caminar hacia la factoría. Nos pusimos en marcha ante la mirada de los pingüinos. Lentamente nos fueron embarcando en un buque de guerra (HMS Plymouth). Empecé a vivir mis días de prisionero.

El 28 de abril nos trasladaron por helicóptero a un buque de aprovisionamiento de combustible de ciento sesenta metros de eslora en medio de malos tratos y custodia armada permanente (RFA Tidespring). No nos permitían hablar entre nosotros. Nos encerraron en un lugar muy reducido junto a los Lagartos, quienes nos comentaron los sucesos cuando nos fuimos de Leith. En el hangar no había instalaciones sanitarias, sino un balde de veinte litros. El servicio de comida consistía en una marmita con un guiso dulce, un bidón de agua y cucharas plásticas. Me sometieron a un interrogatorio violento con una ráfaga de ametralladora incluida. El capitán del submarino Santa Fe, por ser el de mayor rango, oficiaba de interlocutor entre nuestros captores y los ciento noventa detenidos entre militares y civiles. El hangar se llenó de olor nauseabundo por la privación del uso del sanitario. La constipación estaba a la orden del día, situación que se la comuniqué al médico del barco. Cuando el buque zarpó se nos permitió una salida a la pista de popa para tomar aire. Un día, en señal de protesta, decidí raparme la cabeza.

El 11 de mayo aterrizó en el buque un helicóptero con representantes de la Cruz Roja Internacional. Mi padre había realizado una denuncia de paradero en ese organismo porque estaba muy preocupado: sus dos hijos estábamos perdidos, y nadie sabía nada. Ni bien tomaron contacto con nosotros, estos representantes nos informaron acerca del rumbo que estaban tomando las hostilidades y también que nos acercábamos a la isla de Ascensión pues nuestro aislamiento nos había impedido tener noción de lo ocurrido y de nuestro trayecto. Una vez allí, los ingleses nos entregarían a la Cruz Roja Internacional. Al cabo de unas horas, sentimos que el barco detenía su marcha y al observar el horizonte advertimos una gran montaña que emergía del mar: era la isla. Nuestros captores se despidieron diciendo que lamentaban nuestros padecimientos a bordo.

Nos trasladaron en helicóptero a un aeropuerto que estaba totalmente a oscuras, únicamente iluminado por nume-

rosos vehículos que con sus luces nos apuntaban indicándonos el camino hacia un trailer, donde se fiscalizaba nuestra entrega. Fui fotografiado con el número veintiuno y luego conducido en ómnibus hacia un avión DC10. Las ventanillas permanecían cerradas con cinta adhesiva. De a poco fueron llegando los Lagartos, los submarinistas, y los conscriptos de Grytviken. La tensión se cortaba en el aire, pero luego de despegar el comandante de la aeronave nos comunicó que a partir de ese momento éramos libres.

El vuelo hacia Montevideo fue distendido. De allí un convoy militar nos condujo hacia el buque escuela Piloto Alsina, donde nos recibieron con un reconfortante chocolate con churros. La sensación de poder caminar libremente por las cubiertas del barco modificó el ánimo de todos. Recibimos recomendaciones de la conducta que debíamos adoptar a nuestra llegada, ya que éramos los primeros prisioneros que regresaban y la ansiedad de los medios por nuestras declaraciones era muy fuerte.

En el Apostadero Naval Buenos Aires fuimos recibidos con honores, agitar de banderas, sirenas y lluvias de papelitos. Al descender, cegado por los flashes, me fundí en un abrazo interminable con los míos. Respecto de los franceses, la última imagen que recordaba de ellos era verlos partir navegando entre buques militares en operaciones. Ellos habían planeado su viaje al sur del mundo en busca de paz y encontraron una guerra. Estas experiencias compartidas nos hermanaron en la vida. Me encontré con uno de ellos, Serge Briez, veinticinco años después, y me mostró una anotación que le había dejado en su bitácora de viaje: "...algún día, en algún lugar del mundo, nos volveremos a ver..." y se cumplió.





El puerto de Leith. Se observa en primer plano la *Yellow House* lugar donde se instaló el Dr. Patané y la plana mayor de la expedición, como así también el puesto sanitario.  
*Fuente: desconocido*



Hospital abandonado de Leith donde se encontró un antiguo droguero y laboratorio digno de un museo. *Fuente: desconocido*

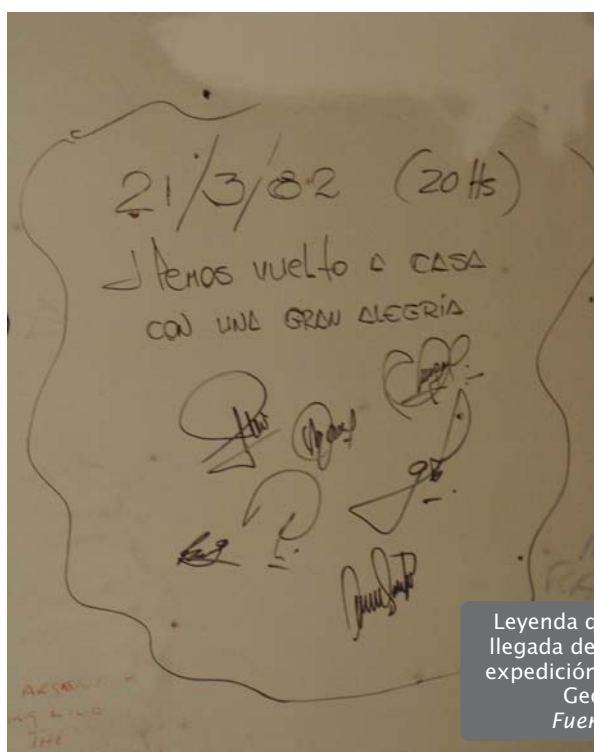


Muelle abandonado de Leith donde el Dr. Patané junto a los tres franceses inauguraron el *Boat Club San Pedro*, contando con el velero *Cinq Gars Pour*, las dos embarcaciones de la expedición (*Fénix* y *San Pío*), y un pequeño bote semihundido. *Fuente: desconocido*

Carlos M. Patané



Imagen desde el interior del la Yellow House hacia la bahía de Stromness. Fuente:desconocida



Leyenda que aún testimonia la llegada de los integrantes de la expedición chatarrera a las islas Georgias del Sur. Fuente:desconocida

## Pascual Pelella

*La gestión de la farmacia del CIMM (Hospital Interfuerzas) en Puerto Argentino estuvo a cargo del Dr. Pelella.*



**T**erminaba mis estudios de farmacia, un 28 de diciembre de 1981, y sin perder un instante pedí mi certificado de finalización de la carrera a la Universidad Nacional de La Plata, lo presenté en el distrito militar y anulé la prórroga universitaria, tantas veces renovada, para cumplir con el servicio militar a fin de poder comenzar a trabajar y ejercer la profesión.

Pero una sorpresa me esperaba a mí y a muchos más en el año venidero. El seis de enero de 1982, me incorporaron como aspirante a oficial de reserva (AOR), nos pusieron en un colectivo y sin saber el destino (como siempre, el misterio), aparecimos dos horas más tarde en el Liceo General San Martín. Allí realizamos la instrucción militar todos los aspirantes médicos, bioquímicos y farmacéuticos, en distinta compañías; la mía era la "C". Tras la penuria y el aprendizaje de la instrucción, un 19 de febrero nos otorgaron licencia hasta que nos fuera comunicado el destino definitivo en el distrito militar correspondiente. Y resultó ser el Hospital Militar de Comodoro Rivadavia, en el barrio de Don Bosco, bien alejado de la ciudad. Sólo nos rodeaba la soledad en medio de la Patagonia.

Hacía mucho calor el lunes 8 de marzo cuando ingresé al hospital junto a tres médicos, Aldo Carnelutto \_el único que ascendió a subteniente\_, Omar Segado, y Héctor Valdivieso, como encargado de la farmacia. El director médico era el mayor Mariano Ceballos y mi jefe directo era el capitán Pucci, bioquímico, jefe de logística quien unos días después del 2 de abril, reunió al personal del hospital y, lista en mano, nombró a todos los que nos movilizaban a Malvinas. Debíamos trasladar el equipo completo del hospital, inclusive la farmacia. Los que iban a las islas éramos el cabo Sergio Heis (cabo preparador de

farmacia) y yo. La farmacéutica Beatriz García y la idónea Dita Aybar se quedaban ya que eran civiles. Ellas nos consiguieron unas cajas de cartón enormes, marca NYLON, de las que siempre me acuerdo, pues había que embalar todos los medicamentos dentro de ellas. El hospital quedó vacío. Firmé el cargo por las mil ochocientas ampollas de morfina que siempre estuvieron en una caja fuerte Borges, y por mi fusil FAL parac, N<sup>a</sup> 14958. Cosas que tanto cuidé y nunca más volvieron.

El 1 de abril nos enteramos de que se recuperarían las Islas Malvinas; Omar Segado formó parte de los comisionados ese día. Mi primer viaje en avión fue en un Hércules, allí cargados con todo el equipo. Viajé al lado de un vehículo Unimog ambulancia; desde las ventanillas se veían las islas al amanecer. Comenzaba la historia. El 11 de abril a la mañana, domingo de Pascuas, llegamos a Puerto Argentino. Un compañero tenía un huevo de pascua de chocolate, y lo compartimos. El bolsón del equipo era nuevo, marca israelí. Apenas en el primer uso se descosió la manija. Tuve que cargarlo al hombro todo el tiempo. Todavía me queda esa bronca.

Nos llevaron en vehículos desde el aeropuerto a un lugar, en el extremo oeste de la ciudad, donde había una especie de bunker, metido en unas rocas.

\_Es como una colonia de vacaciones escolar\_ nos comentaron con sorna al entrar.

Obviamente, estaba vacío, pero se notaba nuevo. En el horizonte no había más que colinas; de todas formas, tampoco teníamos permiso para salir. Estábamos cercanos a algunas casas de kelpers y frente a la bahía donde se veía la orilla opuesta. Particularmente no sabía a qué íbamos pues no teníamos información alguna sobre la situación internacional. No teníamos radio, ni noticias de nada, solo órdenes. El mayor Ceballos me indicó en qué habitación se iba a instalar la farmacia y allí desempacamos todo. Me parece que él creía que nos volveríamos pronto, pues al colocar la cinta adhesiva blanca en la puerta, me recalcó:

\_No quite la pintura al sacarla.

La bien pintada puerta de la farmacia no tenía llave, así que la solución fue desarmar el picaporte y cargar con la manija todo el tiempo en el bolsillo interno del duvet. Así fue, hasta que en alguno de los viajes me enviaron no solo un candado pa-

ra la puerta sino también la llave de los armarios donde estaba la morfina y demás medicamentos peligrosos. Tenía todas las llaves colgadas de mi cuello con un hilo de sutura de lino que era muy grueso (aún lo conservo)

En un comienzo no corríamos peligro; había una aparente calma a tal punto que no sabíamos qué hacer, más que ordenar un poco, administrar algunos analgésicos por dolores de muelas (dipirosan), algún antibiótico (ampicilisan), y perseguir, yo especialmente, a los médicos pidiéndoles las recetas para poder descargarlos del stock. Continuamos solos en la farmacia el cabo Heis y yo hasta mediados de mayo cuando llegó el capitán farmacéutico Pablo Hautcoeur. Durante el transcurso de abril, no hubo más que heridos de propia tropa, debido al inexperto manejo de las armas. En una oportunidad un grupo de artillería vino a descansar al hospital, y un soldado manipuló una ametralladora MAG sin seguro y se le escapó un tiro que fue a dar al pie de un compañero. Lo mismo sucedía en el campo.

También tuvimos la “visita” de un piloto inglés que fue abatido y se eyectó luego de lo cual lo trasladaron al hospital, pero enseguida lo evacuaron al continente. Lo pudimos ver tras un vidrio; ese fue nuestro primer contacto con una guerra que se avecinaba, y de la cual no teníamos la verdadera dimensión. Se hablaba de los buzos tácticos enemigos que en cualquier noche iban a arribar por las playas, y nunca los vimos. Periódicamente llegaban soldados cansados a recuperarse al CIMM. Y así, hasta la madrugada del 1º de mayo cuando el sonido de los aviones, el intenso bombardeo y el cielo iluminado sobre el aeropuerto nos cambiara la realidad vivida hasta esos días.

Al principio no entendíamos, o si entendíamos no queríamos que fuera verdad. La flota había llegado, y nos atacaba con todo su poderío. Duró varias horas, y luego, avanzada la madrugada, no recuerdo bien, comenzaron a llegar las primeras ambulancias con los heridos. Todo era un desastre, un zafarrancho, pues no estábamos preparados para eso. Los cuerpos se arracimaban destrozados en los salones. Los pedidos a la farmacia eran incesantes pues se agotaron los insumos del quirófano. Este se había montado en el gimnasio con varias mesas de operaciones, sin tabiques intermedios. ¡Y yo pidiéndoles receta por la morfina entregada! Luego me dijeron y entendí:

– ¡Esto es la guerra, no pidas más!

Temía que al volver tuviese que rendir cuentas de todo lo llevado. Al principio costaba creer que terminaríamos en una guerra formal, aunque nunca declarada. Comencé a anotar haciendo el descargo y junté cierta cantidad para que me hicieran una receta por los totales diarios. Lo difícil era conseguir una firma. Finalmente, se optó por un método práctico implementado por los médicos AOR, que consistía en tener jeringas cargadas con morfina. Las noches se fueron repitiendo así desde entonces, lamentablemente, para nuestros soldados. El ataque era implacable, tanto aéreo como naval; y luego del desembarco en San Carlos, terrestre también. Había días despejados en que veíamos a los aviones ingleses como un punto brillante sobrevolarnos a miles de metros y a los soldados de las colinas dispararles con su fusil, en el afán de querer acertarles.

En la segunda quincena de mayo llegaron unas cajas grandes con donaciones de productos del Laboratorio Roemmers (nunca supe si eran del laboratorio o de parte de quién venían). Una contenía caramelos de Neumobron (caramelos para el dolor de garganta), otra cajas de Amoxidal 500 de dieciséis cápsulas cada una (antibiótico) y la otra Tolestan de dos miligramos, (un sedante). Para entonces, ya se encontraba el capitán Hautcoeur quién administró su provisión y almacenamiento.

Cada mañana durante la madrugada se repetían los ataques en distintos lugares; el cielo se veía iluminado por los estallidos como relámpagos y al tiempo atronaban la tierra la llegada de las ambulancias con los heridos. Tristemente, comenzamos a ver las bolsas negras de compañeros muertos. Todo lo que se hacía era de urgencia y luego se evacuaba al continente en el primer avión disponible al personal herido. La rutina era dormir algo de día, hasta el desayuno, que era casi al mediodía, pues nos acostábamos con suerte a las ocho o más de la mañana. Dado que dormíamos esas pocas horas, se eliminó la formación de la mañana en el CIMM, pues seguíamos despierptos de la noche anterior. La comida escaseaba, estábamos encerrados, no se podía salir, ni siquiera mirar hacia afuera a través de las ventanas pintadas de negro por los ataques aéreos.

Recuerdo que dormíamos vestidos\_ el uniforme verde se transformó en una nueva capa en nuestra piel\_ junto al FAL con bayoneta calada, fiel compañero reposando a nuestro lado. Con el paso del tiempo entregamos las armas, se pintó to-

do con cruces rojas inclusive nuestros cascos, pues el final se acercaba y pasaríamos a ser personal de sanidad retenido y no prisioneros de guerra... “por si las moscas, claro”. La rutina de horarios había desaparecido, o peor, se había enloquecido, era extremadamente agotador, los días transcurrían sin descanso, los pedidos de medicamentos eran incesantes. El picaporte de la puerta y las llaves de los candados me seguían a todos lados señalando a los demás que era yo el indicado para llamar a cualquier hora ante la entrega de pedidos. Yo seguía durmiendo solo en la farmacia.

Avanzada la guerra, se había dispuesto que algunos grupos de soldados vinieran a pasar alguna noche al CIMM, bajo techo como descanso. Uno se cruzaba con ellos habitualmente en los pasillos, o los veíamos descansar en un espacio cerrado. Y fue la casualidad que al cruzar una hilera de ellos, sucios, flacos y con barba de semanas, descubrí a Héctor Piscopo, el hermano de Miguel, mi compañero del Colegio Nacional de La Plata.

El desayuno matinal, mate cocido con leche y pan, fue abandonado primero por la leche y el azúcar, luego desertó el pan, finalmente sospechábamos que poco había de mate en el agua sucia que apenas nos despabilaba el cansancio. Yo, que ya era delgado, bajé ocho kilos; la energía huía visiblemente de mi cuerpo. Y apenas podíamos fortalecer nuestro espíritu con el contacto familiar ya que este se limitaba a esporádicas cartas enviadas por soldados libres de cargo. Recibir algo desde el continente se había convertido en un hecho prodigioso; más tarde descubrimos por qué: restos mal quemados de nuestras encomiendas halladas en las afueras del HMCR y comida escondida debajo de las camas de nuestros dormitorios \_ocupados por oficiales\_ delataban el saqueo sufrido en el continente. Y nosotros, pasando hambre en las islas, ¡Bendito Dios! Así fue cómo se distribuyó o... cómo no se distribuyó la comida.

Todo iba de mal en peor, pero en ese entonces nosotros no teníamos información de nada. Los ataques terrestres eran más cercanos. Tras las colinas estaba el Regimiento de Infantería 7 que batallaba siempre, pues los ingleses venían avanzando del lado oeste y ellos eran la última posición defensiva. Luego, veníamos nosotros y ya tomar Puerto Argentino era una formalidad. Recuerdo, cuando comenzaba el descalabro, antes que llegara la flota, el gesto orgulloso de un oficial cuando anunciaba a toda voz:

\_ Acabamos de minar todas las playas de Puerto Argentino.\_ Y su mirada se clavaba en lo alto esperando los gestos de admiración.

Pero sucedió que los ingleses vinieron por detrás.

Un domingo transmitieron una misa que se dio en el CIMM por ATC. Se improvisó una especie de refugio antiaéreo en los pasillos laterales del CIMM con elementos metálicos. Nos dijeron que si sufríamos una explosión cercana no cerraríamos la boca, para que la onda expansiva no destrozara nuestros órganos internos. Ya todo era un zafarrancho total. El pico del ataque, para nosotros, fue todo el domingo 13 de junio. El fragor era ensordecedor; la explosión de las bombas se confundía con el tronar de la tierra y los gritos ahogados. Sentíamos como inevitable la destrucción de nuestro lugar. Pero misteriosamente quedó intacto. Sospechábamos de la buena puntería: quizá querían evitar el hospital. Por las rendijas de las ventanas, veíamos la retirada a la ciudad de los soldados que podían. Y nosotros allí, sin poder movernos, menos salir. Nos sentíamos aturdidos por el ruido infernal, y el temblor constante día y noche nos sumergía en un estado de terror e incertidumbre. Una casa cercana, a treinta metros de nosotros, voló por los aires. Nos encomendábamos a Dios como todos los días, pero con tanta más fuerza apretábamos el rosario que llevábamos, que sus cuentas dejaban huellas en nuestras manos. Ese estruendo aún resuena en mi memoria.

Repentinamente, la mañana de 14 de junio, nos hallamos suspendidos en un silencio total. No sabíamos qué pasaba. Luego, nos dijeron que se había firmado la rendición, y que venían los ingleses al CIMM. Y así fue: unas de las primeras banderas argentinas que bajaron para izar la inglesa, fue la del CIMM, pues éramos los primeros del lado oeste por donde ellos venían; luego fueron a la casa del gobernador Menéndez. Los vi arriar nuestra bandera con mucho dolor. Estábamos expectantes. También con miedo, por supuesto. ¿Por qué negarlo? Poco después entraron: nos miramos por primera vez cara a cara; venían sucios de barro, cargados de equipos en sus mochilas; uno llevaba todo el equipo de radio. Ni se inmutaban por nosotros; tenían muy en claro cómo actuar. Lógicamente, eran más grandes que nosotros, en edad y en físico. Ya de por sí estaban mejor alimentados, a pesar de venir del combate. Nosotros no deberíamos tener un aspecto muy saludable, más

allá de nuestro desánimo de derrotados. Sabían lo que debían hacer al entrar a un hospital y yo vi personalmente cómo descargaban sus armas al ingresar. Nosotros no habíamos tenido esa instrucción. Nuestros temores de sufrir alguna represalia se disiparon, pues no nos hablaban, pasaban por nuestro lado haciendo su trabajo, sin empujarnos ni nada; nos cruzábamos en los baños y no hubo ningún inconveniente.

Esa noche del 14 la pasamos en el CIMM, con ellos instalados allí: era la última, debíamos evacuarlo a la mañana. Y cuando esta llegó, levantamos penosamente nuestra humanidad, el bolsón con lo poco que tenía, el mío aún sin manija (¡maldito bolsón!) y comenzamos a caminar hacia la ciudad. Íbamos al hospital de los kelpers. Como me dijo un compañero, lo importante era salvar el primer uniforme: la piel. Lo demás... allí quedaron las donaciones recibidas, las esperanzas por las nunca recibidas, las mil ochocientas ampollas de morfina, el FAL, la farmacia, lo de adentro que tanto cuidé, chau... nada es más importante, que tu propia vida. Una lección para la vida posterior que tuvimos los que sobrevivimos a la Guerra de Malvinas. Camino a la ciudad, pasamos por la casa del gobernador, ya retomada por los ingleses, y vimos unos grandes contenedores con las puertas abiertas llenos de mantecol. Nunca lo repartieron. ¡Cuántas calorías desperdiciadas! Llegamos al hospital kelper el martes 15. Era una construcción típica inglesa, modesta, nos instalaron en el fondo en un espacio cerrado, y de allí no nos movimos.

La mañana del 16 de junio nos tuvimos que ir, así que seguimos peregrinando hacia la ciudad. Nos encontramos con más soldados. Era terrible ver el aspecto de ellos, de nosotros, la amarga derrota. Ese era el sentimiento: desolación y tristeza. Terminamos en unos galpones del puerto llenos hasta el techo de bolsas de harina, garbanzos, latas de todo tipo; en fin, dormimos sobre las bolsas de harina. ¡Nosotros tan flacos, y la comida estaba allí!. Dormimos la noche del miércoles 16 en ese galpón y el 17 nos echaron de allí también. Luego nos embarcaron en un lanchón que nos llevó a un barco enorme; estaba ya oscuro. Más tarde nos enteramos de que era el Canberra, un transatlántico devenido transporte de tropas. Siempre custodiados por los soldados ingleses con sus fusiles al hombro, mientras nos revisaban en la hilera para embarcar. Vi que a algunos les quitaban los relojes. Como yo tenía el mío, regalo de

mi padre cuando me recibí, lo metí rápidamente dentro del puño del duvet y no lo vieron. La ironía del destino hizo que me lo robaran argentinos en un asalto sufrido en una farmacia en la que trabajé. ¡Lo rescaté de los ingleses y me lo roban los argentinos! Nos obligaron a quitarnos los cinturones, los cordones de los borceguíes, mientras inspeccionaban los bolsos. Nos separaron y nos mezclaron

A mí me llevaron por unos corredores alfombrados, donde se veían máquinas de juegos electrónicos amontonadas en los pasillos, con las que seguramente se entretenían las tropas en su viaje de venida al sur. Me indicaron que entrara en un camarote donde había tres personas más. Uno debería ser un oficial o suboficial, pues tenía bigote. Se había quitado su grado militar del uniforme. Después nos enteramos de que unos cuantos hicieron lo mismo para tener un mejor trato. Había un baño instalado y con agua caliente, pero el primero en bañarse fue ese personaje cuya identidad permaneció siempre oculta. Yo dormiría en el piso; el incógnito personaje, en la cama. Luego apareció un soldado inglés, siempre con el fusil, y nos hizo señas para que saliéramos. Fuimos por el pasillo hacia un comedor. Uno nos dio un cigarrillo a cada uno al entrar, otro nos entregó bandejas e íbamos pasando por mostradores donde nos entregaron pan, comida caliente y bebida. Era raro ese trato, me sorprendía. Del camarote se veía por una escotilla el mar, pero no sabíamos a dónde íbamos.

Los comentarios eran que el gobierno argentino no dejaría llegar al Canberra a la costa, y que iríamos a Montevideo. Finalmente supimos que íbamos a Puerto Madryn. Había gente del lugar y nos saludaron con afecto. Eso sí recuerdo. Nos metieron en un colectivo, y allí a Comodoro Rivadavia.

Aquí comenzó otra historia, distinta. Un regreso sin gloria, que prefiero no escribir, pues se extendió hasta el 10 de enero de 1983 cuando me dieron la baja. Los AOR en teoría tenían un plazo fijado en doce meses para estar bajo bandera. Realmente, prefiero no escribirlo, pues fue casi tan malo como la guerra. Trato de rescatar lo bueno, o por lo menos lo honorable de lo que viví en ese año 1982.





El Dr. Pascual Pelella (izquierda) junto a otro AOR médico recepcionando y clasificando material sanitario enviado desde el continente.

*Fuente: Pascual Pelella.*

El Dr. Pascual Pelella en una de las pocas salidas de hospital. Se observa a la derecha el CIMM y a la izquierda una casa kelper que voló por los aires el 13 de junio por un impacto de la artillería británica. *Fuente: Pascual Pelella*



## Pascual Pelella



Montando una sala de operaciones del CIMM con elementos traídos del Hospital Militar de Comodoro Rivadavia. De izquierda a derecha médico Gustavo Romero, farmacéutico Pascual Pelella y médico Héctor Valdivieso.  
*Fuente: Pascual Pelella.*



En la guardia del CIMM (antes del 1<sup>ro</sup> de mayo) de izquierda a derecha: los médicos Gustavo Romero y Héctor Valdivieso, enfermero Benítez y el farmacéutico Pascual Pelella.  
*Fuente: Pascual Pelella.*

## Oldemar S. Sacilotto

*El Dr. Sacilotto creó y puso en marcha el laboratorio de análisis en el rompehielos Almirante Irizar.*



**C**orrían los primeros meses del año 1981, cuando fui destinado a cumplir mi año de embarque al rompehielos ARA Almirante Irizar, uno de los buques más modernos de la Armada Argentina en ese momento. Construido en los astilleros Wartsila de Finlandia se incorporó a la flota naval en el año 1979. Su tripulación estable era de ciento diez hombres aproximadamente formada por militares de distintas fuerzas y científicos civiles universitarios de la Dirección Nacional del Antártico (DNA), especialistas en distintas ramas de la biología, glaciología, ambientalistas, recursos marinos, etc. En navegación, llegaba a duplicarse cuando embarcaba el personal de relevo de las bases antárticas

El departamento de sanidad del Irizar contaba con consultorios médicos, una pequeña pero bien provista farmacia que surtía no sólo de medicamentos sino también de material de uso médico y odontológico. Y lo más impactante, un moderno quirófano acompañado por una sala de esterilización con autoclaves y estufas, y sala de internación con varias camas.

Llegó al fin el día de mi traslado. Con cierta emoción e intriga por conocer el rompehielos me dirigí a mi destino. Luego de los formales saludos solicité con ansiedad:

— ¿Podría indicarme el camino al laboratorio?

Esperaba encontrar un laboratorio aunque reducido de espacio bien aprovisionado. Lo que no esperaba era la cara de sorpresa y casi burla de mi interlocutor.

— ¿Qué laboratorio?

Inmediatamente, aún en estado de estupor, me encaminé a la oficina del jefe de sanidad TNME Capdeviel.

\_ Sería conveniente que se me concediera un laboratorio para que mi estancia en este buque sea de alguna utilidad.

No fue fácil la negociación. Luego de varios intercambios conseguí al menos un local de dos metros por tres, al que no sin cierto orgullo le coloqué en la puerta un cartel: "Laboratorio de análisis clínicos". Por supuesto, detrás de esta había todo un vacío que llenar.

Entonces comencé la tarea de darle forma al laboratorio: mesadas con recubrimiento resistente para productos químicos, piletas con cañería de agua, alacenas, alimentación eléctrica. A su vez, tuve que fijar a encastres (trincado) los equipos para evitar su desplazamiento y rotura durante los frecuentes momentos de tormenta en los mares del sur. Debí gestionar, además, la provisión de instrumental analítico para integrarlos a la dotación fija.

Poco a poco se fue completando con todo el material habitual: piezas de vidrio, gradillas, reactivos para dosaje de diferentes metabolitos, antisueros para agrupar la sangre, equipos para serología, tiras reactivas para orina, y otros. Tomé la prevención de sujetar todos los reactivos de diagnóstico con bandas elásticas en la heladera para que no se desprendieran con el movimiento del buque. En la segunda mitad del año ya contaba con un microscopio binocular Olympus, una macro y micro centrífuga Rolco, un baño maría con termostato, estufa de cultivos, otra de esterilización, una heladera, dos fotocolorímetros Crudo Camaño y un espectrofotómetro de llama. Así mismo, el laboratorio se adecuó también a la posibilidad de realizar análisis bromatológicos, de potabilidad de agua y de la calidad del combustible transportado (para descartar una contaminación con agua de mar). Finalmente, se colocó un extractor de gases en el local y se dejó un espacio para el banco de sangre de emergencias.

A principios de octubre de 1981, se inauguró el laboratorio: detrás de su puerta se encontraba todo lo esencial para completar el departamento de sanidad de tal modo que ésta contara con sus servicios esenciales de funcionamiento.

Mientras el laboratorio iba cobrando vida el resto del buque también manifestaba cambios a través de la incorporación al navío de máquinas impulsoras, grúas tipo pluma, planta portabilizadora, cámaras frigoríficas y sistemas electrónicos para las largas navegaciones en las aguas congeladas. Se adaptaron además los hangares de popa para albergar dos helicópteros Puma.

El período de anclaje estaba por llegar a su fin. En los últimos días de ese año nos informaron que el buque debía cumplir con una larga navegación de cuatro meses para abastecer de materiales, equipamiento, apoyo logístico y sanitario a las bases antárticas, como también ocuparse del recambio de su personal. Para ello nos advirtieron sobre los preparativos.

\_ Se deben prever provisiones para sus doscientos tripulantes. Calculen para más de seis meses. Es factible que nos quedemos atrapados en los hielos. Tengan en cuenta que será imposible abastecerse durante este trayecto.

La farmacia, que estaba a mi cargo, se encontraba bien controlada y provista, especialmente de medicamentos, materiales para cirugía y traumatología, placas radiográficas, botiquines y una caja de seguridad (morfina, psicofármacos, anestésicos, entre otros). También lo estaba el banco de sangre generado por voluntarios de la tripulación, del cual era responsable, junto con su mantenimiento a cuatro grados y serotipificación.

Ya estábamos por zarpar cuando se me ordenó que realizara un curso teórico-práctico de técnico en anestesia con el objeto de asistir al médico cirujano en las cirugías de emergencia que efectuara en navegación. También debía preparar seminarios semanales relacionados con la prevención de patologías y accidentes probables en ese contexto: enfermedades de transmisión sexual, tabaquismo, alcoholismo, alimentación, obesidad, lesiones por exposición al frío y primeros auxilios ante accidentes en el hielo.

No acababan allí mis funciones. Otra actividad que desempeñaba como bioquímico era la responsabilidad de desinfección, desratización y desinsectación de la totalidad del buque. Debía contar con los equipos, químicos y cebos adecuados para prevenir y combatir la aparición de todo “foco infec-

cioso” abordó. Por suerte, fueron usados en escasas ocasiones ante la aparición de cucarachas ya que se trataba de un buque recién construido. Así mismo, tenía que recorrer diariamente las nueve cámaras frigoríficas junto al oficial de intendencia a fin de inspeccionar los víveres almacenados, verificar alguna alteración organoléptica y efectuar algún análisis bromatológico para determinar si eran aptos para consumo humano.

Tampoco escapaban a mi control periódico los botiquines, los víveres secos, el agua potable en bidones y el mini destilador de agua, que se encontraban tanto en las doce balsas autoinflables, para caso de siniestro, como en las dos lanchas hidrográficas y las dos lanchas de rescate del buque. Se sumaban a mis tareas los análisis fisicoquímicos y bacteriológicos del agua corriente de consumo para establecer su potabilidad y la supervisión de la calidad del combustible (gasoil antártico) que transportaba en sus tanques por la posibilidad de rotura de los mismos y el ingreso de agua de mar.

Ya todo estaba listo. Sólo restaba una navegación de prueba hacia la Base Naval de Puerto Belgrano. Concluida ésta se completaron las bodegas con el material destinado a las bases antárticas. Todo había sido revisado y probado en reiteradas oportunidades.

La travesía hacia el continente blanco se realizaría conjuntamente con el transporte polar ARA Bahía Paraíso, que reemplazaba al ARA Bahía Aguirre, desafectado ya de las tareas polares. El departamento de sanidad del Bahía Paraíso disponía solamente de un médico y un expendio de medicamentos. El Almirante Irizar cubriría su carencia en asistencia sanitaria dado que ambos buques navegarían juntos en altamar. Mediante helicópteros se mantendría un virtual puente entre ambos a través del cual viajarían también las muestras para analizar en el laboratorio.

Y el momento llegó en los últimos días de diciembre de 1981. Luego de los cálidos abrazos y saludos a nuestros familiares y amigos en la ceremonia de despedida, partimos hacia las heladas aguas del sur.

Habiendo navegado varios días rumbo al sur por el Atlántico, una orden imprevista del Ministerio de Defensa nos

sorprendió a todos y provocó una seguidilla de rumores: el buque debía desviar su trayecto para cumplir una misión especial.

A último momento había embarcado un grupo de civiles que respondían a un jefe llamado Constantino Davidoff quien argumentaba representar a una empresa argentina. Su objetivo era desembarcar en las islas Georgias del Sur para inspeccionar las factorías balleneras abandonadas. Este empresario había adquirido las instalaciones pertenecientes a la empresa escocesa Christian Salvensen Ltd por medio del Banco del Oeste y necesitaba el apoyo de buques transporte de la Armada. En esos momentos se sabía que en dichas islas se encontraban científicos ingleses especialistas en meteorología.

Antes de navegar cerca de las Islas Malvinas pusimos proa a las Islas Georgias, a las que arribamos luego de varios días. Se efectuó un recorrido alrededor de la isla grande de San Pedro en misión de reconocimiento. Los helicópteros del Irizar sobrevolaron en reiteradas oportunidades las islas. Posteriormente el comandante decidió ingresar en las aguas de la bahía. Una vez en Leith se nos ordenó, a los civiles y al personal naval, desembarcar a fin de evaluar las condiciones de una misión secreta comandada por la superioridad.

Según se me indicó, tomé muestras de agua y de alimentos no perecederos almacenados en los refugios por los británicos para emitir un informe, dado que, posiblemente, personal embarcado se quedara en las islas por un tiempo. Por eso mismo, se desembarcó, a su vez, una considerable cantidad de materiales, algunos en pequeños contenedores, y suministros sanitarios de primeros auxilios. En un mástil de tierra se izó la bandera argentina luego de mucho tiempo en señal de soberanía. También se visitaron las instalaciones de Stromness.

Ante la posibilidad de que éste acto fuera informado por los científicos ingleses y derivara en una protesta a nivel diplomático se le ordenó al Irizar alejarse de forma inmediata rumbo a Ushuaia a una distancia de dos mil quinientos kilómetros. En esta operación participaron otros buques que permanecieron alejados de las costas prestando apoyo.

Efectivamente, cuando llegamos a destino el desembarco en esas islas australes por parte del Estado Argentino ya

era noticia. Aún más, el gobierno británico enviaba buques para reforzar la vigilancia de la zona mientras se mantenía la protesta diplomática en distintos foros. De todas formas, la misión continuaba. Habiendo pasado unos días ocupado en el abastecimiento de cargas, víveres y combustible, el ARA Irizar zarpó para cumplimentar cuatro etapas en los mares antárticos durante el desarrollo de la campaña de verano.

El 6 de enero finalizaron las tareas en la Base Marambio y se puso rumbo a las Islas Sandwich del Sur donde arribamos el día 9 de enero. Funcionaba allí la Estación Científica Corbeta Uruguay, ocupada en forma permanente por argentinos desde el 18 de marzo de 1977. Aunque el Reino Unido las consideraba como su pertenencia, la bandera argentina flameaba allí desde hacía varios años. Bajo las órdenes del jefe de la estación científica, TCNA Peralta Martínez, quedaron unos diez hombres aproximadamente. Este hecho no sólo implicaba afirmar la soberanía en las islas sino también realizar una importante tarea científica en el ámbito de la meteorología, la fauna, la flora, las corrientes marinas y los recursos del mar. Esta delegación debería permanecer un año en dichas islas volcánicas.

Mientras el buque estuvo allí, cumplí tareas de apoyo centradas en el aprovisionamiento, el control bromatológico de los víveres que se desembarcaron y de la potabilidad de agua de la que se proveía la base, el abastecimiento de medicamentos para el año en curso y el retiro de los que estaban vencidos, y la entrega de botiquines de emergencia. También brindamos instrucciones al personal que allí invernaría acerca de cómo resolver algunos problemas ante situaciones imprevistas desde el punto de vista sanitario y alimenticio. La dotación de la base poseía comunicaciones eficientes y permanentes con los buques de la Armada y otros que navegaban por la zona, con las bases antárticas, el continente y la DNA con sede en Buenos Aires.

Finalmente zarpamos de las Islas Sándwich hacia el Mar de Weddell continuando con el abastecimiento y el relevo de personal de las distintas bases. El 30 de enero se efectuó una inspección en el destacamento de las islas Orcadas y más tarde emprendimos el regreso a Ushuaia. Luego del reabastecimiento de combustible y víveres volvimos a zarpar hacia la Antártida. Allí nos encontramos nuevamente con el transporte polar

Bahía Paraíso y le abrimos paso por el campo de hielo hacia la base Brown.

A continuación, brindamos apoyo a la dotación naval (Grupo Alfa) que permanecería en las islas Georgias, cuya sanidad estaría a cargo del TNME Carrilaff. En una entrevista previa debía entregarle el material embarcado: medicamentos, botiquines, instrumental médico, material de cirugía, equipo para esterilizaciones y hasta una carpa inflable para ser instalada como un hospital de campaña. Durante la inspección previa al desembarque de ese material, el TNME Carrilaff me advirtió que algunos equipos funcionaban con alimentación eléctrica SW220 Volts y en las Georgias no había tal sistema. Entonces levantando una autoclave para esterilización me sugirió con sorna:

\_Preguntale a quien preparó este material dónde lo enchufo\_ y señalaba al mismo tiempo una ficha redonda de tres patas.

Fui a buscar alguna respuesta y para mi alivio me dijeron que de otros buques de la Armada se desembarcarían grupos electrógenos para proveer la energía necesaria para el funcionamiento del hospital de campaña.

Las relaciones con Gran Bretaña seguían agravándose. El gobierno británico decidió enviar buques de guerra para desalojar a los obreros civiles y a la dotación naval que se encontraban en Puerto Leith desarmando la antigua factoría ballenera. El 10 de marzo regresamos a Buenos Aires dando por finalizada esa campaña antártica atípica y habiendo navegado en la misma algo más de veintidós mil kilómetros.

A los pocos días el buque recibió la orden de dirigirse a la Base Naval de Puerto Belgrano. Hasta ese momento no teníamos ningún indicio de la recuperación de las Islas Malvinas. Al llegar al puerto el Irizar se alistó para integrar la flota que junto a otros buques serían parte de la Operación Rosario, el 2 de abril de 1982. Supe que realizó varias navegaciones entre las Islas Malvinas y el continente durante la primera fase del conflicto. El cargo farmacia y bioquímica se lo entregué al TNBQ Catalán, quien tenía más antigüedad que yo, y quedé como tripulación de reemplazo.

Posteriormente, el buque fue acondicionado como hospital, tarea que desempeñó junto al Bahía Paraíso hasta la finalización del conflicto. Sus bodegas se convirtieron en salas de internación, se habilitaron salas de cuidados intensivos, quirófanos y se embarcaron una considerable cantidad de médicos especialistas, cirujanos, traumatólogos, anestelistas. Se trasladó y atendió numeroso personal herido y enfermo, como así también contingentes de prisioneros que permanecían en las islas.

Cuando terminó el conflicto se hizo efectivo mi traslado al Hospital Naval Río Santiago (HNRS) en la ciudad de La Plata, y me integré al servicio de farmacia y bioquímica.

Fui designado junto a otros profesionales de ese hospital para recibir al último grupo de prisioneros argentinos retenidos por las tropas británicas después del 14 de junio. Esos ciento treinta y cuatro hombres fueron desembarcados en Puerto Madryn treinta días después de finalizado el conflicto. Luego se los trasladó vía terrestre a la Base Aeronaval Almirante Zar de Trelew para finalmente viajar de allí en aviones Electra a La Plata y posteriormente al HNRS. La revisión médica de rutina que se les realizó reveló afortunadamente que la mayoría no presentaba lesiones o patologías. A su vez se les otorgó una licencia para luego presentarse en sus unidades de origen. Solo unos pocos permanecieron internados por trastornos psiquiátricos.

Este hospital que disponía de un pabellón de psiquiatría recibió durante mucho tiempo a numerosos ex combatientes por afecciones de esa índole, actividad que se mantuvo hasta su cierre definitivo cuando en los años 90 pasó al ámbito provincial.

Mientras permanecí en actividad le brindé todo el apoyo y comprensión a esos Veteranos de Guerra que allí se trataban, como a sus familias. Hasta hoy a través de otras organizaciones sigo manteniendo el contacto y mi disposición para canalizar voluntariamente todo tipo de ayuda a los Veteranos que aún la necesiten.





Observando el regreso de las lanchas del rompehielos Almirante Irizar luego de inspeccionar los puertos de Stromness y Leith en las Georgias del Sur en enero de 1982. Fuente: Oldemar Sacilotto



El Dr. Sacilotto en el laboratorio de análisis creado por él en el rompehielos Almirante Irizar. Fuente: Oldemar Sacilotto



Uno de los varios desembarcos del Dr. Sacilotto durante la campaña antártica 81-82. Se observa el rompehielos Almirante Irizar fondeado a lo lejos. Fuente: *Oldemar Sacilotto*



El Dr Sacilotto en la cubierta del Irizar. En el fondo se observa la Base Científica Corbeta Uruguay en la Isla Morrell de las Sandwich del Sur. Fuente: *Oldemar Sacilotto*

## Néstor O. Vitale

*El portaviones ARA 25 de Mayo fue el destino asignado donde el Dr. Vitale ejerció su profesión.*



**M**i padre fue infante de marina y es esa imagen, probablemente, la que haya influido en mi decisión de ingresar a la Armada, pero, para ser honesto, debo confesar que él jamás lo insinuó. Cuando tomé la decisión ya era un hombre casado con una beba y con un laboratorio privado a mi cargo.

En noviembre de 1981 mi destino era el Hospital Naval Puerto Belgrano. Cuando salieron “los traslados generales” verifiqué que continuaba en el mismo lugar, lo cual me produjo una gran tranquilidad. Esta situación para cualquier profesional de la salud es motivo de alegría. Sin embargo, más tarde, llegó un mensaje naval rectificativo por el cual me comunicaban el nuevo puesto en el portaaviones ARA 25 de Mayo (POMA). Aquí el destino hizo su primera jugada, porque quien iba a embarcar quedó en el hospital en mi lugar y posteriormente al estallar el conflicto lo embarcaron en el crucero General Belgrano. Por suerte regresó sano y salvo.

En la segunda quincena de marzo el buque comenzó a navegar para hacer sus pruebas de máquinas. El día 26 de marzo entramos a puerto y recibí la orden de aprovisionar el laboratorio. No se me insinuaron en absoluto las razones que obedecía la directiva. El 28 de marzo zarpó el portaaviones hacia la zona de operaciones. Ese día se incorporaron por secciones los seis primeros aviones, mientras que el 30 del mismo mes, estando el buque al sudeste de Puerto Argentino, se incorporaron los dos últimos aparatos. Estos eran los bombarderos de caza y ataque McDonnell Douglas A-4Q “Skyhawk”. La dotación de helicópteros y aviones antisubmarinos Tracker ya estaba embarcada desde la zarpada.

En cuanto a la disposición sanitaria, se encontraba en el centro del buque, y la misma contaba con laboratorio, quirófano, consultorio médico y una pequeña sala de internación. El consultorio odontológico se encontraba en otra área. Para la contención sanitaria se dividió al buque de la siguiente manera: la cámara de oficiales se destinaba al puesto de socorro de popa; el salón de fumar de suboficiales oficiaba como puesto de socorro de proa, donde ejercía la jefatura como teniente de navío; por último, la enfermería, que ocupaba el puesto principal. Ésta contaba con la infraestructura apropiada, mientras que en los puestos de proa y popa se acondicionaron taquillas con todos los elementos necesarios para brindar asistencia y estabilizar a los presuntos heridos.

En lo estrictamente profesional había armado una base de datos de un banco de sangre viviente, y tenía chequeado a aquellos que poseían grupo sanguíneo poco frecuente, con los lugares de descanso que tenían asignado y puestos de combate para el caso de tener que cubrir una emergencia.

Es interesante hacer un relato sucinto de cómo es la vida en un buque cuando está en crucero de guerra y con un especialista como el segundo comandante del POMA, CF Auman, submarinista, razón por la cual tenía muy en claro que éramos la presa más buscada por los submarinos británicos. Esto último motivó que las medidas de seguridad fueran extremas: el salvavidas colgado a nuestro cuerpo nos acompañaba las veinticuatro horas del día, dormíamos completamente vestidos, con zapatos y con el salvavidas puesto; tampoco faltaba, atada a nuestra cintura, ropa seca en bolsas superpuestas de plástico para combatir el frío y resistir la hipotermia a la que podríamos estar sometidos. A su vez, efectuábamos zafarranchos de abandono para tener “aceitado” los recorridos hacia la cubierta y el acceso a la balsa salvavidas, en algunas oportunidades sin luz para memorizar el camino en caso de falta de energía.

Debo confesar que hasta las veinticuatro horas previas al 2 de abril no sabíamos que nuestra misión era de apoyo para las tropas que desembarcarían y tomarían posesión de las islas. En esa circunstancia a través de la red de megáfonos del buque habló el comandante CN Sarcona, y nos informó de la misión por cumplir:

\_ Tuvimos que mantener el secreto. No podíamos poner en riesgo la moral de la tripulación. Una anulación de último momento los llevaría seguramente a un estado de frustración.

Luego de la recuperación de Malvinas y antes que llegara al teatro de operaciones la flota británica, volvimos a Puerto Belgrano para renovar provisiones y por algunas tareas de mantenimiento. En dicha oportunidad se contactó conmigo el teniente de navío bioquímico Armando Mercado, que había sido designado para embarcar en el crucero ARA General Belgrano. Me aclaró que esa unidad no tenía laboratorio y tenía que armarlo, razón por la cual me solicitó algunos elementos que yo poseía por duplicado.

\_ Firmame un vale por lo que te doy, no sea cosa que los hundan y yo no pueda responder por el faltante\_ le pedí en forma jocosa pero sin faltar al reglamento.

¡Qué ironía de la vida!, eso ocurrió, pero gracias a Dios mi colega pudo sobrevivir.

El desafío para los servicios de inteligencia británicos era determinar si los aviones Super Etendard con sus mortíferos misiles Exocet podían operar desde el portaviones. No obstante los skyhawks con radio de acción de quinientas millas náuticas eran motivo suficiente para preocupar al comandante de la fuerza de tareas enemiga. De alguna forma los británicos querían neutralizar al POMA.

Cuando llegaron las fuerzas de tareas de los británicos a la zona comenzaron las alarmas de combate reales, es decir, cada vez que se detectaba una amenaza sonaba la alarma y había que salir a toda carrera, en sentido contrario a las agujas del reloj, para llegar a los puestos de combate. Una vez allí se cerraban las puertas y se navegaba en condición Z, código que significa que el buque debe permanecer compartimentado sin posibilidad de abrir sus puertas para mantener la flotabilidad en caso de averías. Fácil es deducir qué pasaría con la tripulación que se encontrara en el compartimento inundado: estarían condenados a muerte.

Las alarmas de combate muchas veces se prolongaban por tres o cuatro horas, y nos sometían a un gran stress, que se intensificaba por no poder conocer cuál era la amenaza que podía atacar a la unidad. Es en esa circunstancia cuando el jefe

del puesto de socorro tiene que mantener a sus subordinados con la estima alta para evitar que alguno entre en pánico. En mi caso particular, en el puesto de socorro, yo tenía naipes y algún juego de mesa que utilizaba en esos momentos para distender a la gente que estaba junto a mí. De cualquier manera cada uno era dueño de sus pensamientos, pero en el caso que a mí me ocupa todos mis subordinados se comportaron a la altura de los acontecimientos. Como nota de color, yo pensaba y deseaba estando en proa que si entraba un misil o un torpedo lo hiciera por otro lugar. No obstante ello, en esas circunstancias uno tiene que sobrevivir al impacto y a las condiciones a las que luego sea sometida la balsa por el mar, dependiendo ya de terceros, que serían los rescatistas. El tiempo que ellos demoren en encontrar las balsas podría ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Durante la actuación del POMA pasamos innumerables momentos de tensión extrema, donde el ambiente se hacía irrespirable. Yo, que tengo como capacitación militar infante de marina, hubiera preferido estar en las islas con pie en tierra, donde uno se encuentra orientado en tiempo y espacio, y tiene claro de dónde viene la amenaza. En un buque son muy pocas las personas que manejan esta información y la mayor parte se encuentra en sus puestos de combate en distintos lugares de la unidad sin tener la menor idea de si el ataque que se espera es de superficie, de aviación o submarino.

Se supo que el 23 de abril el submarino nuclear HMS Splendid detectó al portaviones navegando hacia el sur a pocas millas de la costa de Puerto Belgrano. Al estar muy alejado de la zona de exclusión total no podía atacarlo. El 01 de mayo se recibió la orden de atacar a una fuerza de tareas británica que se dirigía con rumbo al continente (a la altura de Comodoro Rivadavia). Durante la madrugada despegó un Tracker para plotear dicha fuerza y regresó con dos Sea Harrier siguiéndolo para detectar nuestra flota. Se le ordenó al avión explorador que tomara un rumbo que desorientara a sus perseguidores. A las seis de la mañana estaba planificado el despegue de los Skyhawks para el ataque y ocurrió un “milagro”: ¡viento cero en el Atlántico Sur! En esas condiciones no pueden despegar los aviones. Más tarde llegó información de inteligencia de que la flota británica había cambiado de rumbo y se alejaba del conti-

nente con lo cual llegó la orden de abortar la misión. Si ese día los aviones hubieran despegado quizá otro hubiese sido el desenlace de la participación del portaviones en la guerra.

El 2 de mayo se reportó por los megáfonos del buque el hundimiento del crucero ARA General Belgrano. Un silencio sepulcral y miradas aterradas precedieron al profundo sentimiento de depresión que se apoderó de la tripulación. Ese día, durante la cena, la comida permaneció casi intacta. Dos días duró esa sensación, hasta el 4 de mayo cuando nuevamente el comandante a través de los megáfonos nos comunicaba:

\_ Nuestra aviación naval acaba de hundir a la nave insignia de la flota británica, la fragata HMS Sheffield.

Los gritos de júbilo ahogaron sus palabras finales e inundaron el buque. La depresión quedó atrás y se desató un verdadero carnaval. Así es cómo los combatientes mantienen un espíritu de cuerpo a través de lazos invisibles, que varía los estados de ánimo de acuerdo con triunfos o derrotas de sus camaradas.

Sin embargo, la información sobre submarinos británicos buscando denodadamente al POMA enturbió el ánimo y volvió tenso el regreso a la base naval; para anular el accionar de los submarinos de gran porte, el comandante ordenó acercarse a la costa y navegar en aguas poco profundas. Pero para evitar los convencionales hubo que enviar un helicóptero que sembrara una barrera de sonoboyas en cada golfo, caleta u otro accidente costero. Cuando se estaba seguro de que no había amenaza submarina recién en ese momento pasaba el POMA y sus escoltas, que en todo momento navegaban rodeándolo.

A mediados de mayo se desembarcó el componente aéreo para continuar la lucha desde bases terrestres y el POMA entró a puerto definitivamente. Personalmente hice algunas gestiones sin éxito para que me mandaran en algún vuelo a las Islas Malvinas.



*Néstor O. Vitale*



Un avión A4 Skyhawk aterrizando sobre el portaviones 25 de Mayo durante las acciones bélicas.  
(Fuente: Néstor Vitale)



El Dr. Néstor Vitale en una foto actual como capitán de navío.  
Fuente: Néstor Vitale



**ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA Y BIOQUÍMICA**  
FACULTAD DE FARMACIA Y BIOQUÍMICA      UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

*Sala de Conferencias: “Pbro. Antonio Sáenz”*

## **155° JORNADA CIENTÍFICA**

**18 de agosto de 2011**

**Buenos Aires – ARGENTINA**

*Participación de Bioquímicos y Farmacéuticos en el Conflicto del Atlántico Sur*

**Alfredo Lo Balbo**

**Resumen:** Argentina padeció una guerra hace 30 años. No existían antecedentes cercanos de medicina de guerra, sin embargo hubo colegas que brindaron sus más preciados servicios y conocimientos para mitigar dolores y aliviar sufrimientos, sobreponiéndose a sus propios temores, a las carencias logísticas y hospitalarias, y a las perturbadoras impresiones, que heridos, mutilados y muertos dejaban en sus memorias,. Supieron enfrentar el desafío y lucharon por la vida de sus pacientes con denodado esfuerzo. No son conocidos sus heroicos desvelos en la primera línea de combate, en las arriesgadas evacuaciones expuestas al fuego enemigo, en el tratamiento hospitalario en Puerto Argentino y en el traslado al continente atravesando un cerco aéreo y marítimo implacable. En ocasiones se recurrió a la improvisación para resolver los problemas que iban surgiendo, siendo fundamental tanto las capacidades individuales como la formación académica adquirida. Es la historia de 16 colegas que se desempeñaron en circunstancias inusitadamente terribles, vividas en nuestro territorio nacional, resueltas con valor humano y científico, enmarcadas en la ética para el ejercicio de nuestra profesión. Los relatos trascienden el ámbito nuestro pues serán de interés general, en especial para los profesionales en el campo de las emergencias y catástrofes. Sirva este testimonio para honrar su humanitaria y valiente misión.

## Abreviaturas

**AGRUNAVINAS:** Agrupación Naval Malvinas  
**AOR:** Aspirante a Oficial de Reserva  
**ATC:** Argentina Televisora Color  
**BAS:** British Antarctic Survey  
**BQ:** Bioquímico  
**Cdo Br I III:** Comando de la brigada de Infantería 3  
**CAIM:** Contralmirante infante de marina  
**CaSan:** Compañía de sanidad  
**CCIM:** Capitán de corbeta infante de marina  
**CIMM:** Centro Interfuerzas Militar Malvinas (Hospital Militar Conjunto)  
**CF:** Capitán de fragata  
**CN:** Capitán de navío  
**CRUBE:** Crucero ARA general Belgrano  
**CSEN:** Cabo segundo enfermero  
**DNA:** Dirección Nacional del Antártico  
**KEMH:** King Edward Memorial Hospital  
**FAA:** Fuerza Aérea Argentina  
**FAL:** Fusil automático liviano  
**FIC:** Falkland Islands Company  
**FIDF:** Falkland Islands Defence Forces  
**HMCR:** Hospital Militar Comodoro Rivadavia  
**HNPB:** Hospital Naval Puerto Belgrano  
**HNPM:** Hospital Naval Pedro Mayo  
**HNUS:** Hospital Naval Ushuaia  
**HNRS:** Hospital Naval Río Santiago  
**INTA:** Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria  
**ME:** Médico  
**ONU:** Organización de las Naciones Unidas  
**PF:** Preparador de farmacia  
**POMA:** Portaviones ARA 25 de Mayo  
**PUSO:** Puesto de socorro  
**SMO:** Servicio Militar Obligatorio  
**SMYPF:** Suboficial mayor preparador de farmacia  
**SPAC:** Servicio para Apoyo de Combate  
**TFAN:** Teniente de fragata aviador naval  
**TNBQ:** Teniente de navío bioquímico  
**TNME:** Teniente de navío médico  
**TOAS:** Teatro de operaciones del Atlántico Sur  
**VAR:** Vehículo anfibio a ruedas  
**VGM:** Veterano de Guerra de Malvinas





Contacto Alfredo Lo Balbo:  
[lbambo55@yahoo.com](mailto:lbambo55@yahoo.com)